
LA MADRE LAURA

CARLOS E. MESA, C. F. M.

Y QUIÉN ES LA MADRE LAURA

En estos últimos meses, los periódicos y las emisoras radiales han traído a la actualidad a la Madre Laura Montoya.

Y no son escasos los que andan preguntando: ¿Quién fue, en definitiva, esta mujer que ahora se nos presenta como posible y aun cercana candidata a la gloria de los altares?

Digamos, primero que todo, que en su vida, ella, buscadora porfiada de la humildad y de estar desconocida, de aquel “m ama nesciri” que aconseja la imitación de Cristo, no pudo lograrlo porque era una personalidad eminente e inocultable.

Maestra de escuela, directora de colegios, catequista por celo celestial, buscadora del indio del bosque para hablarle de Dios, fundadora de misioneras de la selva, escritora profusa, batalladora y combatida, su vida se sale de marcos ordinarios, rompe moldes y trochas, se roza con la novela, es blanco de la calumnia y de la veneración.

Fue mujer que pensó en grande y agrandó lo que tocaba. Y pensó a los divinos porque anduvo siempre endiosada, pero proyectada hacia el bien de sus hermanos los hombres y precisamente de los más olvidados y abandonados.

Nació en 1874 y murió en 1949.

Dio que hablar en su vida, en su muerte y muchos más ahora.

Y es sujeto para grandes biografías y sagaces estudios, como misionera, como escritora, como mística.

Este libro que ahora presento es sencillamente un boceto. “Borrón colorido que por la vida de ensayo hacen los pintores antes de pintar un cuadro.” Así dice el Diccionario Ideológico de Casares...

Sí, este libro es el preámbulo o el diseño de una biografía extensa de la Madre Laura que hace veinte años está en el taller...

¿Sus fuentes? La **Autobiografía** que ella, por mandato de sus confesores, redactó y que es, a mi modesto parecer, uno de los libros más apasionantes de la literatura colombiana... Junto a ella, las **Cartas misionales**, la **Aventura misional de Dabeiba**, sus libros de meditaciones y de espiritualidad y cerca de tres mil cartas en gran parte inéditas que se conservan en el Archivo de sus Misioneras.

Exigencias de actualidad, prisas de oportunidad noticiera, hurgada curiosidad de quienes la oyen mencionar y enaltecer han llevado a la elaboración rápida de este libro que pretende presentar a una mujer portentosa.

En Madrid, España, hará más de veinte años, ofrecí prestada la Autobiografía a un profesor de ascética y mística en Salamanca.

Semanas después me devolvía el libro y me decía:

- Le agradezco este descubrimiento. No es sólo gloria de su Colombia; es ornamento de la Hispanidad y de la Cristiandad. Póngala en la línea de las más insignes mujeres de la Iglesia. Como quien dice: Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Laura Montoya... Esta mujer va a dar mucho que decir... Y ya se está cumpliendo el vaticinio del profesor de Salamanca.

Pido indulgencias para este boceto. Anuncio desde ahora un libro extenso, documentado, poderoso, como corresponde a la protagonista.

Mirando las páginas que ahora presento, diría con cierto optimismo: - Esta es la Madre Laura. Aquí está el esquema y el derrotero de su vida, de su pensamiento, de su espiritualidad, que fue apostólica. En ella santidad y misionarismo anduvieron consustanciados, identificados...

Problema sin duda alguna, de todos los biógrafos de esas transparencias de Cristo que son los santos.

Pero uno se siente alentado por la esperanza de que estas páginas suscitarán el deseo de conocer a la Madre con la lectura de su **Autobiografía** y de otros relatos y estudios que muy pronto han de surgir.

Algo de suma importancia queda patente en este ensayo o boceto. La Madre Laura Montoya tuvo, como muy pocas personas en nuestros días, el sentido eclesial. Lo mismo que el autor desea para cuantos pasen sus ojos por estas páginas referentes a quien se sintió madre espiritual de cuatrocientos mil indígenas.

Carlos E. Mesa, C. M. F.

Medellín, 25 de febrero de 1986

EMPIEZA A VIVIR

En Jericó, apacible y cristiana ciudad del suroeste antioqueño, creada cinco lustros antes por el dinamismo colonizador de don Santiago Santamaría, nació el 26 de mayo de 1874 la niña Laura Montoya Upegui, reconocida hoy en el mundo como mujer descolladamente misionera, promotora de indio, servidora infatigable de Cristo y ornamento de Colombia.

Un año antes había nacido en Lisieux en Francia Teresita del Niño Jesús, la carmelita enclaustrada que llegaría a ser Patrona de las misiones...

Y ese mismo año 1874, un mes más tarde que Laura, nacía en Caracas, la Madre Marcelina, que en Barranquilla habría de fundar la Congregación de Hermanas de los Pobres de San Pedro de Claver.

Insignes coetáneas y servidoras de la Iglesia.

Fue su padre el caballero don Juan de la Cruz Montoya y su madre doña Dolores Upegui, ambos cristianos de conciencias y obras. Don Juan cayó asesinado por un enemigo de las ideas católicas, cuando él, Procurador o personero de Jericó, inspeccionaba los contornos, atravesados en ese día por un batallón de revolucionarios radicales... Eran días de agitadas convulsiones políticas y de beligerancia armada entre los dos partidos.

- Por encima de mi cadáver –había dicho- ultrajarán a la religión de Jericó como lo han hecho en otras partes. 2 de diciembre de 1876.

Doña Dolores fue dama de excepcional piedad, harto amiga de Dios, probada por la pobreza y formadora exquisita de sus tres hijos: Carmen, Laura y Juan de la Cruz. Fue costumbre suya no besar a sus hijos hasta que no se

los presentaban bautizados. Todas las noches, hasta muy avanzada en edad, rezó en familia por el asesino de su esposo. Y, finalmente, cuando Laura emprendió la obra evangelizadora de los indios, ella siguió a la hija, la alentó siempre y murió religiosa misionera con el nombre de Hermana María del Sagrado Corazón. Nació el 10 de febrero de 1846 y murió el 10 de febrero de 1923.

Laura fue bautizada el mismo día de su nacimiento –26 de mayo- por el Pbro. Evaristo Uribe, coadjutor de la parroquia, que en ese momento, de polaina y espuelas, se disponía a viajar a lejana hacienda a viaticar a un moribundo.

- ¿Qué nombre le vas a poner?

- No nos hemos puesto de acuerdo.

- Se llamará María Laura de Jesús.

Cuando más tarde supo que Laura se derivaba de laurel, árbol que simboliza la inmortalidad, recordó aquello de Isaías “Con caridad perpetua te amé...” Fue confirmada en julio de 1881 por Monseñor Joaquín González, obispo de Santa Fe de Antioquia.

En la vida de Laura Montoya madrugaron ciertas especiales invasiones de Dios. Ella habla de dos “golpes” que lo fueron de luz y de impulso... El primero le sucedió a eso de los seis años.

Toda su vida fue aficionada a buenos libros. De niña leyó la vida de San Luis Gonzaga y la de San Pablo el ermitaño. Del primero aprendió el amor a la pureza y a la mortificación; del segundo, el gusto por la soledad. Tuvo para sus aprendizajes otro gran libro: la naturaleza, huyendo del adusto semblante de un abuelo, se paseaba a solas por el campo, observadora atenta de plantas y

animales. Y por ahí recibió un día, de modo inesperado, “la primera noción seria del Ser y del Amor de Dios”... Se entretenía –una vez- en seguir el derrotero de unas hormigas que cargaban su provisión de hojas desde un árbol hasta el hormiguero.

Cosas de la Providencia...

De pronto “fui herida como por un rayo.

Un conocimiento de Dios y de sus grandezas, tan hondo, tan magnífico, tan amoroso, que hoy, después de tanto estudiar y aprender no sé más de Dios que lo que supe entonces. Lo sentí por largo rato... Y terminé llorando y gritando recio. Lloré mucho rato de alegría, de opresión amorosa y grité. Miraba de nuevo el hormiguero y en él sentía a Dios con una ternura desconocida. Desde entonces, me lancé a él...”

Ella lo llama “el golpe de hormiguero”, que fue un golpe de Dios, repentino y madrugero. Una invasión de Dios en su alma. Pura dádiva mística.

La orfandad, la pobreza de “arrimada” y algunas enfermedades imprimieron cierto carácter de seriedad en su alma y su rostro.

Su primera comunión fue casi improvisada. La recibió, en la población de Amalfi en 1882, durante la visita pastoral del ya mencionado obispo, su lejano pariente. Siempre se dolió de esas prisas para un acto que puede ser tan decisivo en la vida espiritual.

Su fe en el Misterio de la Eucaristía, su propensión hacia el sagrario y la Santa Hostia se afianzó y acrecentó cuando cifraba en los diez años, con “un gusto”, un tope, “una impresión” que acerca de este misterio le concedió Jesús un día en que, en compañía de su madre, trabajaba en un corredor de su casa, junto a un banco.

Como era ya costumbre suya, ofreció el trabajo a Dios y de súbito, en respuesta, “me infundió un vehemente deseo de comulgar. Hice la comunión espiritual y sé decir más. Como electrizada, como si no sintiera lo que alrededor pasaba como si tuviera un dolor soberano, con una mezcla de amor extraordinario, como si la Santa Eucaristía pasara mi alma de parte en parte, me bañé en lágrimas sin sentirlo. Quedé como dueña de ese divino misterio. Siempre he llamado a esto “**el golpe del banco**”. Qué nombre más raro... pero Dios y yo nos entendemos”.

Orientada, imantada así hacia el Sagrario, tres mañanas hubo en que, previo un sigiloso acuerdo con los peones que les aparejaban los caballos, madrugaba con su hermano Juan de la Cruz a comulgar en la lejana parroquia de Amalfi sin que en su casa lo advirtieran. Estaban de vuelta cuando empezaba el ajetreo de la jornada.

- Qué raro, decía don Lucio, el abuelo, estos caballos amanecen sudados...

Esta observación del abuelo cortó las “travesuras” y concluye su relato:

- Jesús ayuda a maravilla a hacer las picardías que su amor inspira...”

De su vida espiritual y misionera pudiera afirmarse aquella que la Liturgia dice de Santa Teresita: Dios fue su solo guía. Él se encargó de amaestrarla.

- Mi tarea interior de se encaminaba a conseguir la rectitud de intención... Para ello le daba mucha importancia al ofrecimiento de obras con las oraciones de la mañana que mi madre me enseñó. Luego las abandoné y le decía a Dios lo que el corazón me inspiraba...”

Pero, nacida para espiritualizar y cristianizar a los demás, “mi primer arranque de celo lo tuve entonces. Al sentirme tan feliz con mi ofrecimiento de obras, sufría porque los demás no lo hacían. Nos tenían muy prohibido entrar a la pieza dormían los pajes de la casa. Sin desobedecer me iba a la puerta y por las rendijas los llamaba todas las mañanas y cuando ponían la oreja en la rendija les hablaba de sus penosos trabajos y de la lástima de que con ellos no merecieran y les enseñaba a ofrecerlos a Dios con palabras muy sencillas, propias para ellos”.

Llamada por Dios a los vuelos altos empezaba tempranamente a ponerse en órbita de Dios, en los amables cautiverios de la Eucaristía, en la onda de la caridad evangelizadora...

Laura en su niñez, no tuvo ciudad permanente. Vivió por temporadas en Amalfi, en la finca de sus abuelos maternos llamada la “Víbora”, en Donmatías en donde conoció dos almas virginales, consagradas a Dios en el Mundo, contemplativa una, apóstol otra, que no fueron sus amigas pero fueron su embeleso y las “pedagogas” de su futura vocación, y finalmente en Medellín y en Robledo, por donde se dilataba la hacienda de los Upegui...

En todos estos parajes se desvivió por los pobres y los ignorantes, los socorrió con limosnas y los iluminó con buenos consejos...

II

ESTUDIOS

Hasta sus once años Laura no pudo asistir a escuela alguna. Doña Dolores, su madre, repartió a sus tres hijos en distintas casas de familia “para no hacer tanto peso en una sola”...

Pero “aun a familias generosas y ricas estorban los huérfanos”... anota Laura. Es, pues, lo que se llama en Antioquia, una “arrimada”. Vista cada ocho días a su madre que la recibe, la asea y a la hora de la comida, reprimiendo las lágrimas, la despide.

¿Estudios? Lo que su madre le enseña: leer, escribir, catecismo, “alguito de números”. Pero, dice ella, “mi era ambulante, recibía lecciones de cuanto me rodeaba. Dios era mi preceptor y el pedagogo que educaba mi alma. Para darme los muy pocos conocimientos humanos que había de necesitar bien sabía El que bastaba poco tiempo”.

Un día, su madre decidió regresar a la finca de Amalfi y dejar a Laura matriculada en el Colegio del Espíritu Santo, dirigido por la señora Rosalía Restrepo. Tuvo entonces como vivienda la casa de huérfanos que había fundado el Ilmo. Señor José Ignacio Montoya y encomendado a la caridad de la señorita María del Jesús Upegui, hermana de doña Dolores. Vivía entre huérfanos y estudiaba con ricas. Ese colegio, anotaba Laura, era el frecuentado por la clase alta. Hasta ese momento yo sabía que había blancos y negros, buenos y malos. Ahora –dura sorpresa- está sabiendo que hay clase alta, media y baja, aunque en realidad, “todos somos bajos delante de Dios que nos hizo”...

Yo –recuerda ella- iba al colegio como un payaso. Un huérfano, aprendiz de zapatería, le hacía unos zapatos de modo extravagante, más grandes que el pie, desarmados, maltratadores. Y la tía le cortaba vestidos al estilo 1840, con las telas que de limosna enviaban al orfanato. En una ocasión le ha cortado un vestido de un linón amarillento usado para colgaduras. Sus compañeras la llamaban “la canaria”. Se ríen, burloncitas, de esa campesina anacrónica... Carecía de textos y de amigas. “El corazón más solo era el mío”... El resultado de los exámenes fue decepcionante; los informes de la maestra muy negativos y la decisión de su madre sacarla del colegio.

Cuando más tarde, en la normal, resultó buena estudiante, doña Rosalía comentaba: “Milagro de mi Dios, porque la muchacha era cretina”.

Año de 1890. Laura ha cumplido dieciséis años. Ya hay jóvenes que la rondan prendados de sus cualidades.

Era una mocetona espigada y tiene unos ojos de impresionante luminosidad y belleza.

Pero ya Dios se ha adelantado a tomarse la plaza de su corazón.

A Laura se le ocurre hacerse maestra. Así ejercerá el apostolado de la enseñanza; así se ganará el sustento suyo y de su pobre hogar. De Amalfi regresa a Medellín en busca de alojamiento. ¿En dónde lo encuentra? En la manicomio dirigido entonces por su tía María de Jesús Upegui, muy estricta en todo, verdadera heroína de la caridad, adoradora de Jesús en el Sagrario y futura fundadora de la primera Congregación religiosa surgida en Antioquia: La de Siervas del Santísimo y de la Caridad...

Ya antes se había hospedado en la casa de huérfanos.

Ahora, de nuevo, la recibe en el manicomio en que a poco, queda de directora suplente, manejando ochenta locos y estudiando aunque fuera en las altas horas de la noche o los levantes del alba.

Su ingreso en la normal de Medellín, por ella deliciosamente relatado, es uno de los episodios más interesantes y amenos de su vida y es un ejemplo de lo que alcanza la voluntad y la constancia en proseguir un ideal.

“Bolívar en Pativilca no estaba más resuelto a triunfar que yo. Sólo que él contaba con su valor y yo con mi incapacidad, por lo cual esperaba la cooperación más directa de Dios”.

En diálogo de gran viveza con las autoridades académicas manifiesta su talento natural, su voluntad de aprender, su parentesco con servidores de la causa conservadora, su desconocimiento de mapas y textos, todo lo cual hace decir a la Directora de la Normal “una señora en extremo seria y tan fea que me infundió las más tétricas ideas”.

- ¿Sobrina de **Misia** María de Jesús? Yo la estimo mucho. Pero creo que Ud. no tiene peligro de conseguir beca...

- Esta, decía Pedro Antonio Restrepo, secretario de Instrucción Pública, es una que quiere entrar milagrosamente a la Escuela Normal.

El examen duró una hora larga que “gastaron en hacer patente mi sencillez y me calificaron con el número máximo”.

- “Se lució Laura. Yo les afirmaba lo mismo, convencida de que era la pura verdad”.

Cursó durante los años 1891-1893 y fue, según confesión unánime, la más inteligente, seria y consagrada de todas las normalistas.

A poco empezar el curso, una vacante le permitió dejar su guarida del manicomio y pasar a vivir como interna en la Normal, cuya directora fue doña Marcelina Robledo de Restrepo.

Su vida espiritual era esmerada. Sólo podía oír misa los domingos y los festivos; pero su oración era habitual. Se reducía a estar contenta con Dios, saber que era su Único. Por excepción le permitieron salir todas las mañanas y comulgar en la Iglesia de San Ignacio.

Tuvo que conceder el permiso el Secretario de Instrucción Pública...

- Como Cordero y tenga entendido que yo también lo como cada día y por eso soy feliz...

Su ejemplar comportamiento, le atrajo la benevolencia de los superiores del plantel, la amistad de las mejores condiscípulas y la inquina de alunas, que por indisciplinadas y traviesas debían ser corregidas y amonestadas. “Yo – escribe Laura- no conocía entonces la envidia más que por el nombre y su definición en el catecismo, y me alegraba mucho con el triunfo de las otras...”

Años adelante comprendió que estos peregrinos azares no fueron sino minúsculos y amorosa preparación divina para las grandes contradicciones que hubo de experimentar en los días de su peripecia misionera.

III

MAGISTERIO EN ESCUELAS Y COLEGIOS

En febrero de 1894 empezó Laura Montoya su tarea docente en la Escuela Superior de Amalfi.

De estos días hay una anécdota simpática y sugestiva.

Laura tenía una prima y compañera de la Normal de cualidades eminentes: inteligente, delicada, hermosa, Leonor Echavarría.

Entristecida al conocer la orfandad, la pobreza, las frugales comidas de Laura, gozaba pensando en que, ya graduada, todo mejoraría.

Por eso, al llegar Laura a Amalfi, le envió este telegrama:

-A los diecinueve años, cocina libre.

Ese día hubo fiesta en la casa de Leonor.

El vecindario la recibió con indiferencia; pero las virtudes notorias y las dotes pedagógicas de la joven maestra fueron cautivando los corazones de las alumnas y de las familias. En el pueblo galleaba y señoreaba por entonces un preceptor de ideas avanzadas que organizó clases para contrarrestar las de religión de la maestra advenediza.

Por su influjo formularon un pliego de acusaciones contra ella y lo enviaron a las Secretaría de Instrucción Pública. La respuesta fue:

- Esa señorita es demasiado conocida en esta oficina y estamos satisfechos de su modo de obrar.

La tarea de Laura fue paciente y hábil. Para cambiar la faz espiritual del municipio recomendó con visible eficacia la práctica de la comunión frecuente. Logró también la conversión de una familia entregada a los embrollos y artificios del espiritismo.

Episodio interesante, sabrosamente narrado en la Autobiografía, es la conversión y primera comunión de dos inteligentes muchachas ajenas a todo lo religioso, pero ya encariñadas con la maestra y prendadas de sus enseñanzas.

Algún día, al enterarse del misterio de la Eucaristía, le dijeron a la maestra:

-¡Ábranos, señorita, el Sagrario para ver la Hostia!.

Preparación, primera confesión y comunión fueron clandestinas.

La madre, doña Facia, espiritista convencida, sólo vino a conocerlo cuando empezaron a llegarle regalos de las familias amigas.

- Traidora, sonsacadora, decía la mamá a la maestra.

- La culpa es tuya, respondió ésta, porque eres muy brava.

“Y pasamos la mañana dándole bromas a la vieja que no se resolvía a enojarse de veras...”

Las niñas continuaron su vida de católicas ejemplares.

Una alumna suya de aquellos años recuerda que les decía en la escuela: “No hay dicha cumplida sino en amar las penas y bendecir la cruz”.

Su caridad y su celo captaban discretamente las miserias vergonzantes para remediarlas en secreto. Y con el sueldo del primer mes regaló calzado a una discípula, que por venida a menos, iba descalza a la escuela.

Al hacer el balance de su primer año de magisterio, Laura apuntaba: “Me empeñé en hacer a mis discípulas unas amantes locas de Dios.

¡Pobre de mí ¿Cuántos chascos había de pasarme!

En Amalfi Laura tuvo dos descubrimientos.

Un día una discípula le dijo:

- No iré a casa porque mi madre piensa entregarme el vicio. “Yo no conocía estas maldades en el mundo”, lloró y pensó en renunciar a la escuela para irse a vivir en soledad y oración.

Recurrió por fin al párroco quien le dijo:

- Lea del Pentateuco para que se entere de esas cosas de la vida. Rompa su renuncia y ayude a esa pobre niña...

Laura descubrió una fuente de santificación en **la Biblia**.

Fue en adelante su libro preferido de lectura y de meditación; un manadero inagotable de lumbre y de consolaciones.

Al acabar este año hubo de salir, con su madre enferma, hacia Medellín. Por el camino se desató una tormenta y arropadas por cerrada oscuridad estuvieron a punto de despeñarse por un altísimo precipicio. De ello las libró providencialmente un campesino que, al sospechar el peligro que podían correr, las siguió hasta el bosque, les alumbró el retorno y les dio alimentos para reanimarse.

- No nos diga su nombre, decía Laura: usted debe de ser San José que Dios ha mandado para ser nuestro guardián.

- La vi pasar, explicaba el campesino, como a las once y me dije: En el monte, de noche y lloviendo, se van a matar estas señoras en un paso muy malo que hay. Pobrecitas. Ya en mi casa, mi mujer me dice:

- Son la hija y la nieta de don Lucio Upegui. Él, hace más de veinte años, me salvó la vida con su caridad tan grande. No me pude aguantar, casi no las alcanzó... "Vimos en él la acción amorosa de la Providencia de Dios".

En agosto de 1895 Laura fue nombrada maestra de la Escuela Superior Femenina de Fredonia, ciudad celebrada por la riqueza de sus cafetales y carcomida entonces, en plena guerra civil, por la pasión política. En esa escuela, de alumnado en su totalidad conservador, había una sola alumna liberal que vivía –la cuitadilla- acorralada y acomplejada. La maestra, de familia conservadora, se dedicó a cuidarla y protegerla. –Maestra, le decían, nos está

resultando liberal. Cuídese. A la maestra anterior la pelamos y la sacamos en un santiamén...

“Ella pensaba como el Padre Claret: mi política son las almas.”

“Allí –dice ella- me empeñé en que la política de mis alumnas fuera la pasión religiosa”. La apertura de un colegio para señoritas le ocasionó disgustos que ella supo sobrellevar con paciencia cristiana.

El 23 de febrero de 1897 se le nombraba directora de la Escuela Superior Femenina de Santo Domingo, “población encaramada en unos riscos de Antioquia”, según dijera su hijo más ilustre, don Tomás Carrasquilla.

Aquí dedicó sus mejores dotes a la enseñanza del catequismo. Sus clases de religión, preparadas, perspicuas, sentidas, elocuentes, se prolongaban a veces por tres horas sin que las alumnas se rebulleran de cansancio. La fama de sus explicaciones se difundió por el pueblo, y en ocasión hubo en que los caballeros se apostaron ocultamente junto a las ventanas para seguir el hilo de la catequesis. Las damas obtuvieron que les dieran conferencias especiales, e igual cosa intentaban ya los señores. Los sábados por la tarde se dirigía a las haciendas a formar catecismo al aire libre y en selectas ocasiones a la vida en el claustro. “Las discípulas –escribe- corresponden muy bien a mis anhelos y las veía avanzar en las vías del amor a Dios con velas desplegadas”.

¡Lo que puede una maestra consciente de su misión y de su responsabilidad de escultora de las almas!.

Algún día el millonario antioqueño don Alejandro Ángel pidió a la señorita Laura que prepara para su primera comunión a su hija Eugenia. Nada para ella más grato. Hablar de Jesús y de su Eucaristía y hablarle a una niña inocente que se aprestaba a recibirlo...

- De ahí, me decía doña Eugenia, procedió mi devoción eucarística.

- Señora defíname a la Madre Laura.

- Sí, con mucho gusto. Era la maestra total. Enseñaba con sus palabras, con sus actitudes y con su vida. En suma. Tenía a Dios y lo daba.

IV

DIRECTORA DEL COLEGIO Y DE LA INMACULADA EN MEDELLÍN

En febrero de 1895, Leonor Echavarría, la inocente y hermosa prima de Laura, había fundado en Medellín el Colegio de la Inmaculada. A poco tomó vuelo y se vio concurrida por las niñas de la alta sociedad.

Entonces Leonor pensó en Laura y la instó para que dejando la escuela de Santo Domingo, se viniera a Medellín a colaborar en la dirección del ya prestigioso plantel educativo.

Laura aceptó. En Medellín había un monasterio de Carmelitas... y ella sentía en su alma esa vocación misteriosa.

Bajo su rectorado, el colegio se acreditó por la seriedad y altura de sus estudios, el sentido disciplinar y el florecimiento de la piedad. Laura entendió siempre el magisterio como auténtico apostolado. De varios departamentos colombianos afluyeron las alumnas; hubo de ensanchar locales y aumentar profesores. El colegio prosperaba; así lo demostraron la complacencia del Ilmo. Sr. Pardo Vergara y la rabia del demonio, que se manifestó de manera violenta durante una noche, con espanto y sobresalto del internado entero. Sucedió ello a raíz de varias conversiones de niñas, educadas antes en colegios libres y reacias a la recepción de los santos sacramentos.

Con un oír “que era entender” Laura oyó alma adentro:

- Voy a vengarme de la advenediza que me ha arrebatado lo que poseía. Y tumbaré con una calumnia... este colegio que no puedo resistir.

Leonor y Laura se compenetraron y se perfeccionaron mutuamente. Los honorarios de su trabajo se distribuyeron por partes iguales, y una cantidad se destinó para libros. Entre los adquiridos figuraron la vida de Santa catalina de Siena y la del santo mendigo francés Benito José de Lavre.

Laura empezó a leer la vida de Santa Catalina.

- No puedo con semejante grandeza.

Leonor empezó a leer la de Benito José de Lavre.

Intercambiaron los libros.

A Laura le entusiasmaba ese linaje de vida despreciada, pobre, humilde del santo mendigo francés.

Hoy los dos son patronos de su consagración misionera. Leonor, por su parte, comunicó a Laura su exquisito amor a la Virgen María. Laura le enseñó el valor del sacrificio y de la cruz.

De modo imprevisto, el 10 de junio de 1901 se apagó la vida juvenil de Leonor Echavarría, angelical fundadora del Colegio de la Inmaculada. Esa muerte prematura causó conmoción en Medellín.

Laura quedó como única directora de ese Colegio, tan famoso y tan prometedor.

Poseía Laura todos los dones requeridos para ser una educadora cristiana completa. Como directora sabía mantener la disciplina y fomentar el estudio y el cumplimiento del deber. Como maestra era clara, amena y hábil en la exposición. Y naturalmente, en alma tan cultivada en lo espiritual, no podía esconder –recuerda su alumna Carmelita Llano- el amor que tenía a Dios y el deseo de salvar almas. Muy prudente, nos dejaba en completa libertad para escoger estado según la propia conveniencia.

Y así como nos hablaba muy bien de la vida religiosa, también veneraba y alababa el matrimonio cristiano y nos preparaba para él sabiendo que la mayoría de las alumnas nos inclinábamos hacia ese estado. A mí, personalmente, jamás me reprochó por los novios que me aparecían. Eramos muchas las que le consultábamos nuestros problemas, que ella resolvía con gran prudencia. Era una verdadera madre”.

V

GERMINA EL IDEAL MISIONERO

De 1907 a 1913. Laura Montoya sigue ejerciendo su ministerio docente en las aulas de La Ceja, Marinilla y Medellín, particularmente en la Normal y en la escuela elemental de San Benito. Fundó por su parte un nuevo Colegio de la Inmaculada; pero al señor Arzobispo se le dijo que era un vivero de liberalismo y el colegio hubo de cerrarse. Parece que Dios le iba acibarando todas sus empresas para que al fin encontrara su puesto y su tarea definitiva.

- Las cosas de la vida, le decía un espiritual jesuita, el P. Gamero. Ayer tumbaron un colegio por demasiado conventual. Hoy se lo tumban por liberal y masón.

Hasta los albores del siglo, Laura soñaba exclusivamente con la vida de clausura en el Carmelo; era teresiana de corazón. Pero la lectura fortuita de los “Anales de la propagación de la fe” le encendió en el alma la llamarada misional.

En sus clases de geografía, ciertas zonas del mapa de Colombia y de América le entristecen y agobian.

1900. –En cierta ocasión, un señor Gómez, padre de una alumna del Colegio La Inmaculada, le contaba que por los alrededores de Norosí, río tributario del Magdalena, los indios infieles se hallaban asediados por pastores protestantes. La noticia se clavó en el alma de Laura como una flecha pertinaz y sin poderse contener acudió al seminario y a varias comunidades para que se decidieran a este urgente ministerio de salvar almas.

Algún día le dijo a su hermana Carmela:

-¿Sabes lo que he pensado? Pues conseguir permiso para irme con algunas compañeras a catequizar indios. Viviríamos en ranchitos, como ellos, y trataríamos de hacerles el bien. Se hermana se entusiasmó con la idea.

En su alma se había trabado una batalla íntima: apetecía la clausura para consumirse en el amor divino y deliberaba con la selva, poblada de pobrecitos infieles que había que conquistar para Jesús.

- Padre, le decía al P. Ulpiano Ramírez, su confesor famoso historiador, estricto asceta:

- Mi llaga son los indios americanos. Me siento madre de todos ellos. Me duelen por olvidados, por su indigencia de todo, por su recelosa huraña, porque en sus cuevas y guaridas vegetan y mueren lejos de Dios, teniendo tan cerca de Dios.

- Es empresa para hombres, no para mujeres, respondió secamente el P. Ulpiano.

El cual, llegó a buscarle una especie de ermita para que en ella se recluyera a imitar la vida de Santa Rosa de Lima.

Hubo un momento en que Laura vacilaba entre la selva y la celda. Pero, al mismo tiempo que la Carmelitas le comunicaban:

- Ya tiene Usted una celda preparada...

Ella, feliz por la noticia, iba recogiendo regalitos y limosnas para sus indios del alma.

Esa su perplejidad es conocida del Obispo de Medellín, Monseñor Joaquín Pardo Vergara, que ha sido gran admirador de su Colegio de la Inmaculada. Y que un día le dice:

- Tú en la celda te ahogas; te morirás de pena al pensar en tus indios.

Varias fueron entonces las excursiones a lo loco que emprendió para conocer su futuro campo de andanzas apostólicas: Una vez viajó a Puerto Berrío a ver si pasaba por él algún sacerdote que supiera de reductos de indígenas. Nada logró conocer.

En diciembre de 1908 partió hacia El Jardín a buscar las luces y la compañía de su párroco, el Padre Ezequiel Pérez, para una excursión hacia la comarca indígena de Guapá. De compañeras se le ofrecieron tres señoritas, seducidas más por el deporte y hasta por el interés de hallar orquídeas y minas de oro que por pasión del apostolado.

En Jericó, su ciudad natal y en Jardín, los caballeros familiares y amigos trataron de disuadirla de la excursión.

- En nombre de las cenizas de Juan de la Cruz, mi hermano, te ruego que no sigas adelante.

- Nada me hará retroceder. Viajo con permiso de mis superiores y en cuanto a las cenizas de que invocas, creo que Dios me lleva y que donde El habla, los hombres deben callar.

A poco de salir de Jericó se extraviaron en terrenos solitarios, las arropó oscura noche y se desató torrencial aguacero.

Atravesaban San Antonio, una finca del Padre Cadavid, célebre párroco de Jericó. Pero el mayordomo tenía orden de su dueño de no alojar a nadie sin su permiso. Y así lo estaba diciendo al peón que por caridad le pedía poderse guarecer bajo un alero del rancho...

De pronto a Laura se le despertó la antioqueña que llevaba dentro y dijo:

- Acérquense a este alero que si no quiere el señor que nos saque, Al peón le dice: Descargue las bestias y échelas al yerbal. Y al mayordomo:

- Y usted señor haga lo que quiera.

El mayordomo rabiando por lo bajo, salió de la cocina armado de un hacha.

El peón avanzó hacia él, lo tomó del brazo, le susurró algo al oído y... "no hubo nada".

- ¿Qué se hizo el lobo? Preguntaba Laura.

Lo cierto es que el mayordomo, todo sonrisas, las invitó a entrar, les ofreció esteras, les buscó cobijas. ¿Cuál fue el secreto?

Que el peón le había dicho al oído:

- ¿Cómo se le ocurre? ¿Pero usted sabe quién es la señora? Nada menos que la hija del Papa de Roma, sobrina del presidente de Colombia y prima del Padre Cadavid.

Laura fue siempre tenaz en sus ideas y empresas. De la excursión no la hicieron retroceder ni las hablillas, ni los argumentos de sus amigos, ni las innumerables dificultades que en el camino se le atravesaron ni esa asfixia que en la subida del Paramillo la amarató y la puso a las puertas de la eternidad.

- Qué pena, le decían algún día los caballeros acompañantes. Esos indios viven desnudos.

- Yo no vengo a buscar cuerpos, vengo a buscar almas.

Horas después avistaron por unos de esos caminos del bosque una hilera de indios, que caminaban con el vestido de Adán...

- Señorita, le dijeron los caballeros, ahí vienen las almas...

En el bellissimo rincón boscoso de Guapá, Laura encontró sus indios del alma, conversó con ellos, les habló de Dios y los catequizó a una con el virtuoso Padre Pérez.

Resultado: setenta y dos bautizos.

- Los que te ofrecí, Jesús, por tus setenta y dos espinas...

Y final de toda aquella divina aventura: La santa misa celebrada en un claro del bosque, bajo la gloria de un sol mañanero y al oreo de un vientecillo que de pronto, mientras el Padre Pérez recitaba sus plegarias a ojos cerrados, se llevó unas hostias consagradas a posarse sobre unas grandes flores...

Todo el grupo de rodillas adoraba a Cristo allí presente por vez primera, mientras Laura difícilmente reprimía sus lágrimas de gozo eucarístico y misioneros y varios indios, de horquetas en las ramas de cercanos arbustos, comían u comían guayabas...

A punto y sazón que florecía el Colegio, cercado de éxitos y prestigio, ya sus días estaban contados. Y su ruina vino por donde menos se soñaba. Por incidencias de un noviazgo.

Una distinguida joven aceptó relaciones con el hermano de una condiscípula. Laura no lo vio mal e incluso alguna vez dijo a una hermana de Leonor Echavarría: "Sí vas a casarte debes buscar tu novio al pie del Sagrario, como ha hecho X".

Laura fue invitada como madrina de la boda. En las vísperas del acontecimiento, la joven, en medio de la consternación de los suyos, sintió el conocido nerviosismo prematrimonial, vaciló, pensó en la vida religiosa, pidió plazos para decidirlo todo más maduramente. Hubo quienes achacaron este cambio a las influencias de la fascinante y entrometida maestra Laura Montoya, víctima por ello de habladurías denigrantes y molestas. Pasados los momentos críticos, al fin hubo fiesta de boda y se celebró el matrimonio, bendecido después por bella corona de hijos y ejemplar a lo largo de años por el cultivo de las virtudes hogareñas.

Pero todo este episodio, adobado con indiscreciones, perjuicios, sospechas y calumnias, sirvió de pretexto para una prematura novela que, con el título de "Hija espiritual", empezó a publicarse en noviembre de 1905 en la

revista medellinense “Lectura amena”. Su autor, don Alfonso Castro. La novela, con su clave sobrado manifiesta, desacreditó al Colegio La Inmaculada y a su directora, Laura Montoya. La matrícula rebajó notablemente, el Colegio hubo de instalarse en casa más chica, los amigos de la directora se esfumaron y los periódicos de izquierda iniciaron una serie de ataques contra la enseñanza religiosa.

- “Que las gentes me huyeran, que las discípulas antes tan queridas no me saludaran y me volvieran el rostro con desdén, era para mí la cosa más natural del mundo. Pero no me faltó en todo aquel tiempo la santa y querida confianza en Dios”.

Ni le faltó el auxilio de un personaje misterioso que llegó en hora providencial al proveer de pan a Laura y su familia menesterosa. Fue Gregorio el haraposo, un negro de pies hinchados, de un corazón inmenso, de una desinteresada servicialidad y de unas respuestas llenas de resignada filosofía.

- Gregorio, usted es un misterio, le decía Laura.

- Todos los pobres somos un misterio.

- Ese trabajo del horno le hace daño para sus pies hinchados...

- A los negros no nos hace mal sino el pecado.

Un buen día tomando en sus brazos a un sobrinito de Laura, le decía:

- Hombre, vámonos para el cielo.

Al día siguiente no apareció. Dos días después se murió calladamente en un hospital. Ese relato de Gregorio el haraposo es una de las páginas más bellas escritas por Laura Montoya.

La primera reacción de Laura, al conocer la novela, fue adherirse totalmente a la voluntad purificadora de Dios. Le estaba costando, claro está, olvidar tamaña imprudencia, tamaña injusticia. Algún día se lo manifestó a su confesor, Padre Ulpiano. Este, rigorista de escuela y de convicción, dijo:

- Eso es orgullo. Medite un mes sobre el infierno y verá como se cura.

- Lo hice, contaba ella a su secretaria Dulce Nombre, y me curé de resentimientos para toda la vida. Quedé incapaz de recordar ofensa que se me hiciese. También, por su cuenta e iniciativa, con un cuchillo enrojecido por el fuego, se grabó una cruz sobre el pecho y optó por el silencio. Pero el Vicario Capítular de Medellín, Mons. Víctor Escobar, le ordenó defenderse y entonces apareció la célebre “Carta abierta”, tejida toda ella con la mejor dialéctica y en la más limpia y caldeada prosa. No fue ajeno a u pulimento y retoque el novelista Tomás Carrasquilla. La “Carta abierta” ocasionó un intercambio epistolar con el señor Castro y suscitó oleadas de simpatía hacia la perseguida y difamada maestra. Pero ya el Colegio de la Inmaculada se había clausurado definitivamente.

Amigos del Doctor Castro aseguran que éste, ya en sus últimos días, decía de su novela:

- “Fue un sarampión de juventud. Cosas de la edad. La Madre Laura fue una dignísima señora...”

Castro murió en Bogotá, auxiliado por los sacramentos de la Iglesia. Cuando, a la mañana siguiente, su antigua alumna y amiga de toda la vida, doña Conchita Pérez, subió hasta Belencito a contarlo a la Madre, ésta se le adelantó a decirle:

- Ya sé qué vienes. A decirme que Alfonso murió y que murió cristianamente. Toda mi vida he rogado por él.

VI

PREPARÁNDOSE PARA SU “OBRA”

Un día el Padre Sierra, más tarde fundador de la Pontificia Universidad Bolivariana, le dijo a Laura:

- Hágame una lista de los motivos que tiene para lanzarse a esa empresa de convertir a los indios.

Laura contestó:

- Sólo me mueve un dolor casi inmenso de que mi Dios sea desconocido y de que esas almas se pierdan eternamente. Mire, Padre, yo me siento como una madre que tuviera mil hijos perdidos. Así es mi dolor.

- Pues siga trabajando en su tarea. Ya sonará la hora de Dios.

“Ya desde antes de esta época –escribe- había comenzado a sentir por las noches que una pena me despertaba. No sé porque sabía yo que era la caída de almas infieles en el infierno lo que me causaba esta pena. Mi despertar a altas horas de la noche era como un abismo de oscuridad y de dolor irremediable causado por la pérdida eterna de almas que estaban unidas como yedra a mi alma.

“Cuando estaba el santísimo expuesto, me venía inmediatamente la idea de que los pobres infieles jamás verían la Santa Hostia en una custodia. Y sentía tal pena que, en una de las veces, al reservar al sacerdote, le dije al

Señor con espontaneidad casi inconsciente: “Dios mío, si no te dejas ver por ellos, no quiero tampoco volverte a ver...”Creo que Dios no se ofendió con ello, porque Él es así de buen entendedor...”

Por esos días a leído la **Historia de un alma**, de su contemporánea Teresita del Niño Jesús. Le encanta ese “arte de deshojarse delante de Dios y de permanecer ante Él como una florecita”. Le gusta ese camino de infancia espiritual. Como ella, quiere ser contemplativa; pero también caminar por el bosque, navegar por los ríos, llevando el crucifijo al corazón del indio y de la tribu.

“Si quieres pasar tu cielo –le dice- haciéndole bien a la tierra, ninguna ocasión más oportuna que la presente en que yo, pobre nada, quiero emprender las misiones indígenas sin más recursos que mi desnudez espiritual y sin más auxilios que los que espero del cielo”...

Entre tanto, su obsesión misionera la inducía a probar todos los recursos y acudir a las personas influyentes.

Un día fue a casa del político antioqueño don Carlos E. Restrepo a perorarle la causa de los indios. Usa como argumento contundente “que hasta ahora no se ha probado reducirlos y civilizarlos por medio de la mujer”. El hombre siempre ha sido cruel con el indio; la mujer, con la pedagogía del corazón, logrará de ellos mucho más.

Carlos E. Restrepo, ya presidente de Colombia, comisiona al Rvmo. Padre Gil, Claretiano, recién llegado de España con el nombramiento de Prefecto Apostólico del Chocó, para que al llegar a Medellín se entreviste con la señorita Laura Montoya que “nos está tumbando el Palacio Presidencial a fuerza de telegramas”. Monseñor Gil acepta de buena gana la colaboración que Laura le ofrece. Parece que por el Chocó comienza a perfilarse la obra; pero todo quedó en suspenso por la prematura muerte del joven Prelado. Laura piensa acudir a

la fuente misma del remedio: se propone viajar a Roma a exponer al Padre Santo, Pío X, el estado lamentable de los indios americanos. Ya ha estado en el Banco sacando sus ahorros de años para emprender su larga peregrinación. Al pasar frente a la Iglesia de la Candelaria, se le ocurre entrar y decirle a la Inmaculada representada allí en una hermosa imagen:

- Mira, Señora, este dinero. Es el fruto de mis economías de muchos años y ahora se va a consumir en hoteles y barcos. Señora, cuando esta noche el Padre Santo ponga su cabeza sobre la almohada, hazle oír los gemidos de los pobres salvajes y empéñalo en hacer algo por ellos.”

Laura suspendió el viaje mientras llegaba la respuesta del Padre Santo. El 7 de junio de 1912, Pío X firmaba la Encíclica *Lacrimabili statu*, en la cual exhortaba muy vivamente a los Prelados de América a remediar la miserable condición de los indios.

Había cumplido su recado la Virgen Misionera. Laura le había dicho:

- Los indios están huérfanos y me parten el alma. ¿No querrás ser su Madre? ¡Yo llevaré tu nombre entre ellos y te serviré hasta de rueda de carro que te lleve a sus corazones. Ábreme sus caminos y reinaras en ellos!

VII

HACIA EL OCCIDENTE DE ANTIOQUIA

En diciembre de 1911, el Padre Luis Javier Muñoz ilustre jesuita guatemalteco, viaja de Medellín a Puerto Berrío. En su compañía va la señorita Margarita Restrepo, que sale al puerto a saludar a su hermano Félix, joven jesuita, que regresa de estudios en Europa. Los acompaña Laura Montoya, que aprovecha el largo viaje para exponer una vez más sus ideas misioneras al Padre Muñoz.

Su intervención es acertada y providencial:

- Busque su campo de acción por el occidente de Antioquia; mire hacia Dabeiba. Y vea de probar suerte con el Ilmo. Sr. Crespo, Obispo de Antioquia, para quien le daré una carta de presentación y recomendación.

A Laura la amilanaba un poco la fama de severo y austero de Monseñor Crespo. Pero escribió a Monseñor y le expuso sus proyectos. La respuesta del virtuoso prelado no se hizo esperar. La citaba para una entrevista en el Palacio Arzobispal de Medellín el once de febrero de 1912, día de Nuestra Señora de Lourdes.

- ¿Con que usted es la que lleva entre manos la santa empresa de salvar a los pobres indios?

- Sí, ilustrísimo señor; al menos quisiera trabajar un poco para ellos.

- Pero yo recibo esa obra con alma, vida y corazón.

Laura le expuso sus planes, que eran enteramente evangélicos y apostólicos; internarse en el bosque, vivir entre los indios, asimilar nuestra vida a la de ellos en cuanto lo permita la decencia, y a la de las religiosas para más acercarlos a Dios.

- Sea como dice. Yo la apoyaré siempre. Voy a escribir al cura de Dabeiba a ver si quiere recibirlas y administrarles los sacramentos.

A fines de 1912, Laura acompañada de su amiga Mercedes Giraldo, viajó furtivamente hacia Frontino a explorar su futuro campo de apostolado. En Frontino el señor cura y los caballeros le propusieron cuerdamente que

estableciera un colegio en la localidad. “No piensen –decían- en los indios: son como animales.

Laura penetra en el asentamiento indígena de Rioverde. Habla animosamente con los indios, más por señas que por palabras, los colma de regalitos y les enseña un poco de catequismo. A su regreso la siguen unos indios, arrastrados por el cariño de las exploradoras. Al pasar frente a un cementerio de indios, ella insinúa:

- Padre, recemos un responso por estos pobrecitos.

- Recemos por los fieles difuntos de la población; esos indios deben de estar en los profundos del infierno.

Una saeta en la entrañas le habría producido menos conmoción. Y lloró. Al despedirse prometió con absoluta seguridad: “volveremos”.

Ya en Medellín comenzó la tarea de reclutar compañeras para su aventura. Fueron ellas las señoritas Mercedes Giraldo, Matilde Escobar, Ana Saldarriaga, María Jesús López y Carmen Rosa Jaramillo, todas de hogares cristianísimos y de distinguidas familias. No se sabe si admirar más la inocente generosidad con que estas jóvenes se entregaron a la ardua empresa o la magnanimidad con que sus padres se desprendieron de ellas para dejarlas marchar a los lances de una aventura tan incierta y arriesgada.

Un sábado, Ana Saldarriaga, dijo en su casa como al desgaire:

- Hay en Medellín una señora Laura Montoya que piensa irse a los montes a buscar indios y bautizarlos. Se va con otras compañeras y tiene la protección de un obispo. Sentados a la mesa, esa tarde, hermanos y padres comentan...

- ¿Si usted tuviera una hija que se fuera con esa señorita, le gustaría?

- Nosotros, respondieron padre y madre, no somos dignos de tanto...

Esa noche, el pedir la bendición a sus padres, hace la intención de recibir la última.

Domingo, a las cinco, se levanta. "Me voy con tiempo para comulgar en la misa de seis y media". Comulgó y tomo el tren hacia Medellín, donde oirá la misa de ocho. En casa de una familia amiga ha dejado para sus padres una breve carta: "Queridos padres, van a ver si son dignos de tener una hija en las misiones que se van a fundar en Occidente..."

A Matilde Escobar la presentaron sus padres en la mañana misma del viaje.

- Señorita Laura, llévese la muchachita. Sin ella nacimos, sin ella podemos vivir y para morir nos queda el hospital... pero con la dicha de saber que la muchachita le está sirviendo a mi Dios. Serenos la ayudaron a subir a la bestia y la vieron partir... Se llamó María San José y fue superiora general...

Laura, para tomarles el pulso, les pintó con crudos colores lo terrible de la empresa: habrá pobreza, hambre, soledad, incomprensiones, calumnias, tal vez la muerte en la selva hostil y tragadora de vidas. Todas aceptaron sencillamente lo heroico. Y con ellas la señora doña Dolores Upegui viuda de Montoya, madre de Laura. También ella, a sus sesenta y ocho años de edad, golpeados por todo linaje de padecimientos, quiso alistarse en la obra de su hija. De nada valieron las protestas de sus demás hijos y familiares. Simplemente, la viuda de un mártir quería morir de misionera.

Hubo todavía un momento en que la empresa pareció irse a pique. Un religioso español, bien intencionado pero descaminado, sugería a la señorita

Laura la adopción de un hábito en el bosque... elegante y lujoso, cortado con el estilo del vestido de primera comunión de Teresita del Niño Jesús.

Monseñor Crespo, cortó en seco: Vanidades. Así no se realizan las obras de Dios, daré mi apoyo si la obra se hace como Ud. la planeó. Con humildad, sencillez y pobreza.

Timonazo oportuno.

VIII

EN DABEIBA NACE UNA LUZ GRANDE...

Hacia fines de 1913 Laura está leyendo y meditando el libro de sus predilecciones y saboreos: La Biblia.

Un día encuentra en el profeta Isaías este versículo: "En aquel día el Señor de los ejércitos será coronado de gloria y guirnalda de regocijo para las reliquias de su pueblo".

Y piensa luego: Para mi las reliquias de su pueblo son las almas sencillas de la selva, resto de los numerosos pueblos que llamó a la Fe el descubrimiento de América y que aun no la han recibido. Jesús será coronado de ellos...

En 1914 se inaugura en Medellín un edificio para las Carmelitas. En él quedaba algún anticipado de su dote.

- Usted, le avisaron las religiosas, va a ser una de las siete fundadoras.

- Con menos me hubiera enloquecido de alegría años antes. Ahora, la celda me parecía buena para morir: pero los montes y las playas solitarias, para vivir.

El confesor le dijo un día:

- Diga a las carmelitas que acepta la celda; pero siga arreglando su viaje a Occidente.

Entre sus preparativos de viaje fue uno el de acudir a la Gobernación a pedir a don Carlos Cock una escuela para la población de Dabeiba.

- La de niñas está provista y no es cosa de quitar a la maestra. La de niños está cerrada por falta de alumnos.

- Pues esa es la que debe darme.

- ¿Cómo, sin haber niños?

- Si, dijo francamente.

- Ahí responde el gobernador. ¿Con que usted viene a enseñarnos a robar?

- Si fuera esta –replicaba Laura- la única lección de robo que ustedes reciben...

Ahí mismo le hicieron el nombramiento y le dieron otra escuela con el título de maestra de indígenas.

Y le añadieron 120 pesos para “útiles” que eran ollas, tazas, platos para los alumnos.

Ella, por esos días pensaba: “Para las empresas humanas y con fines humanos, es necesario tener el dinero en las manos y poner a funcionar la contabilidad. Para las empresas de la gloria de Dios, el caudal debe ir en el corazón, en toneladas de confianza... Es verdad que las obras de Dios no se hacen sin dinero; pero ese dinero está en lugares que Dios sabe muy bien y lo va sacando poco a poco, según se va necesitando”.

En mayo de 1914 el odio va a dar en Europa uno de sus más formidables estallidos. En América, concretamente en Colombia y en un rincón de Urabá, se va a encender un foco de amor heroico.

El 4 de mayo de 1914, hacia el amanecer, parte de Medellín una pintoresca y montañera caravana. La capitanea Laura Montoya; la forman cinco jóvenes aventureras; la complementan varios peones y diez bestias de carga, que van agobiadas de enseres y utensilios para la “Obra de los indios”.

Las improvisadas “catequistas”—así se llamaban entonces- van alumbradas por la consigna espiritual y apostólica del sacerdote Lubín Gómez. Van impulsadas por el celo de las almas; van ciegas a lo humano y van abiertas a lo divino y a las implacables exigencias del apostolado.

En siete jornadas fatigosas llegan a Frontino. En su ruta, las gentes las miran con verdadera veneración, como si adivinarán lo que está a punto de amanecer y les gritan: “Adiós, hermanitas...”

En Frontino hay nuevas presiones para que demoren allí y establezcan el colegio. A todos responde Laura resueltamente:

- No puedo cambiar de planes; las órdenes de Monseñor Crespo y del Gobernador de Antioquia son para Dabeiba.

Y a Dabeiba llegaron bajo soles de fuego y por caminos increíbles.

En la población cunde la extrañeza. Los hombres reniegan por tantas mujeres que se les meten de rondón por el empobrecido municipio.

- ¿Cómo vamos a mantener a tantas mujeres?

- Estas vienen a buscar marido entre los indios. Es la voz grosera de la carne que no entiende las finuras del espíritu. La primera noche la pasan en un saloncito ruin, con dos esteras y una cama desvencijada. Y se adormecen al murmullo de un cendal de avispa y al revoloteo de los murciélagos.

Al levantarse, en una alborada jubilosamente tropical, visten sus uniformes, que se han inventado para inspirar más respeto. Y comulgan por primera vez en su campo de faenas misionales. En los primeros días las cerca la soledad y el desprecio; no las favorecen, no les venden alimentos. Pero Laura y sus compañeras paladean los gozos de la santa pobreza y el sacrificio por las almas.

Y como la obra nace en medio de tantas contradicciones, Laura se fija por fin: **¡hacer quedar bien a Dios!**

Pronto, en un desmonte de la selva, las catequistas empezaron la construcción de un rancho grande. Muros de barro, techumbre de paja arrancada penosamente por ellas mismas bajo un sol terrible, el mismo suelo por pavimento; hogar abierto siempre a la visita cautelosa de los indios mendaces y curiosos. Tal fue la casa madre de una nueva congregación. Aquel rancho fue amasado con sudores de jóvenes señoritas de bien abastecidas familias. Nada extraño el pasmo de un blanco ilustre de Medellín:

- Conozco a estas jóvenes; nunca han sabido lo que es privación y ahora están aquí, sudorosas, trabajando como peones miserables. ¿Es que se han vuelto locas?

- Sí –le respondió Laura; pero locas con una clase de locura que el mundo no conoce: la locura de la cruz.

El 7 de agosto de 1914 se hace la primera incursión por tierra de indios. Esquivos, recelosos, huyen todos como una exhalación a la vista de las misioneras. Hasta que su bondad y sus dádivas los van cautivando poco a poco. Y ellos, infantilmente, en su castellano rudimentario, terminan por confesar:

- ¡Ya no somos huérfanos! ¡También nosotros tenemos alma! ¡María, madre mía, sálvame!

Y hasta se dio el caso de que un día, desde tierras de Panamá, llegó un indio con una maceta de flores para la Virgen, o como él decía: “para esa señora a quien tanto quieren las Hermanitas...”

Precediendo en el cielo a las noveles misioneras iba siempre la Fundadora o capitana de la empresa. El capellán P. Carlos observa: “Hacía sus correrías frecuentes a caballo, a pesar de su robustez y de sus dolores –con mareos que a veces casi le quitan el sentido... Ella nada decía. Yo a veces le decía: “Hay que trabajar incesantemente por la salvación de las almas; en el cielo descansaremos...”

IX

DE CATEQUISTAS A RELIGIOSAS

Sin las catequistas se percaten, Dios las va conduciendo como ciegas dóciles hacia la constitución de un nuevo Instituto misionero al servicio de la Iglesia.

Inician la jornada con el rezo de algunos salmos; luego siguen oraciones en común, meditación, santa misa en la desmantelada iglesiuca parroquial, el desayuno sobrio que por espíritu de penitencia se toma de pie. Enseguida cada una se dedica a su tarea: excursión al monte, explicación de catequismo, recibir la visita del indio o de la india, curar al enfermo, o tocar el gramófono para que los huraños indios se acerquen...

Para los viajes y excursiones la Madre trazó un horario holgado que gustaba hacer cumplir con fidelidad.

Todo aquello, de manera paulatina y como insensible, iba tomando visos de comunidad religiosa. Años antes, durante sus días de magisterio, había esbozado unas reglas para las futuras catequistas, asesorada por su antigua alumna y amiga Ana Raquel Isaza. Cuando, ya en Dabeiba, quiso pasarlas a limpio, encontró que la escritura se había desvanecido. Hubo que rehacer el trabajo, fruto ya de las realidades y vivencias del campo misional. Para escribirlas, por petición de Monseñor Crespo, se fijó como norma consignar lo que fuera de la mayor gloria de Dios, lo que encendiera más el celos de las catequistas y lo que más contribuyera a la cristianización de los indios. Así resultaron las constituciones actuales que Roma aprobó con muy escasas correcciones y que son un trasunto del alma gigantesca de su autora.

Se conserva el texto de las primeras Constituciones enviadas a Monseñor Crespo en mayo de 1917. Allí, por ejemplo, se dice que las señoritas que quieran dedicarse a la reducción, catequización y civilización de los salvajes han de vivir entre ellos; que han de procurar la salvación de sus almas y su mejoramiento de su suerte en general.

Por donde se ve que era la misionera integral, promotora de lo espiritual primero que todo y luego de lo humano y temporal.

Sobre el sentido católico y ecuménico de la Fundadora algo sugiere este párrafo: “Como Congregación diocesana dependerá del Obispo de Antioquia y a él obedecerá religiosamente. Pero el alma de la Congregación será eminentemente católica, es decir, que individualmente y colectivamente sus miembros desearán abarcar, como punto de acción los salvajes de todo el mundo”.

Así de católica y de inmensa era la Madre Laura. Y así pensaba cuando los humildes inicios apuntaban en esa lejanía y reclusión de Urabá...

La obra requería ya un nombre. ¿Cómo llamarla? ¿Compañía misionera? ¿Compañía mariana? En ambos títulos se pensó. Pero un día sentenció el Prelado Monseñor Crespo:

- Veo que esto se vuelve serio y se me parece mucho al espíritu de Santa Catalina de Siena. Esto se llamará “Misioneras de María Inmaculada y santa Catalina de Siena”. Así las conocen hoy en varios continentes. Así la aprobó Roma en 1953.

El mismo día en que espiritualmente se posesionaron de Dabeiba, hicieron todas el convenio de llamarse Hermanas para afianzar el respeto mutuo y asegurarse el de cristianos y gentiles. Para Laura reservaron el nombre de Madre, que le costo aceptar por lo que implicaba el honroso. Dieron un paso más: renunciaron a su nombre y apellido. Y quedaron así:

Mercedes Giraldo: María San Benito José Labre.

Matilde Escobar: María de San José.

Carmen R. Jaramillo: María de los Dolores.

Ana Saldarriaga; María del Santísimo.

Dolores Upegui: María del Sagrado Corazón.

Y la fundadora, tan devota de María, Monseñor Crespo la nombra: Laura de Santa Catalina.

Por un momento le dolió no llamarse María. Pero concluyó “para que ella sea mucho más que mi Madre no necesito entrarla en mi nombre”.

En realidad: el nombre de María lo llevaba desde el bautismo. Y el de Santa Catalina le caía maravillosamente apropiado por su amor y sentido de la Iglesia.

A todas éstas, como jugando, las catequistas van cobrando apariencia de religiosas consumadas.

De antiguo la fundadora nutría la convicción de que necesitaba una comunidad “de **misioneras cabras...**” hechas para las cuevas más remotas. Y escribió a Monseñor Crespo razonando la conveniencia de erigir en congregación lo que era una agrupación de voluntarias de Cristo. De roma llegó la oportuna licencia firmada el 28 de junio de 1916 por el Eminentísimo Cardenal Falconi en nombre del Papa Benedicto XV. El primero de enero de 1917 quedaba erigida la congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena. En sencilla ceremonia Laura Montoya se clavó en la cruz de la vida religiosa con los tres clavos de los votos y su madre septuagenaria y las compañeras empezaron el noviciado. De las trece que comenzaron, sólo una regreso al hogar. Nació un Instituto en el bosque y para el bosque.

Y ya aprobadas por la Santa Sede como Congregación diocesana había que crear el noviciado.

En **El Pital**, ambulancia que, los indios permitieron construir en sus tierras, con la condición de que se mantuviera rodeada de rastrojos para que ellos

podieran conservar su libertad de movimientos, vino a establecerse el noviciado. Se empezó por “una casita de palo parado, con un cuartico de bahareque que para dormitorio de las hermanas” y luego se amplió gracias a los planos, trabajos y sudores del Padre Elías que lo tomó como cosa suya y al mismo tiempo que alzaba la construcción material, alzaba la espiritual con sus liturgias, conferencias y consejos. “En el noviciado del Pital –escribe la Madre– vino a formarse una especie de casa de retiro, de soledad y de oración deliciosa”. Y también una escuela y forja de misioneras intrépidas, audaces, saturadas de sentido misional y eclesial.

Para la Madre, tan activa y tan contemplativa, aquella casa, situada entre selvas y montes, fue una incitación a endiosarse y salir de casillas según su expresión. Como formadora de sus primeras religiosas se explayaba en conferencias o charlas de sólida y exigente doctrina mientras ella recibía iluminaciones altísimas sobre los atributos divinos y oleadas de conocimientos y amor de Dios.

X

FUNDACIONES Y EXCURSIONES

El 24 de febrero de 1916 a la naciente comunidad misionera se le desgajó una filial en el paraje denominado Rioverde, a diez leguas de Dabeiba, en los más espeso de la selva tropical y en medio de una tribu aislada y diezmada, El capellán, Padre Carlos Duque, les glosó elocuentemente, en la misa de inauguración, el lema “Tengo sed”, pronunciado por Jesús en el Calvario. Sed de almas y sed de sacrificio para conquistarlas.

Desde Rioverde, en incursiones penosísimas por las marañas, derrumbaderos y torrentes del bosque, fueron explorando regiones, visitando bohíos, ganando corazones desconfiados. Pero se tornaba necesarios vivir junto a ellos. Y hubo que hacer nuevas fundaciones: así surgió la casita blanca

o toldo de campaña que la Madre Laura plantó en las “ambulancias” o fundaciones provisionales y de temporada. Hubo ambulancias en El Pital y en Antadó. Los indios, al principio, las miraron con recelo y aun con odio impotente. Y amenazaban:

- Caminaremos lejos. Para terminar diciendo: “Estamos jorobados. No habrá más remedio que aprender la ley de Dios.

La paciencia y la bondad de las hermanas daban feliz remate al logro de sus almas.

En agosto de 1918, el Padre Elías, Carmelita, la Madre Laura, tres misioneras y varios indios salieron de Dabeiba con rumbo hacia Murrí, donde se iba a establecer la tercera casa. En la cumbre del Portachuelo pernoctaron bajo un rancho deshabitado y junto a un fogón que encendieron para no aterse de frío. Y por fin, al fallar las promesas de un señor Gaviria, se acomodaron en un rancho llamado La Lejía, herbazal húmedo entre dos riachuelos y allí improvisaron celditas, cocina y salón que sirviera de capilla, de escuela y recibidor. Más adelante se alzó una casita más adecuada, se multiplicó el trabajo y fueron colmados los frutos misionales. El capellán y la fundadora regresaron a Dabeiba. Pero en Murrí quedaron tres misioneras, aisladas del mundo, sin capellán y con el sagrario vacío.

Fue en este rincón del mundo donde la Madre Laura, que en semejante excursión, pernoctando bajo plantas de tagua había escuchado el silbido de las culebras y el bramido nocturno de los animales salvajes haciendo coro a los ríos enfurecidos que amenazaban tragarse el rancho, hizo con Dios el llamado “**Pacto de las fieras**”, mediante el cual éstas no harían daño a las hermanas y las hermanas se habían de comprometer a respetarles la vida.

Hermana ha habido que ha hecho su oración delante del Santísimo de su humilde oratorio teniendo al lado, tranquilamente arrollada, una rolliza serpiente.

Varios fueron los meritísimos sacerdotes que en los primeros años asistieron, en lo posible a las catequistas. Ellos eran pocos, vivían muy distantes, a leguas y leguas por caminos de espanto y con el deber de atender parroquias tan extensas como una diócesis. Las Misioneras guardaron eterna gratitud a los Presbíteros Duque, Peña, Jesús M. Rivera, Lopera y otros.

Trasladado Monseñor Crespo a la nueva diócesis de Santa Rosa de Osos, le sucedió en la sede antioqueña el amable y virtuoso Prelado Monseñor Francisco Cristóbal Toro, bajo cuyo pastorazgo quedó la nueva congregación. Hasta el 4 de marzo de 1918, por decreto por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, fue erigida la Prefectura Apostólica de Urabá, confiada al celo de los Reverendos Padres Carmelitas Descalzos de la Provincia de Navarra. Primer Prefecto Apostólico que fue nombrado el Rvmo. Padre José Joaquín Arteaga, a quien adornaban exquisitas dotes de naturaleza, de saber y de virtud. Bajo su autoridad se amparó la congregación naciente. Él retocó las Constituciones de las religiosas, dirigió algún tiempo el espíritu de la fundadora, llamó a sus hijas a trabajar junto a los Padres Carmelitas en las fundaciones de Puerto César, Turbo y Unguía, en el golfo de Urabá y penetró con ellas en la región de Caimán, asentamiento de los indios Kunas, que al fin rechazaron la misión.

Por testimonio de un Padre Carmelita español, que conversó con al Padre Arteaga cuando éste aun no había llegado a Frontino a posesionarse, ya el Perfecto estaba siniestramente informado y prevenido sobre la Madre Laura y su incipiente empresa.

Además, por temperamento y formación, miraba de reojo y con recelo la tarea y la colaboración de la mujer.

La Madre admiró siempre sus cualidades y las elogió en sus **Cartas Misionales**: pero diferencias temperamentales y una serie de minucias y una serie de roces impidieron que estas dos almas grandes y virtuosas armonizaran definitivamente hasta el punto de que la Fundadora, con harto sentimiento y con la aprobación de varios obispos reunidos entonces en Bogotá con motivo del Primer Congreso Misional de Colombia, hubo de levantar en 1925 todas las comunidades existentes en la Prefectura y abandonar la comarca natal de la Congregación.

El rancho de Dabeiba, casa madre de la Congregación, fue vendido a menos precio. Tocó a la Hermana María San Benito entregarlo, desgarrada de pena. “He pensado que ese sacrificio tan inusitado cual es el de dejar para siempre la cuna de la Congregación, nos lo ha exigido Dios porque nos quiere como Él. Él no conservó durante su vida ni fue propiedad de la Sagrada Familia la cueva de Belén. “Oh santa desnudez! ¡Oh pobreza hermosa: cuánto debemos amarte!”.

XI

PRUEBAS Y CONTRADICCIONES

Una tarde golpeó a las puertas de la remota residencia de Rioverde un Padre Misionero de la Prefectura. Desmontando de su caballo, dijo:

- Soy el Padre Elías, que he venido a una confesión por estos lados y me ha cogido la noche, por lo cual vengo a pasarla aquí.

Las religiosas tenían noticias de que dicho Padre miraba con escasa simpatía la Congregación naciente y tenía a la fundadora por una pobre farsante.

Fue acogido con las mejores atenciones y se le invitó a permanecer por varios días para poder confortar a las misioneras con la misa, los sacramentos y la palabra de Dios.

El Padre callaba y observaba; preguntaba y callaba.

Y acabó por decir a la Madre Laura:

- Esta obra es de Dios y a usted la ha dirigido el Espíritu Santo para su fundación. Esté tranquila, que aunque todo el infierno se estrelle contra esta obra, no perecerá, antes crecerá por todo el mundo. Dios está con usted y con su congregación.

Desde ese momento, el Padre Elías fue amigo y consejero de la comunidad naciente. Él ayudó a las Hermanas a fabricar el rancho del primer noviciado; él viajaba a la selva de Murri para llevar a las Hermanas el consuelo de los sacramentos y él con su recio espíritu teresiano y carmelitano, formó el alma de las primeras novicias en la ambulancia de El Pital.

No todos, aún entre los ministros de Jesús, comprendieron y estimaron el espíritu y la creación de la Madre Laura. Así se explica que no les faltara el sello que distingue las obras de Dios: la incompreensión y la "contradicción entre buenos" que decía Santa Teresa.

- Estas buenas señoritas nos quieren uncir a su ritmo. Se van al bosque, visitan bohíos, hacen su catequesis, hasta bautizan y viene a urgir que el Padre se vaya a esas lejanías a administrar otros sacramentos...

Los cargos contra la Fundadora y sus misioneras cristalizaron en un documento enviado a la Nunciatura Apostólica por el Perfecto Apostólico que, como decía el señor Nuncio, tiene toda la confianza y el respaldo de la Santa Sede.

Por ello en 1923, la Madre Laura fue llamada a Bogotá de orden de la Nunciatura Apostólica. Monseñor Vicentini, en carta al Rvmo. P. Arteaga, hablaba de “cosas raras” en las Constituciones de las Misioneras, la Madre le escribía a Monseñor Brioschi: “Todo es raro en esta Congregación. Muchas personas pronostican luchas. Esto no me inquieta, porque si Dios es el autor, sostiene la obra. Y si es parto de mi capricho, que se derrumbe!”.

El Excmo. Sr. Vicentini, en dramáticas entrevistas, formuló a la Fundadora los vehementes cargos que contra ella y su obra se levantaba por personas de grande autoridad y prestigio.

La Madre respondió con claridad, con prudencia, con humildad y con testigos. Y terminó diciendo al Excmo. Sr. Vicentini:

- Asegúreme V.E. que ésta no es obra de Dios y ahora mismo la destruyó.

Una discreta intervención del virtuoso misionero claretiano P. Ezequiel Villarroya fue favorablemente decisiva. La luz se hizo. Y Monseñor Vicentini quedó convertido en admirador de la Madre y de su Congregación e hizo organizar una conferencia en el principal teatro de Bogotá para que la Madre Laura expusiera –como lo hizo- el fruto de sus observaciones y de sus experiencias.

- Monseñor –preguntaba una joven misionera al señor Nuncio- dígame si esta Congregación es de Dios y si debo permanecer en ella o pasar a otro Instituto.

- No se retire; esta obra es de Dios y las Constituciones sirven para santifica. Viva muy contenta en su Congregación.

En las entrevistas con el Señor Nuncio, que fueron varias y prolongadas, la Madre sugirió dos iniciativas notables:

- La celebración en Bogotá de un Congreso Nacional de Misiones.

- Y la creación de un Seminario de Misiones, de que ya le había hablado a Monseñor Francisco Cristóbal Toro, Obispo de Antioquia y Jericó... El Congreso se celebró en Bogotá en agosto de 1921 y coincidió con la consagración episcopal de Monseñor Miguel Ángel Builes, el insigne y fervoroso obispo de Santa Rosa de Osos con quien Laura planeó largamente la fundación del Seminario de Misiones de Yarumal, cuna de la Congregación de Misioneros Javerianos.

No solamente los servidores de Dios labraron a golpes de contradicción el alma de la fundadora; fueron también los gerentes de la cosa pública.

En la prensa roja y en la Asamblea Departamental hubo para las abnegadas misioneras ataques inmisericordes. Y la conducta interesada y anticristiana de algunos encargados o “protectores” civiles de los indios pusieron a dura prueba el cariño, el celo y la energía de la Madre Laura. Esta supo enfrentárseles t hablarles con valentía; y cuando fue del caso recurrió a las más altas autoridades del departamento y del país.

- Yo, señor Gobernador, le decía al General Berrío, no vengo a pedir para mí; vengo a pedir para sus súbditos de Urabá, indios pero antioqueños y colombianos.

A procurarle apoyo bajó desde Bogotá la voz de oráculo del presidente Marco Fidel Suárez en cartas comendaticias dirigidas al General Pedro Nel Ospina y al Comisario don Carlos Villegas.

Años adelante, cuando ya su congregación estaba difundida por toda Colombia y un grupito de misioneras había tardado noventa días en llegar desde Bogotá al Vaupés, ella acudió a don Eduardo Santos, presidente de Colombia, para que facilitara esos pasos de las evangelizadoras y les obtuviera pasajes baratos o gratuitos en los aviones del Gobierno. El Presidente, un algo confuso, le pregunta:

- Pero, en definitiva, Madre, qué es lo que usted busca?

- Busco, señor Presidente, favorecer a los colombianos más necesitados.

- Pues entonces, Madre, tiene usted a su disposición las llaves del Palacio y de mis arcas.

Días después la condecoraba con la Cruz de Boyacá...

Consuelo mayor para su alma incomprendida y amargada era el fruto de bautizos y conversiones.

Y mayor consuelo saber que agradaba a Dios aunque no se viera la cosecha al ojo. Por eso recomendaba a sus hijas: "A la misionera lo que importa es orar, amar y trabajar. La oscuridad y la ineficacia serán como huno de sacrificio que suba hasta Dios y nos santifique".

XII

LA EXCURSIÓN A URÉ

Hacia 1919 un indio de Rioverde se acercó a la Madre y le dijo:

- Ve, Madre, ¿quieres buscar más almas pa tu Dios? Caminá a San Pedro de Uré que allá hay mucha y no saben de Dios nada. ¡Brutos todos los de esa tierra!

Desde entonces se le inquietó el corazón a la gran misionera. Y el 9 de septiembre de 1919 la Madre Laura y la Hermana María de la Sagrada Pasión salieron rumbo a San Pedro de Uré. Planeaban, inconscientes, atravesar los montes de Ituango y bajar después por el río San Jorge a Cartagena de Indias a convenir con Monseñor Brioschi las bases de la fundación. En las primeras jornadas se extraviaron en el bosque y caminaron leguas por el por abismos de pantano. Encontraron por fin una casita pobrísima y allí descansaron por tres días. En medio de penalidades inenarrables fueron pasando por Peque, La Acequia e Ituango. Su párroco don Antonio Correa les aconsejó que cambiaran de ruta y que más bien se dirigieran a Puerto Berrío para bajar por el Magdalena hasta Cartagena de Indias y desde allí internarse en el San Jorge.

En estos primeros días experimentaron la malignidad del clima, la generosidad de los campesinos más pobres y la consolación que les brindaban el Señor a través de los versículos de Kempis.

En Carolina tuvieron la sorpresa de coincidir con el santo Prelado capuchino Monseñor Soler y Royo, Vicario Apostólico de la Guajira, quien tuvo con la Madre Laura un largo intercambio sobre métodos misionales, y terminó confesando:

- Humanamente hablando, no se comprende la obra que va a realizar esta mujer; pero aseguro que va guiada por el Espíritu Santo.

Finalmente, desde Puerto Berrío, en el vapor Pradilla, arribaron a Calamar el 4 de octubre para seguir en ferrocarril hasta Cartagena de Indias, en donde las esperaba el Prelado Excmo. Sr. Pedro Adán Brioschi.

Monseñor bendijo la empresa, ordenó a la madre que dictará conferencias misionales, prometió su ayuda económica y su valimiento ante las autoridades civiles y les aconsejó que buscaran sacerdote capellán en algunas de las escasas comunidades religiosas de la ciudad. Vano empeño.

- Él –apunta la Madre Laura con cierto humor- nos daba ornamentos: pero no sacerdotes.

Ante semejante perspectiva, la Madre quedó como paralizada. ¿Qué haría en esa lejana soledad sin el ministro de Dios? Sin misa, sin confesión, sin sagrario?

El Arzobispo insistió, terminante e irrevocablemente:

- Arrodíllense, les doy la última bendición y se me van. Puede ser que el cura de Sincelejo quiera visitármelas cada año...

Uno de esos días, meditando y rezando en la capilla del Colegio de la Presentación en que estaba hospedada, de pronto miró al sagrario y escuchó en lo hondo de su alma aquellas palabras del salmo: “la ley del Señor es inmaculada, convierte las almas, es testimonio fiel del Señor y da sabiduría a los pequeñuelos...”

La ley de Dios salvará a las almas de Uré.

Las Hermanas serán las pequeñuelas a quien Dios da sabiduría.

De la capilla salió resuelta a comunicarle al Señor Arzobispo su decisión de irse a Uré.

El Magdalena y el San Jorge las vieron durante días aguantar soles, hambres y francachelas de viajeros y negociantes embrutecidos. En los

puertos, mientras el patrono de la embarcación vendía sus licores y sus baratijas, ellas aprovechaban para hablar de Dios a los negros iletrados y a los blancos incultos. Hasta que un día de diciembre desembarcaron entre la negredumbre de Uré, agolpada a la orilla de su río para recibir a esas blancas “misteriosas”.

Tres meses y medio había durado la excursión. Y ahora podían ya entregarse al apostolado más rudimentario y sacrificado entre aquellos descendientes incontaminados de los esclavos africanos.

Poco después, por caminos dantescos, llegó otro refuerzo de misioneras. Y entonces buscaron en las guaridas de los montes a unos escasos grupos de indios. Y sucedió la muerte cristiana del señor Hilario, un anciano de ébano que, a falta de sacerdote, hacía los ritos en un latín tenebroso. Y se acabó “la fiesta de las muchachas” en que cada año organizaban los hombres en el templo una zambra endiablada y se apoderaban de las niñas..., y brotaron flores de inocencia juvenil en torno al sagrario de las misioneras.

Y murió de repente un indio que gracias a las explicaciones catequísticas de la Madre Laura se prendó de la eternidad de Dios. “Ese que no es comenzao ni acabo” y pasó de golpe y vertiginosamente del paganismo a la mística. Cuando la Madre Laura emprendió el regreso, Zorrito, que así se llamaba el indio, le gritaba desde la orilla del río: “Dile a ese que Zorrito lo quiere mucho y quiere verlo, o vivo o muerto. ¡Y que Zorrito está siempre a sus órdenes!”. Pocos días después, Zorrito se fue de repente, a “ver” a Dios. En Uré se estaba cumpliendo lo del himno nacional colombiano:

“En surco de dolores
el bien germina ya”

Allí murió el 29 de julio de 1925 la angelical misionera María del Perpetuo Socorro – en el siglo Isabel Tejada Cuartas– practicante heroica de las más

bellas y arduas virtudes evangélicas. Su proceso de beatificación se estudia en Roma.

Y de aquella experiencia durísima y de los informes de la Madre Laura al Señor Arzobispo de Cartagena surgió la idea de crear la Prefectura Apostólica del San Jorge, que fue confiada a los Misioneros españoles de Burgos y hoy es la Prelatura de Montelíbano pastoreada por Monseñor Alfonso Sánchez, misionero Claretiano.

¿Regresó la Madre Laura al San Jorge? Hacia 1926 a visitar la casa misionera de San Benito de San Jorge. El pueblo, capitaneado, por el P. Gabaldá y el Honorable Concejo, la recibió bajo arcos enramados y al son de fanfarrias bullangueras.

Hallo a las hermanas prensadas en un rancho, con un calor como de horno s punto de asar bizcochuelos, flacas, macilentas, pero radiantes de energía, a pesar de pruebas y sinsabores. Sin fuerzas físicas pero como leones en lo moral y espiritual. Buenas discípulas de su Fundadora.

La Madre de San Benito, sufrió por el calor unas llagas como de fuego en brazos y espalda y hubo de pasar noches con la espalda al aire, los brazos en cruz sostenidos sobre los espaldares de unos taburetes...

Al despedirse de San Jorge, acompañada del santo Prefecto Apostólico Monseñor Lardizábal, y embarcada ya en una canoa en el puerto de Magangué, exclamó al separarse de la comitiva abundante:

Cómo siento que amo a toda la gente.

Monseñor por lo bajo le susurró:

Bueno que los ame a todos; pero es necesario preferir a los pobres.

Y ella comenta: “Esta frase fue para mi alma como rocío del cielo. Y cómo no se si ellos ha querido representarse Jesús? ¿Cómo no si están lejos del espíritu del mundo?

Cómo no si son ellos espejo vivo de lo que hace la pobreza en el corazón humano: lo dulcifica, lo hace blando con los demás...Desde mi niñez me sentía muy bien cerca de ellos, así como a los niños; pero de ahí en adelante mi preferencia ha crecido y percibo hasta de lejos la presencia de los pobres por mi cierta alegría, cierto bienestar que me produce su amistad o mejor por cierta ternura que me inspiran sus andrajos y miserias...”.

Esta era la madre Laura: receptiva para los mensajes divinos que llegaban por unas sencillas palabras sacerdotales y para meditar altezas y sentir ternura ante las pequeñas criaturas y las cotidianas realidades.

En la canoa se acomodó también el Prelado, que traía rota su única sotana. Y allí mismo la hermana compañera se aplicó a zurcirla mientras Monseñor venía sentado sobre un travesaño.

Monseñor, tostada la piel por tantos soles, guardaba silencio. Y la madre se sentía invadida por Dios y con ansias agónicas, de hacerlo conocer de todos ...

XIII

MISIONERAS EN EL SARARE, EN SANTA ROSA DE OSOS Y EN SANTA FÉ DE ANTIOQUIA

En alguna visita que en las primerías de 1924 hiciera la Madre Laura al Colegio e Religiosas Betlemitas de San Pedro, Antioquia, oyó la especie de que en Sarare, región limítrofe con Venezuela, había indios incivilizados.

- Acaba de salir el P. Enrique Rochereau, Eudista, de una correría científica por el Sarare y viene lleno de compasión por la miseria de los indios de aquella comarca.

Esta noticia bastó para que la Madre pensara en ofrecer sus servicios al P. Rochereau y al Ilmo. Señor afanador, Obispo de Pamplona.

Me da cierta vergüenza, escribía la Madre Laura al Prelado, hacerle este ofrecimiento, porque V. E. Va a decir que cómo unas pobres mujeres se meten a cosas tan grandes...

- No me asombra, Madre, respondió el Prelado, el que Dios asocie a la mujer a sus obras, desde que conozco que la asoció tan maravillosamente a la obra de la redención, haciendo a María Corredentora del linaje humano...

Para la madre, estas palabras fueron de almíbar. ¡La habían amargado tanto con la imputación de que ella y sus hijas usurpaban los oficios del sacerdote;

Dios les ofrecía un ilimitado que hacer apostólico en el mismo instante en que se les iba a cerrar el sitio de su nacimiento.

En una mañana de los primeros días de septiembre de 1924 las misioneras dejaron la capital de Colombia en donde se habían reunido y bajo la guía de R. P. Samuel Ramírez se dirigieron hacia las tierras bravas y nobles de

Santander. Primero en automóvil y luego a lomo de bestias fueron enhebrando en su viaje haciendas y poblaciones florecientes: Tipacoque, Chicamocha, Miranda, Málaga, Páramo de Almorzadero, Chitagá, Cécota, Pamplona.

Fue aquél un viaje de triunfo y un sartal de homenajes que tenían confundida y ruborizada a la Madre Laura, tan echa ya la incomprensión y al

menosprecio. Los sacerdotes rivalizaron en atenciones; los pueblos salían a recibir a las misioneras; los colegios demandaban su presencia y su palabra. Y la Madre, a ruegos o mandatos de los señores curas, hubo de ejercitar sus dotes de habladora persuasiva y narradora amena en exponer y encarecer la urgente tarea de cristianizar a los indios de América.

La entrada en Pamplona resultó gloriosa. Las Misioneras forman grupo en el centro; a lado y lado, lujosa escolta militar ejecuta piezas musicales; en pos, los sacerdotes, el seminario, los colegios, más de cien jinetes, la muchedumbre. Era el 23 de septiembre. Dos meses después, las Hermanas, capitaneadas por los Padres Rochereau y Ramírez, se movilizaron hacia la remota hacienda de Santa Librada, en el riñón de Sarare. De nuevo surgió a su paso la nobleza de los más sentidos homenajes; las veladas alusivas a la fundación y actividad de las misioneras; las misas al aire libre, bajo la tolda de los viejos y altivos árboles. Por fin, el 3 de diciembre, con el canto de Magnificat, las Misioneras tomaban posesión de su rancho de Santa Librada. Y empezó la labor entre los tunebos, primero por señal y a poder de regalos y luego en tunebo, que el P. Rochereau arrancó a los indios y enseñó a las Hermanas. Una epidemia ofreció ocasión para los primeros bautizos de pobres niños y ancianos moribundos a quienes los indios arrastraban fuera del rancho para que acabaran más presto.

En Pamplona recibió la Madre Laura un beneficio singular: conocer al audista Enrique Le Doussal que enseguida comprendió el espíritu de la fundadora y de su Congregación. A él se debe en gran parte la redacción de la Autobiografía de la Madre, que es una obra de poderosa espiritualidad misionera y uno de los libros más valiosos de la literatura colombiana.

Antes de salir para la misión del Sarare, el P. Rochereau dirigió ejercicios a las misioneras y les recalcó que su fin era el de hacerse santas...

Idea que a la Madre le inspiró estas reflexiones: “Trabajar sólo por la gloria de Dios, buscarle a Él tan amable, amadores; darle a Él, tan digno de todo, lo que es de mi cuidado, ver por sus intereses en mí y en todo lo que me rodea o lo que existe; pasarme al otro lado, es decir, no cuidar de si mi bulto se vuelve o no bello; sí da o no punto; si tiene virtudes o no las tiene; si resulta o no resulta santa en bulto tan gloriosos...

Luego me dirigí a Dios y embelesada en su belleza, en su infinitud, le dije: Boto a Laura, Señor, la tiro. Si tu te topas con ella y la haces santa, bueno está, pero yo no soy capaz de seguir manejando bicho tan sucio, adornado maniqué tan ingrato, barriendo tierra tan terrosa. Desde ahora y para siempre me pongo a trabajar por tu gloria, por tus intereses, por tus almas tan bellas y mal tratadas por el diablo que las ha hecho inconocibles; casi ni parece ya otras de tus manos santísimas!, En fin, ya no me sentí capaz de trabajar por hacerla santa, porque creo que Dios hace los santos en aquellos que lo glorifican y se olvidan de sí mismos por amor a Él”.

En el Sarare se le cumplieron a la Madre Laura los días para sus votos perpetuos. No hizo más que remachar su oblación de siempre. Aleccionó a sus misioneras para el sacrificio y apostolado y emprendió, no sin cierta tristeza, el retorno a Antioquia, en donde la Congregación pasaba trances de noche oscura, alejada ya de la nativa Dabeiba.

Veintiún años trabajaron las Misioneras de María Inmaculada en el Sarare; en 1945 Pío XII erigió en aquella colonia la Prefectura Apostólica de Labateca, entregada a los Misioneros Javerianos de Yarumal. En 1947 las hijas de la Madre Laura cedieron el campo a las Misioneras de Santa Teresita, fundadas, como los Javieres, por el celo del interpretérrito Prelado antioqueño Monseñor Miguel Ángel Builes.

Fue este prelado quien acogió a la Madre y su obra en la diócesis de Santa Rosa de Osos y le permitió establecer el noviciado en la cristiana población de

San Pedro. Al noviciado se agregó temporalmente la curia general, mientras se trataba de buscarle acomodo en Medellín.

Las relaciones entre el prelado misionero y la misionera fundadora fueron cordiales y versaron sobre la proyectada creación del Seminario de Misiones. Cartas iban y cartas venían, sobre tan providencial proyecto.

Cuando éste de inició en Yarumal, en julio de 1927, ya había discrepancias y distancias entre los dos fervorosos y egregios apóstoles.

Y el chispazo inicial saltó desde el Sarare, una carta, escrita por el benemérito sacerdote francés en estado de grave alteración del ánimo y tejida de agrias y absurdas inculpaciones, enturbió de tal manera al Prelado de Santa Rosa que lo movió a pedirle a la Madre la renuncia del cargo de superiora general, lo cual ella realizó en sumisa carta.

Intervenciones de las Consejeras Generales, imprudentes situaciones de una alocada novicia con respecto a un anciano sacerdote y desaciertos de varios sacerdotes enredaron más el asunto.

Documentos de esos días dejan patente la prudencia, la humildad y la tristeza de la Madre, residente por enfermedad en Medellín, a donde le iban llegando golpes y noticias amargas.

Vino finalmente la ruptura, el noviciado de San Pedro se fue acabando por consunción a medida que profesaban sus últimas hermanas y el personal restante emigró hacia Santa Fe de Antioquia donde el manso y prudente obispo Francisco Cristóbal Toro las recibió y por decreto instaló la Curia General. Regresaba la Congregación a la diócesis de origen. De este modo se salvó la persistencia de tan preciosa obra amenazada de disolución...

Pasados los años, que dan serenidad de juicio y de corazón, muerta la fundadora que en su agonía mandó a pedir la bendición del prelado, ya en las vísperas de iniciarse el proceso diocesano de beatificación de la Madre Laura, el claretiano colombiano P. Guillermo Rozo, residente en Roma, visitó a Monseñor Builes, allí asistente al Concilio Vaticano II, les informó de tales propósitos y les preguntó si pondrían inconvenientes. Su respuesta fue:

- Procedan tranquilamente. Ella defendió sus puntos de vista; yo defendí los míos, Roma dirá la última palabra.

Al regresar de Roma, visitó en Belencito la tumba de la Madre Laura.

Ya en marcha el proceso diocesano de beatificación, el tribunal, por decisión de su Presidente el Señor Arzobispo Antonio José Jaramillo, titular de Cotrada, viajó hasta Santa Rosa de Osos y se le apareció en el despacho de su modesta residencia episcopal para tomarle declaraciones. Fueron breves y concisas y concedidas con la serenidad que otorgan los años: “La primera impresión que me produjo cuando la conocí y leí sus Cartas Misionales fue la de un alma muy celosa por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Tuve intención de mejorar, según mis puntos de vista, las Constituciones, y ordenar algunas cosas que en la comunidad no marchaban. La Sierva de Dios lo supo, probablemente por una tercera persona, con la que yo, quizá imprudentemente, había comentado el hecho”.

Y poco más. Terminado el proceso asistió a Belencito a la sesión solemne de clausura, firmó las actas y algo más: se dirigió en expresiva carta al Prefecto de Causas de los Santos, Excmo. Padre Larrona, que conocía también todo lo que había sucedido, pidiéndole la beatificación de la Madre Laura.

XIV

MISIONERA ESCRITORA

Entre las varias preseas que adornaron la personalidad opulenta de la Madre Laura sobresale su actividad de escritora. No fue la pluma para ella instrumento de artesanías literarias, sino arma exclusivamente dedicada al servicio de su obsesión misionera.

Auténtica en todo y sólo enderezada hacia lo pro y lo eterno, no hay en sus escritos una sola línea en que quiera “hacer literatura”. Prosa natural, llana, correntía, muy hábil para diafanizar sus estados interiores, para narrar con sabroso interés, para pintar con gracia y ternura personajes de esos que se atraviesan por su vida, como Gregorio el harapiento, Zorrito el de Udé, el señor Hilario o para contar, en animada escena dramatizable, sus porfías y exámenes para ingresar a la Normal.

La Madre Laura escribió páginas de antología, que pueden y deben entrar en las historias de nuestra Literatura.

Carta abierta al novelista Alfonso Castro, autor de “**Hija espiritual**” es el primero de sus escritos publicados. Es redacción original suya retocada por el novelista todo famoso don Tomás Carrasquilla. Años más tarde, ya en plena tarea de evangelio, colaboró en periódicos y revistas, compuso folletos y libros, redactó memoriales e informes, se expresó en prosa y verso, esto último en pocas y no afortunadas ocasiones. Quede aquí una reseña sucinta de sus principales escritos.

Cartas misionales. A poco de establecerse en Dabeiba comenzó a escribir unas cartas noticiosas a sus hermanos y familiares. Al pasar de mano en mano vinieron a parar en manos de la redacción del periódico medellinense “El Colombiano” y sobre sus páginas a millares de lectores de todo el país. A poco, Monseñor Crespo le ordenó que le enviara dos cartas mensuales para el periódico “El Católico”, que él mismo dirigía. Y de este modo resultó uno de los

libros más amenos que la Madre Laura compuso y que es un tesoro de datos, episodios y sentimientos misionales.

Cinco ediciones pregonan sus excelencias y el favor que un difuso lectorado les dispensó.

Para cercenarle a su autora todo asomo o posible despunte de vanidad o complacencia vana quiso Dios que estas inocentes corresponsalías, animadas además por el Obispo Crespo, que fue siempre un gran entusiasta de la prensa, fueran juzgadas con amargura por algunos operarios de la viña evangélica.

Por lo que contaban, por su publicación en la prensa, fueron motivo de reproches, acusaciones y sinsabores.

Cierto rigorismo de esa época no admitía que monjas colaboraran con la prensa. Eso era novedad y vanidad. Y además, en ese caso concreto, injusticia porque se callaba la actuación de las misioneras...

Pero, en realidad, esas primeras cartas fueron familiares y para la intimidad. E espaldas de la autora comenzaron a divulgarse en la prensa de Medellín. Y ella no era ni pretendía ser la cronista o historiadora de la Prefectura, sino de las andanzas de sus “religiosas cabras” y de las anecdóticas reacciones de sus indios del alma.

Constituciones de las misioneras. “Puedo decir que no he escrito una sola regla sin que ella me haya costado una agonía terrible”. Las Constituciones constituyen uno de los mejores retratos de la Madre Laura por lo exigentes, magnánimas y sobrenaturales. Roma los ha aprobado casi literalmente y en la práctica están demostrando que son forja de almas apostólicas y de verdaderas santas.

Directorio o guía de la perfección para el mejor cumplimiento de las Constituciones. Se trata de un voluminoso comentario en que la Madre volcó la riqueza de sus conocimientos ascéticos y de sus vivencias espirituales y misioneras. Este libro es un murallón de piedra para sostener en su primitiva observancia a la Congregación y asegurar su permanencia en el servicio de la Iglesia.

Manual de oraciones para uso de las misioneras. Es devocionario y oracional muy completo y fervoroso para beneficio de las misioneras y de los neófitos. Incluye dos folletos originales de la Madre Laura: **La novena de La Inmaculada**, que es un primor en su doctrina y estilo y **Manojito de mirras** o cuarenta meditaciones unciosas sobre la pasión de Cristo para el tiempo de la cuaresma.

Circulares. Colección de sesenta y una circulares o cartas dirigidas por la Madre en su calidad de superiora general o fundadora y relativas todas ellas al tema de observancia, ascética, apostolado, orden jurídico u orden doméstico. Llevan el sello inconfundible de su autora, tan espiritual, tan práctica, y tan exigente en casos de santidad.

Voces místicas de la naturaleza. Empezó a componer este lindo libro en la residencia de San Miguel, en Antadó. Entristecida al ver que sus Misioneras, por falta de capellanes, carecías a veces de sagrario, revolvía en su mente la manera de remediarlo. Cuando, como un relámpago, le cruzó esta idea: no tienen sagrario pero tienen la naturaleza. Y quiso enseñar a sus hijas a buscar a Dios en las obras de creación que él viste con su hermosura, a captar las voces místicas de la nube, del relámpago, de la palmera... Este libro es vademécum inolvidable y obligado para las andariegas de Dios en todas sus excursiones.

Proyecciones de un corazón humano-divino. Fue el último libros escrito por la Madre Laura. Canta las excelencias y las misericordias del Corazón

Sacratísimo de Jesús. Cada proyección se inspira en un texto de la Sagrada Escritura y tal vez de algún Santo Padre.

Lamos de luz. O irradiaciones amorosas de algunos textos de la Sagrada Escritura. Consta de dos tomas de glosas inspiradas y cálidas a varios versículos de la Biblia que el Señor dio a entender y gustar a la Madre Laura en sus ratos de oración. Un tercer tomo se detiene en comentar fervorosamente las ideas fundamentales de la primera semana de ejercicios ignacianos.

Destellos del alma. Mínima colección de sus poesías o “desversos” como ella alguna vez los aminoró. La expresión poética se le resistía a la Madre Laura. Hay más vuelos de auténtica poesía en muchas de sus páginas en prosa.

Fruterito. Colección de saetillas, jaculatorias y máximas.

Brochazos. Es la historia hacia fuera de los principios y consolidación del Instituto misionero fundado por la Madre Laura. Se fue publicando por entregas en la revista “Almas”, que ella fundó. Hay en la actualidad dos ediciones. Una, la de Madrid, España (1961) en que por inadvertencia se omitieron los tres primeros capítulos y otra la de Bogotá (1980), más completa y ambas con el título de **La aventura misional de Dabeiba**. Libro de 532 páginas de interés novelesco aunque perfectamente histórico.

La autora comenzó a publicar estos “Brochazos” por entregas en la revista “Almas” por ella fundada en Santa Fe de Antioquia en 1936 y allí mismo impresa en máquinas de rudimentaria y evangélica pobreza. Se inició el relato en el número 22, enero de 1938, y se cortó inesperadamente en el número 125, abril de 1948, con un **continuará** que no tuvo cumplimiento, porque palabras amistosas de una sobrina la disuadieron de seguir contando para el público historias de contradicciones recientes. La autora sabía también escuchar y recibir consejos...

Autobiografía o historias de misericordias de Dios en un alma. Libro de 980 páginas, impreso en la Editorial Bedout, de Medellín, en 1971 y recibido por la crítica de Colombia y de Europa con las reseñas más favorables. Documento de máxima calidad por la altura y opulencia del alma que retrata, por las variadísimas peripecias de una vida tan llena, tan pura, tan probada, tan heroica y tan polifacética que nos ofrece. “Por sus páginas –escribe el eminente pedagogo y ejemplar cristiano don Nicolás Gaviria E.- corre sin afectación ni buscado disimulo, la sinceridad de brazo con la sinceridad. Es un río de aguas transparentes en cuyo fondo encontramos ricas vivencias, tesoros de un corazón que suspira porque la gracia divina tome posesión de los que la desprecian y rechazan. A cada paso encontramos en aquel precioso libro pensamientos dignos de grabarse con caracteres de oro. En él, por ejemplo, leemos: “Las religiosas deben alzar hasta de la brisa más leve de la voluntad de Dios, pues si están apegadas a algo, ¿cómo subirán?”.

Y este pensamiento: Del seno sale el torrente de su bondad, destructora del mal, con el nombre de justicia; refrigerante, con el nombre de misericordia; clara, con el nombre de Providencia y fertilizante, con el nombre de gracia. “Al pecado lo llama “ausencia de toda la vida”. De la veleidosa amistad humana, dice “Cómo se parece el corazón humano al agua que no conserva nada de lo que se escribe en su superficie”.

Acerca de las cosas materiales escribe: “La cantidad es del tiempo y el Dios de mi corazón es de la eternidad”.

El periodista J. Emilio Duque comenta al terminar la lectura de la Autobiografía: “Se encuentran en ella los testimonios más sinceros: son confesiones de candor y de gracias, de frescura en botón, de placidez campechana, de castellano derramado en soltura. La suma alteza juega allí con la espontaneidad consumada”.

Para concluir con el vigoroso periodista y conspicuo académico don Jaime Sanín Echeverri: “Se trata de una prosista de raza mandaca, como muy pocas escritoras ha dado la Patria. Diga la Iglesia en su día si es o no santa de altares, pero podemos afirmar desde ahora que tiene si nicho amplio y claro en la literatura colombiana, me perdonen tantas poetisas amigas, desde la Madre del Castillo, pasando por Agripina Montes del Valle y llegando a Olga Elena Mattei. Todas ellas escriben poemas mejores que las trovas que se conservan de la Madre Laura. Pero ninguna, ni doña Soledad Acosta de Samper, tiene una prosa tan bizarra, tan plena y tan plana como esta sencilla maestraescuela de la montaña. Sáquenme otra con tanta gracias y donaire como ella...”

Digamos, finalmente, que en el Archivo General de las Misioneras se conservan inéditas en gran parte, cerca de tres mil **cartas** de la Madre Laura dirigidas a toda clase de personas, personajes y personillas, y todas centradas en un triple y solo tema: las almas, las misiones, su Congregación.

XV

PERFILES HUMANOS DE LA MADRE LAURA

En frente del Colegio de la presentación de Medellín –nos cuenta en “Almas”(octubre de 1955) la religiosa que firma con el seudónimo de Marbet— funcionaba el Colegio de la Inmaculada, en donde enseñaba la señorita Laura Montoya, vestía luto riguroso que fue su vestido habitual, con desdén por la moda tiránica. Sus ojos irradiaban bondad, su voz de gratas modulaciones, se difundía portadora de optimismo y de confianza en Dios. El rostro, habitualmente sereno, hasta el punto en que sucedieron conversiones de almas enfangadas a quienes subyugó la sola visión de su rostro tan divinamente apacible.

Era de estatura regular, tez morena clara, ojos negros, profundos y mansos. Cuando se energizaba, sus miradas eran irresistibles. Bien trazado el arco de las cejas, nariz de delineado perfil y labios finos de comisuras bien marcadas. De aspecto, era atrayente y todo él revelaba un espíritu superior. Señoreada por Dios y el ánimo puesto de continuo en lo eterno, no había en su porte el menor tufillo gazmoñería. Como las damas de Castilla la vieja, aunaba cierta figura aristocrática con una agradable llaneza y sencillez, justamente por que en ella el hablar y el obrar obedecía a una ley de interior señorío y compostura, a una exigencia de natural distinción.

Fue la Madre Laura mujer de eximias dotes naturales. Para ser lo que eminentemente fue: misionera y capitana de misioneras, contó por merced del cielo, con madera humana de superior calidad. Porque tuviera un contrapeso y se mantuviera humilde, se le arruinó la salud, con lo cual fue doblemente grande y meritoria su actividad sorprendente.

Recibió y supo acrecentar por su propio esfuerzo un alma fértil, exuberante y magnánima, de cristiana fortaleza, de increíble riqueza y ebullición interior. De ahí que no sufriera lo mediocre ni en sí misma ni en las personas encandiladas por su personalidad poderosa, por su magisterio y sus empresas; de ahí que aspirase incoerciblemente a lo mejor para servicio de un supremo ideal divino.

Fue la suya una inteligencia privilegiada. Directa y honda en el pensar, cuando columbra un problema desde la altura, se abatía certera sobre el núcleo mismo de la cuestión. Veía las cosas con claridad, para lo cual le ayudaba su natural perspicacia y el haz de lumbres acumuladas en sus estudios y lecturas, todas ellas escogidas y serias. Autodidacta en gran parte, fueron más bien escasos aunque sólidamente cimentados sus primeros estudios en las aulas, suficientes aún brillantes para lo usado en aquellos años. Lo que entonces no aprendió fue lo allegando y redondeando más tarde con la práctica de la enseñanza, que cuando se ejerce decorosamente y con sentido

de responsabilidad, es acicate para granjear nuevos conocimientos. De todos ellos sacó —y es presea estimable— el hábito y el gusto de la disciplina mental.

Primaron, como es notorio y era de suponer en una mujer tan práctica, los estudios fundamentales, aquellos que se consideran indispensables para una cultura general sin excesivas presunciones de humanismo; no le faltaron ciertos conocimientos ornamentales, de esos que tan guapamente lucen en alma de mujer y educadora de mujeres.

Enriquecióle el espíritu la observación de la naturaleza en todo el trasiego de sus experiencias multiformes y la costumbre de la reflexión y meditación. De donde resultó que esta mujer sencilla, que no asistió a las aulas universitarias ni conquistó en materia alguna borlas de doctorado, pudiera conversar sin titubeos y antes con garbo de ideas, erudición y expresión sobre temas de historia, letras, pedagogía y aún ciencias eclesiásticas. Así lo atestiguan sus libros, como “Lampos” en que manipula ágil y seguramente conceptos teológicos, como los trinitarios; y así también, el juicio de quienes con ella no simpatizaron y llegaron hasta negarle sus virtudes de religiosa y de cristiana, pero nunca sus dotes de inteligencia.

Rivalizaba con la inteligencia su corazón, igualmente anchuroso; si aquella finísima para el percibir y el discurrir, ésta delicadamente sensible a los brotes de la bondad, a las emisiones de la naturaleza, a las irradiaciones del arte. Fue, de su natural, afectuosa; sólo que su capacidad ilimitada de ternura se remanso dichosamente bajo la mirada de Dios. Las efusiones espirituales de su corazón, semejan vaharadas de horno encendido, ya sea que hable con Dios, ya que pregone sus misericordias y grandezas. Son páginas de calor agustiniano.

Se ha dicho que nunca, mientras vivió, dejó de interesarse por cuantos pulsaban a las puertas de su corazón en demanda de luz, de consuelo o de indulgencia. Virginal, por dádiva celeste, fue madre, en lo espiritual, de los más

desamparados de los hombres; los indios de la selva americana, los parias de esas flamantes democracias que nacieron cantando loas a los derechos del hombre.

Una tarde, cuando hacia su fundación del Sarare, a la hora de la recreación vespertina, una de las Hermanas Misioneras comenzó a cantar con fresca voz aquella antigua canción napolitana; Torna a Sorrento que hizo las delicias de nuestras abuelas y que hoy mismo nos remueve en el alma no se que rescoldos sentimentales de esos que jamás acaban de apagarse. Conmovióse la Madre pidió la letra de la canción y la imitó expresando su dolor del alma por esa raza tuneba que no amaba a Dios.

Más lo sensible no le enmolleció la voluntad.

Para ponderar lo que fue su voluntad basta repasar lo que fue su vida. Visto el bien abrazase a él tercamente, así la fustigaran los remalazos de la oposición, la calumnia y la incomprensión. “Yo —escribía en su autobiografía— no debo retroceder del punto en donde todos los demás lícitamente retroceden, y la explicación de por qué ha salido esta obra misional de la congregación (es que) esta pobre sierva le dice que sí a lo imposible; y Él, bien con esa voluntad que se le ha rendido, pone lo demás y las obras han resultado”.

Lo acabamos de oír: La Madre le dijo que sí al imposible. Y con rasgos como éste se pintan las personalidades que han marcado en el mundo huella imborrable. Es el sí de los conquistadores y de los santos.

Eficaz y operativa, al leer las vidas de los santos, valga el ejemplo, su decisión surgía resuelta: Los imitaré en esto y en lo otro.

A su voluntad firme y tenaz se alió un carácter emprendedor y unificado. Emprendedor hasta dejar la impresión de la audacia magnífica. En todo lo suyo hay algo de gigantesco: En el proyectar, en el realizar. Dicho está que le

repugnaba lo mediocre y que en todo optaba por el camino o el atajo más breve y más directo. Si por obras iba el empeño, quería prontitud y perfección. Si por virtudes, se proponía lo más alto, lo más exigente, lo más costoso siempre que en ello se atravesase la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por que el suyo fue un carácter unificado. Paul Bourget, al describir al Cardenal Gibbon, con quien había hablado en Baltimore, decía: “Miran esos ojos con una mirada muy amable, muy dulce y muy firme, muy clara y muy de frente, una mirada de certidumbre. Han inventado los sicólogos modernos una palabra algo extravagante, pero muy justa, para designar esos caracteres en que todas las potencias se hallan subordinadas a una energía central, a una fe, ya sea científica, o artística, política o religiosa, aceptada sin vacilación y para siempre. Les llaman unificados. Ya Séneca decía, anticipándose por uno de sus hallazgos geniales de gran moralista a nuestras teorías modernas del espíritu: Si encuentras un hombre que sea uno, has descubierto una maravilla”.

De ese carácter fue la Madre Laura. Tuvo una misión y hacia ella se canalizó y se centró toda su actividad.

Su mentalidad, su actividad, su literatura, su oración, su mística eran exclusivamente misioneras. Difícilmente habrá un caso igual de “unificación”.

Una mujer así, tan lúcida de inteligencia, tan recia de voluntad, tan dinámica de carácter y con su dominio de palabra era muy a propósito para levantar bandera, y acaudillar gente y acometer hazañas por arduas que fuesen.

Cuando empezó la misión de Dabeiba y la construcción del rancho de las misioneras, con tal escasez de recursos humanos que lindaba con la temeridad, hubo personaje autorizado por su ciencia y virtud que dijera de las inexpertas misioneras:

Estas señoritas se sostienen por el arte mágico de su capitana; pero luego que desaparezca esa influencia magnética regresarán a Medellín chasqueadas, y la quijotada acabará en **fracaso** y **desprestigio**.

Dos palabritas, por cierto, que no arredaban a la capitana, la cual tenía su confianza librada en el auxilio del Señor. Aún en sus últimos días, Monseñor Muñoz repetía esa especie a los padres Claretianos de la comunidad de Quibdó. Líbrenos Dios de encasillar a la inmensa y católica Madre Laura en angostos corrales regionales o nacionalistas; ella tenía un corazón en que gravitaba toda la iglesia. Pero la Madre Laura es fruto genuino de Suramérica: en su grandeza que aunaba lo ilimitado de las llanuras y lo excelso de los Andes: en su carácter que fue el de la gente de Antioquia, andariega, emprendedora, férrea en sus propósitos; en su sensibilidad emana algo así como un aroma agreste. Dijérase que hay en ella algo de campesinos, o como en su tierra dicen, de **montañero**, de fruto de una raza joven y de una geografía de ríos y de selvas. Alguna vez, en su Autobiografía, ella percibe en sí mismo esa **montañería**, especie de simplicidad e ingenuidad, heredada de familias sin refinamientos, sufridas y sin eso que llaman mundo...

Cuentan que la primera española que ingresó en el instituto, la Hermana Paulina, que desde su patria se vino con tal propósito, le decía algún día a la Fundadora, en plan de confianza y con tuteo:

- Vamos. Qué ingenuidad tienes. Parecen cosas de cría...

Su simplicidad fue mal interpretada. El Padre Elías, que la conocía bien, solía aconsejarle:

- Sea muy reservada, Madre. Yo sé que su ingenuidad y sencillez es calificada por muchos como astucia y vanidad.

Nada raro; sus demás cualidades fueron también tergiversadas y echadas a mala parte, de suerte que si otorgáramos entero crédito al dibujo que sus adversarios nos dejaron habría que tomarlo como fémina peligrosa, nociva y sarpullida de los más antipáticos defectos. Así somos los hombres para juzgar al prójimo. En suma: se podrá discutir, y quizás la iglesia sentencie algún día si fue santa o no. Lo que es innegable es que fue mujer de cuantía y de valía, muy por encima de la montonera gregaria. Donde estuvo excitó la contradicción y la discusión.

Su presencia no era indiferente; su actuación levantaba el aplauso o el vituperio. Pero ya es sabido que los santos, los héroes y las personalidades que se salen del mapa suelen importunar y molestar a sus vecinos, sin saberlo y sin quererlo. La grandeza estorba y la grandeza tiene también su expiación. Dichosa ella que trabajaba sólo por Dios y nada esperaba de los hombres.

- También es verdad—las pinceladas son de ilustre sacerdote que la conoció y la trató, el R. P. Alfonso Restrepo—que la Madre Laura tenía el don bastante raro de hacerse querer y de arrastrar suavemente a cuantos se le acercaban y ejercía sobre ellos una atracción tal que era imposible sustraerse a ese imán poderoso. ¿Quién podrá olvidar el mirar que aquellos ojos que tenían en todo momento la calma de los lagos tranquilos y que sin embargo penetraban hasta los más recónditos repliegues del alma? A veces parecían hermosamente empañados de lágrimas sobre todo cuando en medio de la conversación, los posaba con insistente ternura en su amado crucifijo. Su sonrisa era amabilísima y el semblante aparecía como nimbado de dignidad. Oírla hablar era una delicia. Que lo digan sus hijas misioneras que esperaban como un festín la hora la hora de sus charlas íntimas, redundantes de sabiduría, penetrantes de unción y de suavidad. La voz tenía inflexiones de ternura de madre, un encanto noble y reposado, un timbre agradable para el oído y para el alma. “Es una caja de música” decían a veces los que con ella se entrevistaban. Antioquia raizal, “de todo el maíz”, como dicen en sus montañas, aliñaban la conversación con ocurrencias de la mejor ley, con chistes oportunos

y salerosos, que jamás rozaron lo chabacano o vulgar y envolvían siempre la más discreta moraleja.

Particularmente, en la recreación que suele tenerse en sus comunidades a la caída de la tarde, era cuando dejaba que el alma se le expansionase y entonces derrochaba gracia y alegría y ponía contentos y optimistas los corazones. Había vivido tanto! Había dado y tomado tanto en su batallar de años que, por fuerza, su charla ensartaba recuerdos y vivencias y solazando los ánimos juntamente los adoctrinaba. Aún cuando reprendía sabía hermanar severidad con dulzura de modo que la culpable no quedara herida y sí arrepentida y reanimada. Puntual en su Congregación juzgaba la observancia, y en este punto por todo pasaba menos porque se menoscabase.

Algún misionero de Urabá, en una de sus cartas, hablaba de la dureza de la Madre. Es claro: celaba el rigor de una observancia inicial en una Congregación naciente, expuesta a miradas de veteranos de la regularidad. Pensaba en la perduración de una obra creada para nada menos que salvar almas... Sus religiosas informa que sabía imponer el deber sin hacerse odiosa, y ser austera y rigurosa sin dejar de ser amable.

Fue, para concluir, la mujer fuerte tan lindamente diseñada por la Escritura: Cifró toda su confianza en el corazón de su esposo... plantó con sus manos una viña... se revistió de varonil fortaleza y esforzó su brazo... abrió su mano para socorrer el mendigo y extendió sus brazos para auxiliar al necesitado... y abrió su boca para el discurso sabio y sus labios fueron gobernados por la ley de la bondad.

XVI

FORMACIÓN ESPIRITUAL

“En la familia, como en una cartilla, aprende el niño a deletrear las realidades del cristianismo”. Así escribe Ursvon Balthasar. Y así se cumplió literalmente en el caso de Laura Montoya. De su madre sólo recibió ejemplos edificantes y admoniciones a la virtud. Su padre fue cristiano integral. La familia toda, de severas costumbres a la antigua. Desde niña nutrió el alma con el alimento de las buenas lecturas. Ella recuerda “El año cristiano”, “El genio del cristianismo”, las obras del Padre Granada, el Catecismo de Gaume y otras por el estilo. El nuevo testamento era la regla. Poesía religiosa selecta. Nunca una novela.

De colegiala en Medellín supo industriarse para leer a ratos sueltos varias obras del Padre Faber. Su gran descubrimiento, en punto a lectura, fue la Biblia. Desde que la saboreó por vez primera, se convirtió en pábulo de su inteligencia y delicia de su corazón. Cada versículo le soltaba un chorro de luz. Y en sus últimos años ya sólo se apacentaba en los Santos Evangelios. Los escritos de la Madre Laura aparecen a menudo esmaltados de sentencias bíblicas maravillosamente glosadas.

Por merced del cielo, desde niña se sintió atraída por la oración. En su ansia de practicarla iba preguntando a los sacerdotes la teoría de la oración mental. Cuando las ocupaciones la abrumaban, su oración se reducía “a estar contenta, muy contenta de Dios y a saber que Él era mi Unico”. En sus años de directora del Colegio de la Inmaculada se privaba del sueño para darse a la contemplación de las cosas divinas.

El teólogo y asceta español Francisco Juberías C.M.F. en su preciosa monografía “La Madre Laura en las alturas de la mística” afirma: Oración ya por entonces, claramente infusa. Pensaba que ni hacía oración. Más tarde le hablaron de métodos para orar, para hacer el examen de conciencia, etc. Pero hasta ahora solo el espíritu Santo Había sido su Maestro y cuando supo que se dan reglas para hacer oración, ya no las necesitaba. Volaba sola. Más aún: se le hacía imposible acomodarse a ellas pues le resultaban un andamiaje inútil”.

“Las horas de oración de nuestra Fundadora – atestigua una religiosa – pueden contarse por las del día y parte de sus noches”. Y el Rvmo. Padre Toro, S.J., Prefecto Apostólico de las Misiones del Magdalena y director espiritual de la Madre durante algunos años, certificaba: “Fuera de los actos de comunidad creo que no tenía horas destinadas expresamente a la oración; Pero ella vivía en perpetua oración; en todo veía la mano de Dios y todo lo refería a Dios.

Reducida a la silla de ruedas o a la forzosa reclusión en su aposento, decía en uno de sus últimos apuntes: “Me quejo de no poder visitar el Santísimo, como si los dos no fuéramos una misma cosa. Como si mi se ya no estuviera fundido en Dios... Cuando se simplificará nuestra devoción – se percibe que está pensando en sus hermanas – hasta que una sola mirada, un solo suspiro, sea

La oración constante de nuestra alma?”.

Cada año practicó ejercicios espirituales según el método ignaciano y uno de sus tomos de sus “**Lampos**” es un comentario magnifico a la primera semana.

En correspondencia a la libertad con que a ellos se entregaba recibió de Dios su alma y para su obra misional esplendorosa ilustraciones.

De su retiro mensual solía examinarse de los siguientes puntos:

La indiferencia entre la salud y la enfermedad.

Los dones naturales.

Las discípulas que Dios me ha confiado.

Empleo del dinero que he ganado.

Misas, confesiones, comuniones.

Limosnas y ocasiones para hacerlas.

Deseos de mortificación.

Lecturas y exámenes.

Luces en la oración.

El tiempo y un buen empleo.

Las contrariedades y su manera de emplearlas para destruir el amor propio.

De los consejos que otros me dan.

En 1909 formuló el propósito de “pedirme cuentas cuatro veces al día de los pensamientos que pasaran por mi alma”. Y de él se derivó el método de examen que llamó “golpe de vista”, enseñado y recomendado a sus misioneras.

Testimonio de su intensa y afervorada vida interior y de su asidua comunicación y amistad con Dios es el libro “**Propósitos y luces espirituales de la Madre Laura**” que se publicó en Medellín en 1974, al ocurrir el primer centenario de su nacimiento. Luces que ha recibido en su oración, meditación o lectura espiritual. Propósitos que expresan las determinaciones de su voluntad endiosada. Las primeras manifiestan la obra de Dios en su alma; los segundos la obra del hombre que, movido por la gracia, corresponde a la llamada divina. Ese libro, recopilado de su **Autobiografía** y de papeles sueltos que se conservaban las hermanas misioneras constituye un tesoro; Una llave para abrir un santuario interior, un derrotero para seguir sus ideas espirituales

dominantes, sus devociones más intensas, su depurada rectitud de intención, su manera de orar o de entenderse con Dios, su pasión misionera identifica con su espiritualidad....

XVII

EN EL MUNDO DE LA FE

Destinada por Dios a llevar a muchos hombres sumidos en las tinieblas se la muerte la antorcha de la fe, la Madre Laura Montoya la gozó y la fomentó en su alma de modo eminentísimo.

No descuidó su cultivo a través de los medios recomendados por los maestros de espíritu: la oración, la lectura espiritual, el estudio de la teología. Pero es también cierto que Dios la favoreció con ciencia infusa como lo comprueban los pensamientos, los coloquios y las efusiones místicas que le brotan a raudales de la lectura de la Biblia.

Es soberanamente expresiva su teoría de “los dos rayones”. Un rayón negro, el yo de la criatura; un rayón blanco, el ser de Dios. “Cuando digo yo, quiero decir ésta que no es, y cuando digo mi vida, quiero decir esta agonía con la cual es preciso acabar para encontrarla en ti, Vida mía. Cuando entro dentro de mí y veo esto que llamo mi ser, se me ocurre ver bien deslindados los dos rayones en un espacio de tiempo: el uno, negro; de luz, el otro. El primero es el que llamo yo, y comenzó con el tiempo, cuando fue tu voluntad que existiera; el otro es el que es Tuyo y jamás ha comenzado porque es eterno”. Con tan originales y profundos conceptos empieza su Autobiografía, escrita por orden de uno de sus confesores.

Como el justo vivió de la fe. De ella nació la gran reverencia que demostró siempre hacia los principales misterios de nuestra religión, a la Virgen Nuestra Señora, a los santos, a los libros inspirados, a los ministros de Dios, a las consignas de la Santa Sede, a las comunidades religiosas.

- Yo –le decía a Dulce Nombre- no necesito la fe, porque vivo completamente convencida de las cosas sobrenaturales. Ese velo que cubre el misterio de la Eucaristía es tan sutil que me deja a Jesús completamente desvelado.

Gracias a un golpe místico, a una súbita iluminación y combustión, desde niña fue herida en su alma con un conocimiento de Dios tan hondo, tan magnífico, tan amoroso, que en sus postrimerías, después de tanto leer, estudiar y meditar sobre Dios, no logró, según su testimonio, conocer ni profundizar cosas mayores ni más luminosas,

El secreto de sus grandes empresas se cifra en la altísima idea que Dios le sustentaba.

De ahí su omnímoda confianza en Él. Para sus grandes tribulaciones y sus grandes empresas.

- **Fiat**, era una de sus jaculatorias preferidas. El Fiat de María de la Anunciación y de Cristo en Getsemaní... O decía con San Ignacio: Haz de mi Señor, lo que quieras, porque se que me amas.

En la obra de la conversión de los indios sólo busca la gloria divina, o como ella dice, “hacer quedar bien a Dios” entre los cristianos que juzgaban la idea poco menos que descabellada y entre los gentiles que vivían sin Dios y aun con inquina contra Dios.

Conoció, con luz especial, algo del misterio augusto de la divina Paternidad. “Comencé a llenarme no de mí, sino de los intereses de Dios... Tuve muchas cosas raras en las oraciones: Una vez, por ejemplo, como que me encontré con la Paternidad de Dios y me parecía que entendía la Generación del Verbo. Aquello no era simplemente una luz, era como un tope con la Paternidad divina.

Otra vez me vi en Dios y como que me arropaba con su Paternidad haciéndome Madre, del modo más intenso, de los infieles. Desde aquello los tuve como si se formaran en mí hijos que no conocía, que me dolían como verdaderos hijos. Desde entonces los llamé “mi llaga”.

La Madre Laura abrió la idea y la más íntima e irrevocable convicción de que era ella un simple instrumento de Dios y de que la obra misional nacida en Dabeiba después de años de lenta y dolorosa maduración, no era suya, sino de Dios y atenta a los divinos intereses. Acerca de esto, declara a su confesor, jamás tuvo la menor duda.

Recuérdese su aseveración ente el Excmo. Sr. Vicentini:

- Asegúreme V. E. que ésta no es obra de Dios y ahora mismo la disuelvo.

Y esa fe tan ciega y tan porfiada es la que explica ciertas actitudes suyas en defensa de su Congregación. Defendía su Congregación porque era instrumento de salvación de los indios, y los indios son también tesoros de Dios. Pura cuestión de fe.

XVII

VIVIÓ EN ESPERANZA Y EN CARIDAD

A la Madre Laura por lo que atañe a sus ideales misioneros, se le puede aplicar aquello de que “esperó contra toda la esperanza”. Esperó largos años, en la seguridad de que Dios la llamaba y de que sus caminos se despejarían. Anduvieron a oscuras y vacilaron algunos de sus directores espirituales; muchas la motejaron de loca y alucinada; tergiversaron sus intenciones y sus acciones; le negaron auxilios quienes tenían que dárselos generosamente por ser la suya empresa colombiana y cristiana. Nada la desalentó; nada la arredró; ni viajes extenuantes, ni contradicciones de los buenos, ni peligros por tierras o por las aguas.

Y es que confianza estaba librada y reposaba en Dios, cuya gloria y voluntad buscaba afanosamente.

La Madre Laura pudo apropiarse el lema de San Pablo, que siglos más tarde hizo suyo San Antonio María Claret: “La caridad de Cristo nos impulsa”. Su vida fue una oblación perenne al amor divino. Su pasión, su gloria de Dios y la salvación de los infieles que no lo conocen.

Ella sintonizaba de corazón con aquel pensamiento del P. Faber, uno de sus autores preferidos: Los santos están formados de tres cosas: celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús y solicitud por la salvación de las almas.

Por servir a Dios estaba dispuesta a perderlo todo, “hasta mi porción de cielo que El mismo me concedería por su infinita misericordia”.

El amor la hizo delicada en sus relaciones con Dios. Ella afirmó que si que no creía poder ofender a Dios con un pecado venial de advertencia, afirmación corroborada por uno de sus directores espirituales. Su amor a Dios fue ardiente, impetuoso, embriagador y efusivo. No faltaron en su vida esas Elevaciones, arrobamientos y gozos de los estadios de la mística.

Como uno de los rasgos originales de su espiritualidad anota el P. Juverías, que él “primer período de su vida espiritual está sellada por un teocentrismo casi del todo absorbente. El cristocentrismo dominará todo el resto de vida. En la Madre Laura, diríamos, no se cumple aquello de “Nadie viene al Padre sino por Mí”(Juan, 14.6); sino más bien aquello otro: Nadie puede venir a Mí si él Padre que me envió no lo atrajere”(Juan, 6,44).

Niña todavía, a ratos vagaba sola por los campos como hambrienta de Dios. “Otras veces –escribe en su Autobiografía - llamaba a Dios a gritos en una llanura distante de la casa y le hablaba de cuanto veía. Cuando lo hacía al pie de una quebrada o riachuelo, le decía que sí que hacía bien hechos esos pececitos, esas aguas tan cristalinas, esa yerbecitas que se mecían en la orilla. Con estas majaderías (los desatinos que acabamos de citar) me ayudaba a sostener la presencia de Dios. Si entonces hubiera tenido las luces que acerca de la Santísima Trinidad tuve después, esa amada presencia no hubiera necesitado de esto; pero Dios era mi único amigo, mi íntimo amigo, y sabía tan poco de Él...

“Otras veces me entretenía cogiendo florecitas, preguntándole a Dios como se le preguntaba a una florecita en el mundo: ¿De qué las hiciste? ¿Cuánto dura? ¿Cómo hiciste sus tintes? ¿Para quién las hiciste?, para responderme a mi misma, terminando siempre con actos de amor loco y en gritos. Había sobre todo una piedra grandísima a cuya cúspide subía a gritarle galanterías: Hermoso mío, sabio, grande, vivo. Le decía cosas que hoy me dan vergüenza de El mismo. Otra veces, arrodillada sobre la hierba, oraba en silencio, si es que silencio puede llamarse esa intimidad con Dios. Jamás le hablé a Dios de penas, porque ellas me parecían su mejor regalo”.

Evidentemente esta página sufre comparación con los más inflamados escritos de los místicos.

En su vida y en sus empresas, para valernos de una expresión teresiana, “todo va con amor”. Sin amor de Dios, la pasmosa obsesión misionera de la Madre Laura resultaría sencillamente inexplicable, un caso de locura. “El celo – decía a sus misioneras- es la válvula de escape del amor”.

“Tengan una especie de sensibilidad exquisita por todo lo que toca a la gloria de Dios. Que el bien de Dios sea el supremo resorte que mueva sus almas”.

Sobre la caridad discurre maravillosamente en su Directorio.

Y enseñar el ejercicio del amor es la finalidad que se propone en su libro “Voces místicas de la naturaleza”. Alejadas del Sagrario en sus excursiones pueden las misioneras, en medio de creación, ver a Dios, imitarlo, amarlo, arrojarse en su amor...

En definitiva: fue lo que en castellano muy expresivo se dice una persona: “endiosada”.

- Cuando miro a mi interior –le confesaba ella Dulce Nombre- no encuentro a Laura; encuentro a Dios.

XIX

FLORACIÓN DE VIRTUDES

Las virtudes –decía San Agustín- son el séquito de la reina, que es la caridad. En el alma de Laura fueron vistas descollar heroicamente.

Prudencia. Fue una mujer de claro entendimiento y auxiliada con luces de saber humano y divino. Avalorada por su espíritu de discernimiento, guió sus acciones y se manifestó en los numerosos momentos críticos de su vida y de

su Congregación. Buscó además consejeros doctos y espirituales, y en casos arduos y oscuros recurrió a la pericia de letrados y juristas. Y en el gobierno de su Congregación supo aunar dulzura y fortaleza.

- La Madre, recordaba la hermana Juana de la Cruz, antes de corregir estudiaba psicología y las reacciones de la religión.

- Nunca –recuerda la Hna. Alicia Arango que de ella recibió pruebas y advertencias- le advertí malos modales en el mandar. Por eso, cuando ella mandaba, uno hacía las cosas con gusto.

- Esta Madre –decía el P. Elías- tiene las luces de Dios. Parece una segunda Teresa...

Fortaleza. La Madre Laura con toda la vida y su trayectoria tan variada puede ser una réplica animada a la pregunta de la Escritura: ¿Quién hallará una mujer fuerte? En su camino de santidad y de apostolado abundaron obstáculos que hubieran hecho retroceder al más osado de los varones. En Dabeiba los flamantes protectores civiles de los indios hubieron de encontrarse no pocas veces en su camino con esta mujer buscadora de almas y tuteladora impertérrita de los intereses de Dios.

Para soportar los desacuerdos, las pruebas y las contradicciones de otros servidores de Dios, ella se confortaba con este pensamiento: Dios sabe que la oposición de los buenos es mejor para depurar el alma y Dios la sostiene.

Sus andanzas y toda la increíble peripecia de su penetración en el terremoto de Uré, digna de aparearse con las hazañas descubridoras de los españoles, todo ello es purísima fortaleza sobrenatural. En escala superior fue como los romanos: fuerte en el hacer y en el sufrir.

Fueron largas y pesadas las enfermedades que la aquejaron. Jamás una queja, una exigencia, un reclamo a sus enfermeras. Su enfermiza obesidad hubo de acarrearle fatigas, curaciones dolorosas, humillaciones, pero nadie por eso la vio perder la serenidad o la paciencia.

- Pocas personas he conocido de constitución tan nerviosa, decía el Dr. Baltasar Ochoa; y sin embargo nadie tan dueño de sí mismo aún en ocasiones de grandes sinsabores y contradicciones...

- Debemos trabajar hasta que el cuerpo se rinda, decía, y aún entonces, debe seguir trabajando la voluntad.

Mortificación. Complemento indispensable de la oración. Desde pequeña, al leer de los ásperos cilicios sintió el ansia de mortificarse voluntariamente; con propósitos de imitar a Santa Rosa de Limase escondía en una cueva a practicar rudas penitencias. De lunes a viernes ceñía el cilicio, compuesto por ella misma; usaba disciplinas todos los días; durante una época de su magisterio dormía sobre nudosa cruz que le fabricó su hermano; hacía la oración de rodillas siempre, y las clases y la comida de pie. Sus andanzas por caminos selváticos bajo soles y diluvios tropicales y su vida entre los indios, apareada con la de ellos, supone un espíritu de mortificación extraordinario. Para ayudarle en su tarea de negamiento y crucifixión, Dios le permitió penas, dolores, persecuciones, burlas y su mismo cuerpo obeso y pesado, que se le convirtió en tormento y martirio hasta la misma hora de su muerte.

- Quitarse los achaques –decía- es mal negocio espiritual.

La oración y la penitencia son las ramas del apostolado. Sólo con dolores se salva el alma. Y uno de sus propósitos rezaba:

“En presencia vuestra, Dios mío, y bajo el amparo de mi Madre Inmaculada, prometo con todas las fuerzas de mi alma tratar mi cuerpo como a

bestia y no hacer caso de indisposiciones, dolores, para nada y mucho menos para dispensarme en algo de vuestro servicio”.

Consta que en el viaje a Uré, ella y su compañera sufrieron accesos de fiebres por esas llanuras asoleadas y cuando ya no podían más, amarraban las bestias a un árbol y se tendían sobre el césped en donde alguna vez llegaron a perder el sentido...

Con la piel ardida, quemada y llena de ampollas llegó por fin a Uré.

Sobre su espíritu de mortificación y sereno soporte de penalidades, abundan los testimonios de sus misioneras.

Un día, cuenta una de ellas, la sorprendió la fiebre en un camino, a la vera de un pantano que atufaba con su pestilencia. Para mitigar la fiebre o defenderse en su escalofrío, no tenía más recursos que una manta o “cobija” como en Antioquia se dice y arropada con ella entró por las calles centrales de Santa Rosa de Osos, sin que le diera un comino los comentarios regocijados. Ella venía a trabajar por Cristo.

Otro día, visitaba la Madre en compañía de un sacerdote y de dos hermanas a un pobre indio moribundo, atacado de violenta tuberculosis. Allí estaba sentado en su lecho sucio, a la sobre de un bohío rastro. A su lado, la mamá se ocupaba en darle fricciones no sé con que aguas y yerbajos. Después de ofrecerle al infeliz doliente los consuelos alivios corporales y espirituales del caso, se dispusieron los visitantes a proseguir su excursión. Pero antes les estaba reservada una prueba nada agradable, nacida de la más pura voluntad. Junto al lecho asqueroso del enfermo había una olla negra de frijoles fríos como el hielo. La india no halló medio más adecuado para agasajar a los visitantes que el de invitarlos a participar de la olla. Y delante de ellos, con su propias manos no lavadas de las fricciones al hijo tuberculoso, saca de la

olla varios puñados de frijoles y en sendas totumas les ofrece galantemente a sus tres huéspedes, que se miran unos a otros con la angustia asomada en los ojos y con amagos de intestinas convulsiones. El sacerdote y las hermanas se excusaron de la manera más delicada que les fue posible. – Nos va a perdonar, señora, pero hemos tomado un almuerzo delicioso... No así la Madre Laura que, en un arranque de señorío propio, recibe sonriente su porción, toma en una mano la totuma y va saboreando, como manjar exquisito el comistrajo friolento, hasta dejarla vacía. Y sale después del rancho con un rostro sereno y complacido. Así lograba sobreponerse a la naturaleza y hacer vencimientos y sacrificios indecibles por las almas. Pocos misioneros habrán comprendido tan bien como la Madre Laura la eficacia redentora del sacrificio.

XX

Y FUE HUMILDE...

En varias ocasiones y por personas eminentes la Madre Laura fue tachada de ambiciosa y dominante. Hay quienes suponen a veces que humildad y gobierno, don de mando y humildad resultan difícilmente compatibles. Pero lo cierto es que en la historia de la Iglesia han sido numerosos los santos que gobernaron y fueron modelos de esa virtud, desde San Ignacio de Loyola hasta Pío X. Para ellos el mando, no procurado, no era regodeo de preeminencias sino impuesto servicio a la comunidad. Y así lo entendió la Madre Laura que gobernó casi toda su vida y a lo largo de toda ella buscó, amó y practicó la humildad.

Digamos ante todo que ella reconocía y defendía su don de mando. “Humildad –dijo Santa Teresa- es andar en verdad”.

En carta de 5 de abril de 1927 a Monseñor Builes: “Vea que esto del don de mando. Cómo quieren que Dios no le de leche a la madre, si le da hijos sin dientes, y si me tenía para mandar, ¿cómo quiere que no me dé el don de

hacerlo? Dios no da palos de ciego. No es verdad? Sin embargo, ahora verá si se obedecer...

Y al día siguiente volvía al tema:

“El otro cargo, que es cierto, es el don de mando. Creo que lo tengo tanto como el don de obedecer cuando me toca y ha tocado, pues obedecí sin mandarlo a la cocinera ya que viví arrimada hasta los 19 años. Ahora, si tener un don necesario a un empleo que Dios da es delito, cóbrenselo a Dios mis acusadores, pues yo creo que no era capaz de darme (a mi misma) don de mando. Podré ser altanera; pero don de mando es cosa muy preciosa para que pueda hacerlo yo. Ese don lo tuvo el Padre Eudes para mandar a sus hijos, San Ignacio para mandar a los suyos y hasta el Padre Muñoz, etc. ¿No le parece? Pero como es posible que la soberbia me ciegue y no sea don de mando sino altanería, por eso me he dejado decir y entregar, sin hablar en defensa una sola palabra. Pero ahora veo que a V. S. No tengo por qué no decirle esto. Tener autoridad es sólo soportable porque viene de mano de Dios. Esa es la palabra. Bendígame y cuando quiera salir de mi o de la Congregación, a la orden, como Zorrito, y sepa que ya casi cumplo mi tiempo (de superiorato).

Desde 1884, a raíz de unos ejercicios espirituales en que sintió una interior pena terrible por la vista de sus propias miserias, ella formuló el voto de humildad, que procuró cumplir toda su vida. Le ayudaron a ello sus enfermedades, sus fracasos y las persecuciones de los hombres. En sus apuntes íntimos se encuentran pensamientos como éstos: “Las palabras yo y mi vida son una sombra, algo que esta en Ti y me hace temblar de respeto. Dios mío, hace mucho que te dije que quería ser pobrecita en deseos, que no quería tener sino los de tu Corazón. Me inunda, por así decirlo, el de desaparecer ante mí. No tenerme en cuenta ni aún para pedirte nada, como si mi personalidad desapareciera en el fondo de tu gloria. No hay mayor dicha que la del anonadamiento para que se levante grande y querida vuestra gloria. Veo claro que las humillaciones que son la margarita rica del Evangelio y que

para conseguir las se debe vender cuanto tenemos, porque ellas solas valen más que todo. Rehuir las humillaciones es perder la mejor ganancia, es renunciar al último puesto que es el que justamente me pertenece, es apartarse del espíritu de Jesús...”.

Su profunda humildad se manifestó de tres maneras: atribuyendo a sólo Dios todo honor y todo bien; por medio del espíritu de obediencia a Dios y a sus representantes; por aceptación de las humillaciones, que no le escasearon.

Una compañera suya de los años de la normal que después ingresó de capuchina terciaria, recordaba este episodio: Laura salió un día a pedir limosna por las calles de Medellín para su obra entre los indios. Un grupo de caballeros... la recibió con disgusto y comentarios amargos. Ella escuchó con paciencia y rostro sereno y finalmente les dijo: - lo que han dicho era para mí, y ahora qué me van a dar para mis indios? Aquellos señores le dieron una crecida limosna.

En sus ejercicios espirituales de 1909 dedicó todo el día cuarto “a conseguir el aumento del deseo de humillación. Veo claro que las humillaciones son la margarita rica del evangelio y que por conseguir las se debe vender todo cuanto tenemos, porque ellas solas valen más que todo. Rehuir las humillaciones es perder la mejor ganancia, es renunciar al último puesto que es el que justamente me pertenece; es apartarme del espíritu de Jesús; es renunciar a ser humillado; es exponerse a la perdición. Mi alma, desde la niñez, recibió la gracia de amarlas. Siempre fui completamente fiel a ese amor; pero la conciencia me reclamaba...”

Como es llano, a sus religiosas las querían humildes y así las formaban.

- Aquí llegan palmas, - decía alguna vez – y yo las hago malvas...

Entre ellas sobresalió la hermana Paulina, española de excelentes cualidades y con una innata reciedumbre de su raza. Estuvo destinada a la casa misión de Barrancabermeja en donde era dirigida espiritual por el Ilmo. Padre Toro, S. J., primo se la fundadora. Esta en alguna ocasión le escribía:

- Ahí tiene a Paulina. Es valiosa y de cualidades. Pero como buena española, tiene algo de generalísimo... Ojalá V. S. Me la vaya encaminando con maña hacia el tercer grado de su padre San Ignacio...

- Era humilde hasta la simplicidad, recordaba la Madre Margarita Ochoa. Yo la vi practicar los actos de humildad que ella misma había señalado en las reglas. Y nos decía: Pónganse como pecadoras en la presencia de Dios, porque ese es nuestro puesto.

Cuando era directora del Colegio de la Inmaculada en Medellín, sus éxitos y su prestigio de pedagoga le atraían la admiración y la gratitud de los padres de familia. Las alabanzas crecían después de la sesión solemne de grados. Su reacción inmediata era llorar a solas y confesarse por temor de haber sentido vanidad. Nada de méritos, se decía, todo es obra de mi Dios.

Fueron varios los testigos que la vieron en la residencia episcopal de Santa Rosa de Osos pidiendo perdón de rodillas al Prelado que con quien estaba recientemente enojado y a quien desde Roma había escrito una carta en los términos más satisfactorios...

¿Humilde? Escúchese al Padre Duque: "Era en extremo humilde. Hablaba muy bajamente de sí y decía con mucha frecuencia esta expresión que no se me olvidara nunca: "Sólo tenemos de nuestra propia cosecha el tristísimo poder de pecar..."Era tan humilde que en una ocasión algo me fastidió y se lo manifesté disgustado, y al punto se puso de rodillas en la puerta de la casa

cural y con los Ojos bajos y las manos juntas me pidió la perdonara por amor de Dios...”.

En sus últimos años, rodeada de fama por sus escritos, sus empresas y virtudes, eran no pocos los que la visitaban y la consultaban. Ella se confundía y se apocaba, diciendo: Es que vienen a conocer al oso...

XXI

“Hostia de alabanza”

Se ha dicho que el religioso auténtico es “hostia de alabanza” expresión de San Pablo que significa hacerse víctima mediante el homenaje de la pureza y de la inmolación que glorifica a Dios.

Laura confiesa que desde niña se sintió vacunada contra el efecto desordenado a las criaturas y orientada impetuosamente hacia Dios.

“Desde niña – escribe – me propuse ser santa y grande santa y pronto”.

Su inmolación la consumó mediante la práctica de la pobreza, la castidad y la obediencia de manera exigentísima para refrenar así esas tres concupiscencias de que habló San Juan: La codicia, la sensualidad, la soberbia.

Antes de remacharse la cruz de los tres votos los vivía como religiosa en su casa según había enseñado en el siglo anterior el Santo Padre Claret.

Sus votos no eran tres, sino cuatro, porque añadía el de la humildad.

En 1905 renovaba así sus votos de los que decía:

- Son para mí como una voz constante de fidelidad a Dios.

Voto de castidad: Por éste, Dios mío, me obligo amorosamente a guardar escrupulosamente los sentidos y el corazón.

Voto de obediencia: Por éste me obligo a obedecer fielmente a todas las inspiraciones de la gracia y a mis superiores, procurando negar mi voluntad a mi parecer.

Voto de pobreza: Por éste me obligo a estimar más cada día lo pobre y desechado del mundo, a no usar en mi persona sino lo más pobre, dejando siempre de lo que mi posición exige, para disimular delante de las gentes. Conservar lo que gano sólo a atender a las necesidades de la familia; lo demás gastarlo en obras buenas, consultando a los superiores.

Voto de humildad: Por él comprometo, por amor de Dios, a trabajar incansablemente por tenerme a los ojos de Dios, a los de los demás y ante los míos como realmente soy.

No cuesta ahora imaginar cómo cumpliría sus votos cuando tenían ya un carácter de ofrenda oficial mediante la profesión religiosa.

Pobreza. ¿Quién no recuerda a la huérfana asediada por la escasez, arimada a la caridad, trashumante de casa en casa? De estudiante y de maestra se distinguió por la virtud de ahorro para poder ayudar a su familia. En la población de Santo Domingo rehusó habitar en casa cómoda y prefirió un soterraño oscuro, en donde estudiaba, oraba y se maceraba; desdeñó vestidos de lujo y rechazó ventajosos puestos en los que hubiera podido enriquecerse. “Pude ser millonaria”, decía alguna vez. Y añadía: “Bendigo a Dios por haberme librado de los millones; quizás por ellos no hubiera podido emprender la obra de los indios”.

En la Autobiografía escribió la Madre: “El Evangelio y la verdad se palpan en la obra de Dios. “No siembran, ni siegan, ni tejen, ni hilan, y sin embargo, comen mejor que Salomón”. Dios mío, quién pudiera hacer que las gentes entendieran la verdad de esto. No se lamentarían tanto ni buscarían el dinero por medios pocos honestos. Todos dicen que creen en el Evangelio; pero cuán pocos creen en su verdad. Al sacerdote que cuando le di la primera idea de la obra, cuando parecía una utopía solamente y me dijo: ¿Dónde están los millones para esa obra?, llamara yo ahora para que la contemplará, hecha con millones que no tenía ni tengo, ni deseaba ni deseo”. Dios mío, dadles a todos los que quieran servirte ese secreto: el de creer tu asistencia providencial”.

Esta precisamente pone de manifiesto la pobreza evangélica de la Madre y de sus hijas. Su vida de privaciones entenece. Y unos de los detalles que más asombra en su epistolario es ver lo poquito que pide a los Prelados misioneros para situar sus religiosas en el bosque. Un misionero carmelita de la Prefectura de Urabá afirmaba: “Siempre admiré la pobreza y abnegación de las Hermanas de la Madre Laura; para mí ésta ha sido la base de la prosperidad de la Congregación...”

Naturalmente, delante de las hijas iba la Madre, pobre, sencilla, hecha al hambre, a la intemperie, al rancho desabrigado, al comestible indígena.

Castidad. Del alma, de toda la vida de la Madre Laura, emana una fragancia de virginidad y de castidad. Ya se dijo que tenía el corazón vacunado contra la desordenada afición a las criaturas. Joven, cuando ya en torno importunaban los pretendientes, emitió voto de castidad- “Mi voto –dice ella- era como una voz constante de fidelidad a Dios”.

El 8 de diciembre de 1908 emitió el voto de virginidad para siempre. “Hice el voto a los pies de la Inmaculada en la catedral de Medellín. Ya estaba muy vieja: tenía treinta y cuatro años; sin embargo, me consolaba con pensar que lo

había deseado siempre. Como recuerdo que este día quité del Altar de la Virgen una azucena, que conservé hasta que hice mis votos religiosos”.

En sus escritos alude la Madre Laura veladamente a una gracia mística que para nosotros se quedó en penumbra. Ella se limita a esclarecer: “El confesor me dijo que era cierta purificación que había hecho Dios como la de Santo Tomás de Aquino...”

Capellán de los primeros días de Dabeiba y confesor suyo fue el Padre Carlos Duque a quien providencialmente había conocido en la sacristía de la Veracruz de Medellín.

El Padre Carlos declaraba: “Respecto a la pureza creo sin temor a equivocarme que no perdió la inocencia bautismal y que no tuvo tentaciones contra esta angelical virtud”.

Ideas que también compartió el carmelita español Padre Elías. Guardiana de su lirio, procuraba el recato de los sentidos y en la misma novela que a principios la calumnió y le atribuyó morbosas demostraciones de afecto, se anota que había optado por llevar unos anteojos oscuros que velaran el resplandor y la belleza de sus ojos.

Obediencia. La obediencia hizo a Laura Montoya. Por tal virtud hubo de separarse de su madre casi en la infancia, por ella ingresó a la Normal de Medellín y por ella vio en sus directoras y profesoras las representantes de Dios y anunciadoras de su voluntad. “La voluntad de Dios –escribía- es que yo opine como aquellos que me dio por superiores”.

Bastaba una sola insinuación del director espiritual para que ella tomara rumbo. Su obediencia a los jefes en más de una vez rayó en lo heroico. Tal sucedió al acatar la voluntad de Monseñor Brioschi para recluirse en el alejado Uré y vivir allí un año sin sacramentos. Y tal cuando, por obediencia envió a

Monseñor Builes una carta para pedir perdón cuyo borrador le hizo el Padre Larraona que además le insinuó que a su regreso a Colombia se fuera directa a Santa Rosa y se arrodillara delante del Prelado en humilde solicitud de perdón.

- Nunca, atestiguaban la Hermana Alicia Arango, le oí una sola palabra de crítica para los Señores Obispos con los cuales tuvo diferencias.

Hay más: Elogiaba sus pastorales y a Monseñor Builes lo llamaba el Atanasio colombiano.

Su obediencia a las santas Constituciones fue onmímoda, sin apartarse en un punto del más exacto cumplimiento de las reglas.

Nacida para el mando por superior designio, supo mantenerse en su puesto de primacía la obediencia, la inculcó en sus circulares e hizo suya públicamente la célebre carta de San Ignacio. En una de sus circulares dice: “Convénzanse, hijas de mi alma, que la energía en el gobierno de una comunidad es la mejor garantía que Dios le da para su conservación y progreso y que esta energía no es una amenaza, sino un auxilio; no es una señal de exterminio, sino una fuente de vida. La energía es hija del amor...”

XXII

HIJA Y SERVIDORA DE LA IGLESIA

El amor a la Madre Iglesia y la voluntad de servirle en todo es distintivo de almas espiritualmente aristocráticas. En Laura Montoya el amor a la Iglesia despertó madrugado a medida que adelantaba en la lectura del Catecismo de perseverancia del Abate Gaume. “En él –dice- aprendí a amar la Iglesia y lo que eran las órdenes religiosas”. Bella lección para los católicos, no escaso, que alardean de anticlericales.

Su fe se robusteció como reacción contra el ambiente de hostilidad y de persecución a la Iglesia que en el siglo pasado produjo destierros de obispos, prisión de sacerdotes, confiscación de bienes y forzada exclaustación de monjas, como aquella de las Carmelitas Descalzas de Medellín que ordenó el General Mosquera y presencié desde el balcón de su residencia.

La Madre Laura sintió siempre con la Iglesia, colaboré con ella, sufrió por ella y tal cual le tocó esa suerte, en apariencia inexplicable, de sufrir a la Iglesia que la probó acerbamente.

Fue su amor el cuerpo místico –quod est Ecclesia- el que impulsó a la Madre Laura a dilatar el reino de Dios entre los infieles.

“Existen –escribe- muchas almas a las cuales no ha llegado aún el esfuerzo amoroso de la Redención para que puedan realizar su ascenso al corazón de Dios. Estos son los infieles que en número desgarrador viven en el mundo: paganos, judíos, brahmanes, mahometanos... Pero sobre estas desgracias hay una que parece ser la mayor, la más difícil: el resumen de todas, según frase de su Santidad Benedicto XV: me refiero a los infieles salvajes. Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia a tenido sus avanzadas de misioneros dedicados a trabajar por la conversión de los infieles. Pero tratándose de los salvajes no ha sido posible obtener resultados satisfactorios, a no ser en épocas excepcionales como en el descubrimiento de América”.

En su ilusión de servir a la Iglesia, la Madre Laura intuyó que al indio remontado, escarmentado y huidizo por las crueldades de los blancos materializados sólo podía conquistarlos la ternura y el sacrificio de la mujer. En por de ella entraría el sacerdote a administrar los sacramentos. Intuyó además que se necesitaba lo que ella gráficamente decía “una religiosas cabras”, que salieran de excursiones y que, si el caso lo demandaba, supieran privarse de su clausura y hasta de su sagrario para que Jesús fuera conocido y amado por

los pobres salvajes. Y esa fue su obra, tan criticada entonces y tan ambicionada ahora por todos los Prelados misioneros de América.

No pocas veces germinó en su alma ubérrima la idea de que se fundara una congregación de sacerdotes y misioneros especialmente dedicados al indio americano, y sobre ello mantuvo correspondencia con el Sr. Nuncio y con el Excmo. Sr. Builes, que alimentaba igual idea y que fue el designado por el cielo para esta obra providencial que hoy florece en el instituto de Javieres y para la cual la Madre preparó varias de las primeras vocaciones, entre ellas la del Excmo. Sr. Gustavo Posada, hoy Vicario Apostólico de Itsmina.

En la Congregación de la Madre Laura se celebra el día 9 de noviembre la fiesta de la Iglesia. Fue inspiración y prescripción de la Fundadora. Y acerca de ella escribió una circular de conceptos profundos y bellos. “De la Iglesia de la tierra ¿qué les diré? Miren a la Santa Sede como el asiento de la sabiduría de Dios y el cuerpo dirigente de la milicia más hermosa que se conoce, lleno de armas espirituales y misericordiosas, salidas del mismo corazón de Dios: los siete sacramentos, las indulgencias, la oración, el santo sacrificio, los sagrarios... Son armas espirituales de un valor misericordioso incalculable; y la predicación es como una tea encendida que recorre el mundo regando luz de verdades, haciendo la admiración de los ángeles...”

En su “Manual de oraciones” insertó una oración especial por la Iglesia y por el clero, seguida de breve letanía para pedir el triunfo de la Iglesia y que los miembros de la Jerarquía eclesiástica vivan encendidos en el fuego de la santa caridad. Como intercesor ante la majestad divina pone al Inmaculado Corazón de María.

Cuando hablaba del Pontificado se tornaba elocuente y le fluían pensamientos cálidos. Recuerdo –decía Dulce Nombre- que al ser elegido el Sumo Pontífice Pío XII nos dio durante una semana conferencias sobre la

Iglesia y el Papa. Y le oí decir que quería pasar su cielo ayudando desde arriba al Papa a llevar el peso de la Iglesia...

XXIII

PIEDAD SACRAMENTAL

Entre las inculpaciones erróneas que acerca de la Madre Laura y su Congregación cundieron por ahí, aun entre los clérigos y prelados, una fue la de su desdén a desamor a los sacramentos.

- Se va al monte sin confesores, sin sagrario, sin misa, sin comunión... En Bogotá, Monseñor Vicentini, el Nuncio de Su Santidad, le decía:

-¿Y por qué no quieren los sacramentos? No sabe que son el medio ordinario de salvación y que sin ellos se pierden?

- Si, Excmo. Señor, sé que sin sacramentos nos perdemos.

- ¿Y entonces por qué no los buscan ni quieren?

- Es que sí los buscamos, suspiramos por ellos y lloramos cuando se nos quitan...

Brote e indicio del sentido eclesiológico, que animó siempre a la Madre Laura Montoya, fueron sus manifestaciones de reverencia, amor y devoción a los sacramentos de la Iglesia.

El sacramento del bautizo conmovió siempre hasta los más íntimo de su corazón de esta mujer de fe inmensa. Conservó gratitud inmarcesible al sacerdote que le administró el santo bautismo. Delante de la pila bautismal de la Parroquia de Jericó, al pasar por esta ciudad en 1909, no pudo contener el

desborde de sus afectos. Al entrar en la ciudad lo primero que hizo, antes de hospedarse en casa de sus familiares, fue visitar el bautisterio. “Busqué con ansia loca el único objetivo allí perseguía, la sagrada pila bautismal, diciendo dentro de mí: ¡Oh, mi filiación divina, ya desfigurada! Mis lágrimas alarmaron a mis compañeras de viaje, que no sentían como yo el dolor de una joya perdida ni el aliento de un amor perpetuo exteriorizado treinta y cinco años antes en aquel lugar...”

Durante su estancia en Fredonia, como maestra fue costumbre suya visitar los sábados el cementerio en donde creía que reposaba el Padre Uribe, el sacerdote que la bautizó. Allí hablábamos de Dios y especialmente de la adopción que hace de las almas en el santo bautismo. Contemplaba cómo aquellas manos que me habían abierto el cielo derramado sobre mi cabeza al agua santa están reducidas a polvo debajo de aquella bóveda y me estremecía de ternura. ¡Yo era hija de Dios, la heredera de su Cielo! ¡Y las manos que habían sido los instrumentos del amoroso beneficio eran polvo! ¡Cómo hubiera querido romper aquella tumba y robarme aquellas manos deshechas para besarlas! ¡Dios mío, cuán grande es el bautizo y cuán poco comprendemos su grandeza!”.

Sus misioneras, por disposición de su Fundadora, rodean la ceremonia del bautismo de la mayor solemnidad. Y el Manual de oraciones trae una oración del neófito para después del bautismo que es una joya de teología simplificada, de unción y de entrañable belleza.

Para la confesión tuvo siempre una veneración extraordinaria. “Miren este sacramento como una dulce cita que hace Dios a nuestras almas para recaudar cada semana sus relaciones con ella...”

Sencilla como niña y guiada por la fe acudía a este sacramento y abría su alma al sacerdote en busca de perdón, de luces, de orientaciones. Alma escogida, que volaba muy alto, los confesores no siempre acertaban y más

quedaban perplejos ante los dones, las gracias y las novedades que en ella sorprendían...

Es posible que alguno de ellos, ciertamente doctos y espirituales, no hubieran leído a Santa Teresa o San Juan de la Cruz o sin percatarse, creyeran que esos fenómenos eran para los místicos de Europa y no se cosechaban por estos trigales de la cristiandad americana.... Cuando ya se confesó con Padres Carmelitas las cosas anduvieron más claras.

En cuanto a su piedad eucarística puede la Madre Laura competir con los santos más famosos por su amor y devoción al Santísimo Sacramento. Ya niña durante su estancia en el campo se levantaba antes del alba para llegarse, en escapaditas furtivas, a la Iglesia a recibir a Jesús. Colegiala, supo industriarse para comulgar diariamente sin que el reglamento sufriera menoscabo. En sus excursiones misioneras, su mayor desconsuelo era la privación de la misa y de la comunión; su mayor anhelo era tener sagrario y capellán junto a sus ranchos perdidos en la selva. No conocían las finuras y los vuelos de su alma quienes la acusaron ante la Nunciatura de menospreciar los sacramentos y alardear de la carencia de capellanes. Llegó incluso a tantear en Roma la posibilidad de que sus religiosas privadas de capellán pudieran por sí mismas administrarse la sagrada comunión.

“Comulgo –decía- porque Jesús desea que comulgue. Satisfacer el deseo de Jesús sí me urge, me parece cosa digna; el mío no merece la pena...”

Fundar una misión y establecer un nuevo sagrario fue para ella el más preciado logro.

Y sentía un amor especial hacía esos sagrarios en donde el Huésped celestial vive tan solo, como ella dice: “Verdad que el hálito del amor, escapado en suspiros desde el lecho del dolor o desde el centro de un cobertizo destinado a la enseñanza llegó hasta el santo copón y estremece de amor a

Jesús, el apasionado de las almas”. Pensando en tal soledad, la Madre escribía y proponía: - Haced espiritualmente compañeras íntimas de Jesús en los sagrarios de las misiones. Para facilitarlos compuso una oración bellísima en la que decía: “Me he enterado de que has querido quedarte en una casita humilde en medio de esos bosque y de las tribus errantes de esas montañas. Ahí, en ese sagrario solitario has colocado el trono de tus misericordias y de tu amor, que se adelanta a nuestras mezquinas correspondencias...”

En sus últimos años, inmovilizada por la enfermedad, recluida en Belencito, menudeaba las visitas al Templo, velaba por el respeto en el santuario y lo exigía con severidad.

“¿Qué es la sagrada Hostia? Es el Dios de mi corazón y el corazón de mi Dios. ¡Luz mía, oculta en la Hostia, difundíos en todos los corazones! ¡Síntesis divina de todos mis amores, Hostia mía, deja que muera ya por vuestro amor!.

- Hoy –le decía un día al Padre Germán Montoya- he estado hablando con el Señor en el Tabernáculo, le he contado todas mis penas y se lo he ofrecido todo!.

Precursora genial en muchas cosas, aun en lo sacramentario y litúrgico, anduvo madrugadora la Madre Laura. Hacia 1934, su discípula la Hermana María Teresa Lopera apuntaba estas iniciativas oídas a la Madre Laura en sus conferencias: “Si yo anduviera cerca del Padre Santo le diría al oído algunos cuantos secreticos muy importantes.

El primero: que mitigara el ayuno eucarístico (que entonces regía desde la media noche hasta todo el día siguiente...) Que duro para los que somos enfermos vernos privados del Pan Eucarístico; que bueno poder tomar líquido antes de la Comunión. Así la pobre Laura podría beber algo en sus noches de agonía sin tener que privarse de la comunión.

Segundo: las misas vespertinas. Conversando en 1940 con su sobrino Rafael Montoya, que la visitaba en la residencia de El Cuchillón, le decía: Qué bueno que hubiera misas a todas las horas del día para que los trabajadores y los empleados pudieran oírlas en la tarde.

Tercero: qué bueno que la Semana Santa se celebrara según la liturgia primitiva, de modo que los oficios litúrgicos coincidieran con la misma hora en que tales misterios sucedieron: Cena del jueves, muerte de Jesús, resurrección de Jesús...

Ella, cuando dirigía a sus misioneras las meditaciones de Semana Santa las acomodaba a la hora en que los misterios se habían realizado.

Cuarto: Ya entonces acarició largamente la idea de que sus misioneras, privadas tantas veces en esos días iniciales, del auxilio del capellán permanente, pudieran llegar a tomar ellas mismas o por manos de la superiora, la sagrada comunión.

Sobre esta iniciativa hay documentación copiosa en su archivo. Y tanto dio y cavó este pensamiento en el ánimo de la Madre que al fin con tal solicitud escribió bellísima carta la Santidad de Pío XII.

Estas cuatro iniciativas en 1930 eran audaces.

Y ya entonces ella las sustentaba. Hoy son dichosa realidad en la Iglesia.

Testimonio de su piedad eucarística, tan meditada, tan iluminada, es su folleto: **Devociones eucarísticas** que sus misioneras guardaban en gran parte inéditas o impresas en hojas volanderas y al fin recopilaron e imprimieron en Medellín, como recordatorio del centenario del natalicio de la Fundadora.

SUS RELACIONES CON LOS SANTOS

Cuando el sentido eclesial avasalla a un hombre éste simpatiza enseguida con los santos, y en particular con aquellos que por nobles afinidades le son más cercanos.

Apreció la Madre, como se debe, la intercesión de los santos amigos de Dios y primeramente los Santos Ángeles. “Conocí lo mucho que glorifican a Dios estas santas amistades con el Ángel de la guarda. No nos sirven más los Santos Ángeles porque no los ocupamos... Una vida entera quisiera gastar haciendo conocer las bondades de los Ángeles. Viviendo más unidos a ellos, podríamos comenzar a vivir la vida en el cielo”.

San José. –consideraba la protección del Santo Patriarca sobre su alma y sobre la Congregación a manera de un bálsamo suave corroborante. Como fruto de la devoción a San José, se aseguraba de modo especial su providencia, la Madre Laura exhortaba a las Hermanas a imitar al Santo y a abandonarse a él con más ahínco...

Su devoción al Santo Patriarca la llevó a consagrarle otra de sus obras apostólicas: la Congregación de las Hermanas Oblatas de San José que eran como el complemento de las Misioneras fundadoras con la Madre Laura con el fin de ejercer trabajos de artesanía y agricultura a favor de los indios o para ayuda de las Comunidades.

Las Oblatas como patrono y protector al glorioso Santo, y todas se denominan con el nombre de San José pospuesto al propio.

San Juan Bautista. Leyendo el Santo Evangelio la Madre Laura descubre las excelencias del precursor, su humildad, a pesar de su excelencia; su amor a Cristo, su pureza virginal, su vida penitente en el desierto, y lo encuentra muy

a propósito para ser el modelo y protector de su Congregación y de su misión apostólica.

La contemplación de las virtudes del Bautista hizo comprender a la Madre que sus religiosas misioneras podían mirarlo también como ejemplar. Como él debía en muchas ocasiones vivir alejadas del sagrario en que Jesús habita. “Permanece lejos de Jesús el que enseña a los demás que vaya a Él. Su misión está a orillas del Jordán y allí, lejos de Jesús, permanece como un gigante del sacrificio”. Las misioneras muchas veces en su vida habrán de practicar el sacrificio bautistano. “Como el Bautista, ellas sólo buscan la gloria de Dios, el engrandecimiento de Jesús, y para buscar que Él crezca en las almas que no lo conocen, se privan de la presencia de Jesús...” Esto lo inculcó la Madre a sus misioneras y esto –anota ella con cierta amargura- “lo tomaron los enemigos a desamor por los sacramentos...”.

San Benito José Lavre. Una alusión dicha como al acaso por un predicador de semana santa en Fredonia, la estimuló a conseguir su vida. “No leía dos líneas sin bañarme de lágrimas... ya la celda carmelita me parecía fría ante aquellas calles de Roma atravesadas en unión con Dios en medio de tanta humillación”.

Santa catalina de Sena. En un principio no la entusiasmó poco ni mucho la inmensa santa de Italia; la creyó de una grandeza inaccesible y hasta rara. Sin embargo, Laura Montoya terminó llamándose Laura de Santa Catalina de Sena y afiliándole toda su Congregación misionera. Eran almas afines.

Santa Teresita. Las dos grandes carmelitas, la de Ávila y la de Lisieux, nutrieron la espiritualidad de Laura con sus vidas y sus escritos. En 1912, en las vísperas de su arriesgada decisión misionera, cayó en sus manos y en su espíritu la “Historia de un alma”, como le sucediera igualmente a su seminarista de Santa Fe de Antioquia que después fue Obispo y fundador de comunidades misioneras: Monseñor Builes.

En el proceso diocesano de Medellín, el P. Germán Montoya, que tanto la trató y admiró, declaró: Fue gran devota de San Francisco de Asís y de San Francisco de Sales. Y sus escritos citaban algunas veces al Padre Claret, con quien de especial manera simpatizaba por la común vivencia de la claridad apostólica. Que también entre los santos hay afinidades.

XXV

LA PRESENCIA DE MARÍA

Un propósito de la Madre Laura nos revela la intervención de la Virgen María en su espiritualidad: “Quiero ser fiel a Jesús y lo seré, como San Juan, si haga de María la compañera de mi pensamiento”.

En su hogar cristiano se clausuró siempre la jornada con el rezo del rosario. De sus años de directora del Colegio de la Inmaculada escribe: “Ella, la Señora Inmaculada, me atrajo de tal modo a sí que ya no me es imposible pensar siquiera en que no sea Ella como el centro de mi vida. Cuando he sufrido mucho, Ella se me parece a una sonrisa que me alumbra en el dolor. ¡En ella tengo puesta mi esperanza para todo! Tuve un tiempo en que sus grandezas me ofuscaban; pero a fuerza de mirarme en Ella y de mirarla en Jesús, no me ofusca y antes es como la explicación de muchas cosas bellas. ¡Ay, sus ojos deben ser el cielo del cielo! Desde que sentí la herida del dolor de los infieles, impuso de tal modo a mi alma que no dudo que Ella es la autora de ese dolor tan fuerte que me mata por esos pobrecitos que no conocen a Dios.

Creo que es Ella quien abrió la herida y encendió el fuego en mi corazón. Imposible escribir lo que Ella es a mi alma. Si Jesús es mi dolor, Ella es mi alegría, pero una alegría que se convierte en algo celestial que no tiene nombre...”.

En 1903, en medio de la oscuridad y vacilaciones de su vocación, aún no bien definida, escribió: “Madre mía, sé mi maestra y enséñame el camino que debo seguir para cumplir la amada voluntad de Dios”.

Cuando ya vio la claridad, su confidente en las horas de la espera fue la Virgen María.

“María, Madre de mi amor, ¿Cuántos dolores deberá llevar antes de comenzar la obra de los indios? No rehusó los dolores; ellos vienen a mi alma como el agua al sediento. Lo que no debe ser es la tardanza. ¡Ay Madre de mi alma! ¡Las almas de los indios salen cada día de este mundo sin haber sabido que hay Dios ni que eres su Madre! No retardes por más tiempo la hora bendita de hacerlos hijos de Dios. Si fuera necesario acumula sobre mí todos los dolores que deben señalar esta gracia, pero apresura el momento”.

Ya se narró en esta misma página el recado misionero que con la Virgen envió al Padre Santo de Roma, San Pío X, para que se ocupara del lamentable estado de los aborígenes americanos...

Hubo en la vida de la Madre Laura un fenómeno mariano de carácter místico, que le fue concedido el 31 de agosto de 1913. Fue ello un como cambio de personalidad que le aconteció al conocer que, por mediación de María, se había salvado un pecador, como si ella con una sola mirada hubiera arrojado de amor a Laura y de misericordia a su extraviado alumno de años atrás. Sintióse Laura comprendida en ese mismo y simultáneo acto de caridad de María. “Para conocer esto sentí de un modo incompresible que la Santísima Virgen se formaba en mi, produciendo al mismo tiempo el aniquilamiento de mi personalidad”.

Como formadora de misioneras, la Madre las exhortaba sin fatiga a una devoción filial a Nuestra Señora y a darle un sitio de preeminencia en la obra de la conversión de los indios.

“Mi devoción a la Santísima Virgen –habla de sus días primeros en Urabá- era también como un remo que empujaba mi barquilla. Ella parecía una sonrisa en medio del negror de la vida salvaje y de la opresión que llevábamos. Por eso, una vez me dijo una hermana que le diera un buen pensamiento y le dije: Mire, no piense bueno; es mejor que guste bueno. Guste: María es la sonrisa de mi vida. Le gustó tanto que después lo puso en verso”.

La estatua de Nuestra Señora o su gruta junto a la choza de las misioneras era atractivo a los indígenas y motivo de catequesis inicial...

- ¿Quién es esa Señora? ¿Por qué está ahí? ¿Por qué la quieren tanto?

Por María se llegaba en seguida a Jesús...

Es curioso observar que los indios cholos y los de otras innumerables tribus americanas cuando nombran a la Virgen dicen siempre: María, madre mía. Así lo han aprendido de las misioneras de la Madre Laura. Fue ésta una de las promotoras del movimiento de la Realeza de María, y escribió fervoroso documento dirigido al Excmo. Señor Juan Manuel González Arbeláez.

En 1930 la Madre Laura tuvo una de las grandes satisfacciones de su vida: visitar a Nuestra Señora de Lourdes, esa misma que ella colocaba en sus grutas junto a los ranchos de las misioneras... para que le cautivara corazones de los indios.

Mientras en la Roma eterna y lenta se cerraban por el verano los sagrados Dicasterios, ella aprovechó la oportunidad de una peregrinación que salía de Roma el 24 de agosto presidida por un cardenal, algunos obispos, sesenta sacerdotes y compuesta por unas 800 personas.

Entró una vez en la piscina, asistió a una procesión más porque no tenía ni piernas como los sanos ni carrito como los enfermos, pues no pudieron conseguirlo, y observó, oró y gozó infinito...

“La gruta –dice- es el reposo de los desterrados. Se siente uno al lado de María, cree que la oye hablar. Todo, todo es allí pacífico, tierno, dulce, mariano,. Lourdes, qué gusto tuvo la Santísima Virgen en elegir aquella naturaleza para mostrar al mundo sus encantadoras sonrisas. Parece que en cada campiña ve uno el rebaño de Bernardita Soubirous.

En la gruta no diré lo que pedí, porque me será más fácil decir qué cosas no pedí... Los pobres indios de Urabá, los Kunas, los caribes, los del Chocó... El decreto laudatorio. Las vocaciones misioneras... la vocación de mis sobrinas... Carmelita, cada una de las hermanas, y ante todo, mis Superiores. Para ellos pedí tanto! Estaba al lado de la gruta como un náufrago que llega a la orilla y allí encuentra a su madre...

Salir de Lourdes con verdadera tristeza. Que miradas le lancé a la gruta al salir y perderla de vista. Que nostalgia me acompañó aquel día. De muy poco valor fue el ramito de flores y la velita que en nombre de la Congregación dejamos allí a María; pero el alma sí me quedó...”

El primero de septiembre estaba de nuevo en Roma, en su convento de Monte Mario...

Las Hermanas que conocieron y trataron a la Madre Laura en sus últimos años de inmovilidad recuerdan con emoción aquel rosario que indefectiblemente colgaba en sus dedos. La anciana misionera, que tantos paisajes y caminos había perfumado con las fragancias de incontables avemarías, las prodigaba ahora como brotes de amor y vehículo de invisible ayuda a favor de sus misioneras andariegas y de sus indios del alma.

CON CRISTO Y POR CRISTO

Desde el **golpe del hormiguero** –irrupción divina extraordinaria- Ella se lanzó a Dios: a adorarlo, amarlo, servirlo, agradecerle, glorificarlo, darlo a conocer y “dejarlo bien” en la obra de la misión.

Estando de maestra en Santo Domingo “me llene de tal modo del deseo de conocer a Dios tan profundamente como cupiera en lo posible que los demás conocimientos humanos, a los cuales era muy aficionada, me parecieron tan vanos que le hice a Dios un propósito firme de no cumplimiento de mi deber como maestra y que en cambio me obligaba a ser incansable en estudiarlo e Él, valiéndome de cuantos medios me inspiraba”.

Hasta mirar un periódico me causaba remordimiento. Me concreté a estudiar a Dios.

Consultó a los sacerdotes y uno de los libros que le aconsejaron fue: **“De la hermosura de Dios y su amabilidad”** por el P. Juan Eusebio Nieremberg autor español de 1660 a quien encomian autores tan sabidos como Menéndez y Pelayo y el P. Miguel Mir.

“Cerca de dos años me estuve leyéndolo y gozándolo porque leía despacio y a veces pocas líneas para darle campo al afecto que despertaba en mi alma”.

El primer período espiritual de la Madre Laura como antes se apuntajó, está señoreado y sellado por un teocentrismo absorbente.

El cristocentrismo llegará después para llenarle todo el resto de su vida. En sus primeros años no le llama la atención la humanidad santísima de Jesús, el Dios Niño, la Sagrada Pasión. Entre tanto, Dios, sus perfecciones, le embargan

el ánimo. Vino después el que ella llamó **golpe del banco**, porque la sobrecogió cuando, sentada en un banco, trabajaba en oficios domésticos de su madre. Hizo una comunidad espiritual, y en ese mismo instante sintió un dolor soberano mezclado de amor extraordinario, como si la Santa Eucaristía traspasara su alma. Desde instante su fe seca se le trocó en una posesión amorosa del divino misterio. Y toda la vida le quedó el ansia de comulgar. Y de acercar almas al sagrario, primero entre sus alumnas y después entre los indios.

Su corazón exultaba de júbilo cuando en tierras de misiones se establecía un nuevo sagrario. "Siento que si con cada gota de mi sangre pudiera abrir un nuevo sagrario la daría con verdadera fruición.

Mi alma es loca. Es que ser mujer y amar una pizquita es terrible. Los hombres, aunque tengan amor por montañas, saben amar reposadamente. Los envidio".

Durante su estancia en Fredonia en 1895 empezó a encontrar sus delicias espirituales en la Pasión de Jesús. "Ella fue la rica mina de donde mi alma tomaba su sustento. Como ese amor sereno que engendra la contribución me hice dueña de los ricos campos de la Pasión. Mi interior todo era clavos, sangre, cruz, pretorio, calvario, espinas...

Las lágrimas eran la salsa con que salpicaban mi alma. Estas cosas y un amor parecido a la locura acompañaban mi oración". Siempre la Eucaristía, la Pasión y el Corazón de Cristo le inspiraron a la Madre Laura sentimientos y páginas sublimes.

En la semana santa de 1896 sucedió lo que podría llamarse la santa locura de la saeta. Un sábado santo regresó a Fredonia de una hacienda campestre en que la creación la había acompañado en amor a Cristo. El alba de resurrección le vistió el alma de fiesta y se la iluminó de gozos y arrobos. En la

comuni3n se pudo contener. Y estaba ya en casa, atenta a las dulzuras de su infinito fest3n, cuando de repente suena la banda de m3sica que acompa1a la procesi3n del Resucitado. Laura se asoma a la puerta y ve a los lejos la imagen triunfadora. Ya no supo m3s de s3. Con el traje que ten3a, sin mantilla, sin o3r las voces que la llamaban, sale a la carrera atravesando la plaza en diagonal para llegar a la esquina por donde asomaba la procesi3n, y totalmente enajenada, lanza esta saeta.

¡Qu3 hermoso vuelves! No ha sido un sue1o
aquel terrible, sangriento le1o,
aquellas horas de cruel dolor?
¡Yo era la causa de su agon3a,
y al contemplarte me consum3a
remordimiento desgarrador!
Los duros hierros que te clavaron
tambi3n mis huesos estremecieron
cuando los suyos se desunieron
con horrorosa dislocaci3n...

Al llegar aqu3 rompe a llorar clamorosamente y entonces una amiga compadecida la tira fuertemente del brazo. Vuelve en s3 y advierte que la rodea un corrillo de se1oras y sabe que ha cantado. Se siente inundada de verg3enza, no por temor al rid3culo, sino por haber descubierto su hervidero interior. Aquello, a los ojos de los hombres pudo parecer como un extrav3o de la mente, cuando no fue otra cosa que un desbordamiento del coraz3n.

Atractivos permanentes de su coraz3n fueron el sagrario y el crucifijo. Sentada ente su escritorio –recuerda Dulce Nombre, su secretaria de muchos a1os- los ojos se le iban al crucifijo que pend3a en la pared y los labios musitaban jaculatorias. En el viernes santo de 1929, en Santa Fe de Antioquia, pude presenciar un 3xtasis de la Madre. A medio d3a en conferencia a la comunidad, nos habl3 largamente sobre los dolores de Mar3a y el Se1or.

Cuando las hermanas se retiraron, yo quedé sola a su lado. Entonces se replegó en silencio, se le encendió el rostro y quedó con los ojos clavados en el Crucifijo sin decir palabra. Y así por largo tiempo. Una hermana llegó a ofrecerle un pocillo de café. Ella no oyó nada. Al cabo de un rato volvió en sí y preguntó si las hermanas habían rezado ya el angelus y se habían ido a rezar. Por la noche, ya para echarse al lecho, quedó otra vez en una actitud extática como la precedente.

Entre sus libros descuellan por el fervor **Devociones eucarísticas**, **Manojitos de mirra** constituido por cuarenta meditaciones breves sobre la Pasión de Cristo y **Proyecciones de un corazón humano-divino**.

Son el trasunto y la emanación de su sentido y su vivir cristológico.

Su amor a Cristo y a los intereses de Cristo queda maravillosamente compendiado en la palabra SITIO, que fue el emblema de su apostolado y de su sed de amor, de sacrificio y de almas.

XXVII

“POR LA SECRETA ESCALA”

Aunque la santidad cristiana es esencialmente la misma en todas las almas, ostenta con toda una lujosa variedad de manifestaciones y de tipos. La vida espiritual de la Madre Laura descuella por una originalidad sorprendente. Su vacación fue apostólica en su totalidad. Y ello explica su vida y aun el desenvolvimiento de la gracia en su alma.

La vocación apostólica se identificó de tal manera con su entero ser que, coincidiendo con Teresita de Lisieux, el mismo reposo de la Patria no lo concibe sino en función del apostolado.

El itinerario místico de la Madre Laura, aquí y allá trazado por ella en sus escritos íntimos, es caso ejemplar y de antología.

Deslumbrará cuando se le conozca y ha sido sorpresa de quienes admitían una Madre Laura misionera, fundadora, andariega, escritora caudalosa, sostenedora impertérrita de su ideal y de su carisma pero no mística...

Y resulta que lo es y de vuelos altísimos.

Ella, en su humildad, no lo sabía. Los confesores de Medellín no la entendían y porfiaban por encasillarla en escuelas y métodos estrictos.

Repito –quizás no había leído a San Juan de la Cruz o a Santa Teresa que describen e iluminan esos mismos momentos espirituales que en Laura se daban temporalmente.

“Los exámenes de varios sacerdotes, si jamás lograron turbarme, pasaban sin dejar un rayo de luz en mi interior. Ni jamás me dieron horizonte más amplio en el amor; antes bien contribuían a estrecharlo cada vez más, con un temor y una desconfianza por todo lo que sentía”.

Tuvo que esperar para que la luz se hiciera, a encontrarse en Urabá con los hijos y discípulos de las dos grandes lumbreras de la mística: el Padre Arteaga que a las primeras le dijo:

- Eso es oración de quietud, aunque luego dijo por ahí que ciertos fenómenos por ella, contados estaban muy lejos de haber sucedido... Y el P. Elías, que la escucho, le preguntó, analizó con minuciosidad y terminó diciéndole con directa y española franqueza:

- Yo no soy de la escuela de esos sacerdotes (los de Medellín); pertenezco a la escuela de Santa Teresa, quien opinaba que el alma debe conocer las

gracias de Dios y que si esas gracias son verdaderas, no la envanecen. Por eso voy a decirle la verdad: Usted a tenido muchos recibos de Dios. Casi todo eso que me dice lo ha sentido por medio de contactos de la Divinidad, muy sublimes. Lo que conoce de muchos misterios ha sido revelado por visiones intelectuales. Mi interior, tan oscuro, se me volvió pura luz. Como bendije a Dios por haber inspirado a Santa Teresa esa bella doctrina de hablar claro a las almas. Cuánto vale la verdad! Es uno de los nombres que más bellos me parecen entre los que da Nuestro Señor. “yo soy la verdad”. “Sí, porque la verdad es también la Luz”.

En estos días, el P. Francisco Juberías, C. F. M. teólogo español, autor de una colección de estudios y monografías de espiritualidad y de un poderoso volumen titulado: **“La divinización del hombre”**. Tratado teológico de la perfección cristiana (Madrid, 1.200 páginas, año de 1972) ha insertado el nombre de la Madre Laura entre “las nueve figuras y escuelas de espiritualidad” sin contar que compuso el estudio **“La Madre Laura en las alturas de la mística”** que salió a públicas vistas en Medellín en 1973 en la colección que lleva el nombre de la Fundadora. Es obra de especialista en estos campos de la literatura ascética y mística y revela maravillas en el espíritu apostólico de la gran misionera colombiana.

¿Cuáles fueron los primeros “toques”?

Dice Santa Teresa que “aquellas almas comienzan a entrar en el Castillo que, aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos”.

EL caso de la Madre Laura –advierde Juberías- es prueba de que Dios no tiene por qué someterse a los esquemas doctrinales de los tratadistas de ascética...

Ya el Señor le “vacunó el corazón” haciéndolo indiferente a todo halago de criatura y luego “rebasando los cauces normales de la gracia en su desarrollo,

le salió al encuentro con una comunicación mística extraordinaria: **El caso del hormiguero**, que provocó los deseos de llegar a poseer a Dios”.

Vino después el periodo purificativo: pruebas interiores y exteriores, arideces, tentaciones pertinaces contra la fe, - qué tinieblas- - dice- vivía en un calabozo y las penas que procedían por parte de las criaturas: desdenes del cuidado de su avance, de su progreso y de sus virtudes; no sabe de métodos ni se analiza; antes certifica que “ignora a su alma”, mientras que, para maravilla del mundo, transporta triunfalmente por las bellísimas selvas colombianas su vida de unión transformante en un delicioso y pintoresco desafío para todos lo que creen que sobra la mística para los misioneros; que la vida de apostolado es clima malsano y opuesto para las más íntimas comunicaciones del Señor. La Madre Laura, gloria de su Instituto, de Colombia y de la Iglesia, es uno de los más perfectos ejemplares de santidad”.

Así la madre Luz, religiosa española enclaustrada en un convento de Dominicas de Córdoba, España, en donde, poco antes de morir estaba preparando un estudio sobre la Madre Laura como la mujer eclesial de la hora del Concilio..., de esta hora de la Iglesia.

XXVIII

¡ALMAS, SEÑOR, ALMAS!

“En una existencia que tiene trayectoria –ha escrito Ortega y Gasset- no hay apenas un hecho que sea indiferente y pueda ser canjeado por otro”.

La Madre Laura tuvo trayectoria hacia una inmensa vocación. Tuvo una misión personalísima: ganar para Cristo al indio americano.

Nuestros sociólogos han discurseado sobre “la indiana irredente”. La Madre Laura nunca usó esa despectiva expresión. Pero gastó su vida en

redimir al indio. Y esto es bastante más efectivo. Su virtud dominadora, avasalladora, fue el celo, pero obsesivamente canalizado hacia la salvación de los indios americanos, sin que además excluyera a todo el mundo infiel. Así de ancha tuvo el alma.

En 1900 le hablaron, en el recibidor de su colegio, de los indios paganos de Norosí. Desde entonces –dice ella- “sólo rezaba por los infieles y los llevaba como una llaga que pensaba curar en el convento con sus oraciones o con las humillaciones que tendría”. Su llaga son los infieles. Hacia 1909 el cielo le concedió unas maravillosas iluminaciones misioneras. “Tenía yo la suprema herida y nada podía ya turbar mi alma, si no era el montón de pecados en el mundo. Desde entonces comencé a sentir por las noches como si viera caer en el infierno las almas de los infieles, de tal modo que me era imposible concebir siquiera que se pudiera vivir sin hacer nada por ellas. Hice entonces unos ejercicios sola, y en ellos mi alma quedó consagrada a la gloria de Dios, única cosa que me quedó delante, es decir, en el alma; pero comprendí que no se la daría sino trabajando por las almas de los infieles con todas mis fuerzas. Hice un propósito a manera de voto de pesar por todos los sacrificios imaginables por llegar a realizar la obra de los indios. Nada me detendría dirigida, por supuesto, por la obediencia.”

“Mis noches eran como la esencia del dolor por la gloria de Dios ultrajada en el mundo y menoscabada por la infidelidad de todos los infelices que no conocían a Dios. No sabía en dónde no como empezaría la obra de los indios; sin embargo, guardaba cuanto conseguía para ella, cual si al día siguiente fuera a realizarse. A muchos les parecía loca...”.

“Mi alma ardía en deseo de hacer algo grande porque mi Dios fuera conocido y mi compasión por los infieles se hizo muy inferior de ver a Dios conocido y amado como se merece. Siempre mi deseo se estrellaba contra mi suprema impotencia y mi dolor tomaba proporciones desconocidas. Sin embargo, no me daba por vencida, y ya que nada podía hacer, reduje mi

oración a estas palabras: “Yo no puedo ni merezco nada; pero Tú, Señor, puedes hacerte conocer y amar. No invoco otra razón que la gloria de tu nombre”. Esto me daba paz y la seguridad de que pasaría por encima de mi impotencia y miseria”.

“El temor de estorbar los designios maravillosos de Dios, en la conversión de los infieles, con mi flojedad de vida me duró mucho y me obligó a esmerarme en mi propia perfección con un afán grande y siempre mayor. Era como si un millón de hijos se me estuvieran muriendo de hambre y que sólo siendo perfecta lograra darles el pan que necesitaban. Así era mi afán”.

En vísperas de la fundación, la Madre Laura pasó noches de agonía sintiendo sobre su alma todos los dolores físicos y morales que en el curso de los siglos habrían de sufrir sus misioneras.

Y todo esto era poco. A ella, misionera total, le inquietaba el que con su muerte se le acabará el misionar. “En el Sarare sentí tal desolación al considerar que con la vida se acabará el apostolado para que el Señor misericordiosamente me tiene en la tierra, que sentí verdadero y profundo dolor y en él pasé varios días sin ver consuelo alguno. Pero de pronto me dije, llevada por una convicción grande: ¿Acaso Dios despoja a nadie de las gracias que le ha dado sólo porque entre en el cielo? ¿Y ha de quitarme tan misericordiosa gracia sólo porque dejó la tierra? ¡Eso no puede ser así y no será! Y penetrada de esa de esa luminosa idea rogué al señor de mi alma que se dejara servir de esta pobre criatura permitiéndole seguir desde el cielo el apostolado de la salvación de las almas. Sí, Dios mío, lo sabes. No quiero reposar en tu regazo y saber que en la tierra de ofenden y te desconocen. Consiento en no sufrir en el cielo, puesto que incompatible el cielo con el dolor; pero no me dejes en reposo; éntrame en la misericordiosa trama de tus misericordias y envía me armada de gracias y de poderes a la tierra, a buscar almas, delicias de su corazón...”.

Toda la vida, toda el alma de la Madre Laura es un grito clamoroso que dice: ¡Almas, Señor, almas!.

XXIX

MADRE Y PROTECTORA DE LOS INDIOS

La vocación de la Madre Laura fue primordialmente de catequista y de evangelizadora. Tarea de promoción espiritual en orden de salvar el alma y las almas. No fue de ella de esos operarios que, como dijo la Santidad San Pablo VI en la apertura del Sínodo de 1974, “con harta frecuencia se ven solicitados a olvidar la prioridad que debe tener el mensaje de salvación, reduciendo así la propia acción a pura actividad sociológica o política y la misión de la Iglesia a un mensaje antropológico y temporal”.

Para ella, lo primero era hablar con Dios, orientar hacia la Fe, insertar en la Iglesia.

Pero ese trabajo debía hacerse entre personas carentes de los bienes primordiales: bienestar, alimentos, higiene, promoción social y cultural que al mismo tiempo respete sus nativas y antiguas culturas. También a ello atendió la Madre Laura.

Hay una coincidencia histórica curiosa. El año de 1874 en que ella nació, **La Sociedad**, el famoso semanario católico de Medellín, registraba una serie de inquietudes y preocupaciones a favor de la cristianización de los indios.

“Indispensable para cristianizar – decía **La Sociedad**- es el elemento religioso, Este, de preferencia, es el que debe introducirse entre los indios”.

Y en noviembre de ese mismo año de 1874 cuando ya en Jericó alentaba la vida de la niña Laura, **La Sociedad** publicaba el informe que el Ilmo. Sr.

Joaquín Guillermo González, obispo de Santa Fe de Antioquia, elevaba al Presidente del Estado de Antioquia sobre la catequización de los indios de Cañasgordas y Frontino, a los cuales había visitado como pastor.

Tal es el momento histórico en que viene a la Iglesia colombiana una mujer que habrá de obsesionarse santamente por la promoción humana y espiritual del aborigen americano.

Para realizar su faena de evangelio, ella antes de todo observó y estudió al aborigen, a este compatriota y hermano agobiado por el peso de su pobreza y por las injusticias de los civilizados...

“El indio no es el alma” le repetían a ella los primeros que fue topando por las tierras de Dabeiba.

Para ellos los hombres se dividen en indios y libres...

El indio tiene temor de todo: del blanco, del gobierno, del brujo o **jaibaná**. Hay vocablos que le inspiran horror: escuela, policía, ejército, aprender. Aman el aislamiento y la dispersión y emigran, a veces a territorios muy distantes. En el remoto Uré encontró después indios procedentes del Chocó.

Hay un conjunto de apellidos muy comunes y que aparecen mencionados en las **Cartas misionales**: Domicó, Carupia, Jumi, Pernilla, Majoré, pero es frecuente el cambio de nombre y apellido varias veces al día.

En sus contactos con los libres han adquirido ligeras unturas de civilización: vocablos castellanos, uso de prendas de vestir, gusto por ciertas armas de cacería y defensa...

La Madre entendió y quiso que se le respetasen sus tradiciones y sus propias adquisiciones culturales.

En sus **Cartas misionales**, en su **Autobiografía**, en los **Informes**, que enviaba al Protector de Indios de Occidente y al Director de Instrucción Pública de Antioquia, la Madre Laura expone sus observaciones y su metodología espiritual.

Dice, por ejemplo; “No faltan quienes piensan que la catequización debe principiarse por hacer que los indios boten la paruma para vestirse el pantalón; que olviden su lengua primitiva para reemplazarla por la castellana; que destruyan sus bohíos y se alojen en casas; que se les arranque por la fuerza de un mandato o de una disciplina marcial sus tradiciones y costumbres seculares para que adopten lo que ven con horror en aquellos que con más o menos responsabilidad y quizá inconscientemente ha causado la ruina casi total de su raza. Esto, sobre imposible, es cruel.

¿Quién no ama su lengua? ¿Quién no quiere las tradiciones, como a pedazos de su mismo corazón? Qué colombiano que se halle en Turquía, aunque su expatriación date de larga fecha, si ve de improviso un pantalón, o una ruana que sea, no exclama como fuera de sí: **el vestido de mi tierra**. Y quizás las lágrimas humedezcan aquellos objetos cual si se tratara de ver un ser amado después de una larga ausencia?

Estos sentimientos son humanos y altamente humanos y ningún corazón de hombre deja de tenerlos, a menos de ser una anomalía de la raza humana. Pues, si los indios son humanos ¿cómo hemos de suponerlos desprovistos de los sentimientos genéricos por excelencia?.

A si atacamos estos sentimientos tan arraigados como son la esencia de la vida humana, ¿cómo queremos conducirlos a su bien? y su a este no lo conducimos, ¿para qué se catequiza? No niego que al civilizarlos deben desaparecer las costumbres bárbaras y ese es mi más íntimo anhelo; pero creo

que eso será efecto de la civilización y pretender el efecto sin poner la causa es absurdo, repugnante a la razón y en el presente caso cruel...”.

Luego procede la Madre, tan hábil razonadora, a exponer su método, inspirado por saberes e intuiciones de pedagoga excelsa.

Al fin del informe la Madre resume: “Son maestras. Médicas, enfermeras y hasta alcaldes al modo de los indios”. Era para todos para ganarlos a todos por Cristo.

Preocupación permanente de la Madre desde que en Medellín empezó las diligencias de su fundación fue la de conseguir leyes de protección para el indio y caminos eficaces para aplicarlas.

En el informe, decía el protector:

“Otra necesidad de primera importancia es ver que la posesión de los indios se haga real y sobre todo que se les haga justicia en su propiedad...”.

Sobre expedición de esas leyes indigenistas habló y escribió el General Berrío, a varios asambleístas antioqueños y al Señor Nuncio Vicentini a quien en carta de enero de 1924, decía:

“En cumplimiento de sus deseos me puse a elaborar el trabajo sobre las leyes para salvajes. Le envío lo que podido hacer”. Y a continuación discurre sobre el tema con gran propiedad y dominio y excelente conocimiento de anteriores legislaciones y presentes realidades a veces muy dolorosas por injustas...

En busca de proteger a los indios en varias ocasiones se presentó en Gobernación, reclamó al General Berrío y se entrevistó con don Carlos Villegas, que alguna vez había dicho:

“- Creer que mujeres catequizaran indios, creer que logran lo que no logran los hombres, es una perfecta ilusión...”.

La Madre sostenía: justamente por el carácter sencillo y casi infantil de los indios, la mujer que es persona indicada para catequizar y promoverlos. Es una tarea de bondad y de ternura. En cierta ocasión obtuvo la Madre que sobre ese problema se tuviera una reunión en el Concejo Municipal de Frontino.

En medio de la animada discusión, al señor Comisionado se le soltó la idea de que los indios eran seres inútiles y que lo más indicado era alejarlos de las poblaciones y recluirlas en sus montes, la Madre ya no puso más, se levantó y sin reprimir su llanto habló con tal elocuencia y razonamiento que dejó a los asistentes en silencio y al Doctor subyugado o cohibido a tal punto que cedió de su empeño y prometió que las tierras de Nutibara y Dabeiba no entrarían en el reparto en atención a que tenían casas de las misioneras.

La Madre, además levantó sus quejas a la Nunciatura y a la Presidencia de la República que entonces era desempeñada por un cristiano y un antioqueño de máximas cualidades: Don Marco Fidel Suárez.

Este, en Bogotá, había recibido a la Madre en audiencia, la admiró y se apresuró a escribir al General Ospina y al Dr. Villegas con encarecidas recomendaciones:

“Aquí he saludado la Rda. Madre Laura. Qué obra tan provechosa para la civilización la de este Instituto!. Qué honra tan grande para Antioquia la que le dan estas mujeres extraordinarias, catequistas en las selvas, donde hacen obras heroicas que pocos hombres pueden hacer. Hasta al cultivo de las lenguas indígenas llegan ellas, restaurando la obra tan olvidada de los Lugos y los Duqueses! Viendo esto y sintiendo como colombiano, como antioqueño y como católico el mayor interés y la simpatía más inmensa por esta nueva

institución religiosa, y sabiendo que donde ejercitan las religiosas de Santa Catalina su celo incomparable allí presta usted también a la República sus servicios, no puedo prescindir de rogarle que las ayude, proteja y favorezca en cuanto pueda como buen católico y buen antioqueño”.

Así Marco Fidel Suárez...

Ella, de su parte, adoctrina a sus misioneras para el amor, para la defensa de los indios, para su promoción humana y cristiana.

Le decía: “Los indios llevan sobre sí la suma de todas las debilidades. En la Congregación debe rechazarse tanto el mimo como la fuerza. Entre los dos está el método maternal, tan propio para los débiles y tan fácil para la mujer...”

Algún día, poco antes de morir, se entera de las muestras de desafecto que alguna pobre Hermana ha manifestado a los naturales de algún lejano centro de misión, saca fortaleza de su debilidad, toma la pluma y entre varias cosas le dice: “Hermana, que mal lleva usted ese nombre de hermana, lo significa delante de Dios y de los hombres...”

En nuestras Reglas se habla del amor que las misioneras han de tener a sus misionados y los llama “hijos del alma”. Qué cuenta piensa darle a Dios de esas almas que le confió y que no reciben de Ud. ni siquiera de cariño”.

Hay que concluir que en puntos de misionalismo la Iglesia Colombiana ha visto pocas veces una figura igual...

XXX

SUPERIORA Y FORMADORA DE SU CONGREGACIÓN

En la obra misionera que surgió en Dabeiba, la Madre Laura Montoya fue considerada siempre como el eje de la rueda maestra, como la superiora en todo: en virtud, en saber, en dones de mandos y en magisterio.

Por ello no se discutió sobre su generalato la obra fue constituida en Congregación de derecho diocesano.

Como Superiora General inició en Dabeiba el primer período de la Congregación y como superiora continuó por doce años. Después de estos dos seisenios salió elegida nuevamente para el mismo cargo; pero ante las dudas de una elección para un tercer seisenio, se consulta a Roma. La consulta, elevada por medio de la Nunciatura Apostólica, demoraba en llegar con la respuesta de la Sagrada Congregación de Religiosos. Entre tanto, el Excelentísimo Sr. Francisco Cristóbal Toro, bajo cuya jurisdicción esta la casa generalicia de Santa Fe de Antioquia, aprovechó su estancia en Roma para consultar el asunto. Verbalmente le fue concedido que la Madre Laura continuase como Superiora General, y así se le comunico oportunamente a la interesada, quien, en virtud de esta comunicación, tomó posesión del cargo. Poco después se supo que la Nunciatura había recibido una comunicación en sentido negativo, cuya fecha resultaba anterior a lo gestionado por Monseñor Toro. La Madre Laura vio clara la voluntad de la Santa Sede, y de obediente y humilde, cedió el puesto a la Madre María de San José.

Pasado el tiempo legal, en el capítulo de 1938, la Madre Laura ocupó nuevamente el cargo de Superiora General, que continuó hasta su santa muerte.

La Madre Laura fue madre, formadora, legisladora y difusora de su Congregación. Y la amó y la defendió no porque fuera obra suya sino porque era obra de Dios e instrumento de Dios para la salvación de los pobres indios.

Como formadora entregaba a sus hijas, en conferencias y circulares, la doctrina más acertada y segura.

El carmelita Navarro Pascual de Santa Teresa decía en carta de 10 de septiembre de 1955:

“En las pláticas o charlas que daba a la comunidad de Dabeiba, me demostró estar bien preparada en ascética y cultura religiosa. Yo tenía el comedor en lo que se decía sala de recibo y oía sus enseñanzas. Su amplia cultura general, cualidades de mano y su bonita charla en una broma de carácter familiar o muy en su punto cuando el asunto lo requería, amén de su porte externo, le daban cierto ascendiente, aun sin pretenderlo, en la conversación... Además, algunas postulantes o novicias me lo contaban o se hacían lenguas...”.

Adobaba sus conferencias con parábolas e historietas graciosas e inolvidables como aquella de los siete boleros, Palendengue y Recachona...

En 1930, cuando estimó que su Congregación estaba consolidada en su observancia y extendida en sacrificada actividad por numeroso diócesis, provista del testimonio laudatorio de no pocos Prelados, viajó a Roma a procurar la aprobación o decreto de alabanza para su Congregación y sus Constituciones.

Como compañeras de viaje llevó a la Hermana María de Lisieux y a la Hermana Alicia Arango que sabía lenguas y había de disfrutar lo indecible ante las bellezas del arte italiano.

En Roma fueron a hospedarse en la religiosas del Cenáculo, en Monte Mario, y tuvo entrevistas con los padres jesuitas Vidal, famosos canonistas y Juan M. Restrepo, antioqueño, profesor de la Universidad Gregoriana. Rehuyendo el encuentro con el P. Felipe Maroto, canonista claretiano a quien

ella atribuía la tardanza en la aprobación de las Constituciones, vino a topar con el P. Arcadio Larraona, también canonista y claretiano muy notorio por su sabiduría, su piedad y su bondad, hasta que finalmente pudo dialogar con los monseñores Pizarro, Marchetti Selvaggiani, ambos a poco cardenales, con el Cardenal Lepicier, Prefecto de la Congregación de Religiosos y finalmente, en breve audiencia general con la Santidad de Pío XI, el llamado Papa de las Misiones, que en ese instante, dice ella, tenía semblante de mucha amargura y solo le dijo:

“Yo bendigo a la Congregación, a cada miembro, a cada casa y a todos los misioneros...”.

“Volvimos a casa chasqueadas, pero vimos la voluntad de Dios en todo ello” y me abandoné en Él.

Después supe que la causa de esta amargura era que acababa de saber que en Rusia veinte mil niños habían jurado hacerle la guerra a Dios, antes no estaba amargado”.

El 1° de diciembre de 1930, a medio día, las tres Misioneras tuvieron el consuelo de postrarse de nuevo ante Pío IX en audiencia particular, ya que la primera fue general. De ahí también las prisas.

El Papa las miró con amor, les habló con palabras suaves como caricias, inquirió cuántas casas de misión tenían y al escuchar que treinta, lanzando una mirada agradecida, dijo: Nos bendecimos desde aquí a toda la Congregación, a todas las Hermanas, a todos los salvajes y especialmente nuestra bendición va para los que comienzan a ser hijos de la Iglesia.

Poco antes la Madre estuvo en la Basílica de San Pedro de despedida. Dos horas de oración ante el Santísimo tan olvidado por las turbas de turistas... Y allí nos cuenta en su Autobiografía, sintió fuertes deseos de tener tres vías: la

una para dedicarla a velar permanentemente al Santísimo del Tabernáculo; la segunda para pasarla en las humillaciones de San Benito José de Lavre y la tercera para dedicarla a las misiones.

Y como le pareció demasiado poco una vida para el apostolado misional, le ofreció a Jesús, en su sagrario de la Basílica de San Pedro, el deseo de tener un millón de vidas para sacrificarlas en las misiones entre infieles. Pero quedó muy triste al verse tan poquita cosa y le repitió mucho al Señor esta saetilla:

“Ay, que yo me muero,
al ver que nada soy
y que Te quiero...”

Roma fue para la Madre Laura un esfuerzo intensivo de su sentido eclesial. Mientras su compañera la Hermana Alicia se entretenía en la Basílica de San Pedro contemplando morosamente obras de arte, la Madre oraba ante ese Sagrario que a ella le parecía muy pospuesto y olvidado por los visitantes. Y su plegaria era misional y eclesial.

Ya en su casa, sentada en un jardín del convento miraba largamente la cúpula de San Pedro y meditaba en las grandezas y milagros del Pontificado.

Por entonces sólo cosechó esperanzas, informes adversos llegados de Colombia, concretamente del Obispado de Santa Rosa de Osos y de la Nunciatura Apostólica retardaron la consecución del decreto, a pesar de los afables servicios del P. Larraona, que quedó muy buen amigo de la Madre y siempre la recordó y elogió como alma mística y eminente.

El decreto sólo se obtuvo en 1953 cuatro años después de muerta la fundadora y justamente con la firma del Excelentísimo P. Larraona, entonces secretario de la Segunda Congregación de Religiosos, más tarde Cardenal de la Iglesia romana, a quien tocó otorgar el permiso para iniciar el proceso de

beatificación. Siendo secretario de dicho Discaterio viajó a Colombia y pudo visitar en Medellín la tumba de su admirada amiga.

Por amor a la institución y mirando a la conversión de los indios, cuando se intento cambiarle el rumbo o destruirla llegó la Madre a tomar decisiones arriesgando, después de contar con el permiso de un virtuoso Prelado, de consultarlo en la oración y de oír las orientaciones de varones prudentes y letrados.

En Santa Fe de Antioquia y en el noviciado de Belencito, la Madre Laura, reducida por la enfermedad a quietud y reposo, se dedicó, de especial manera, a formar a sus hijas en el espíritu religioso y misionero. Libros, circulares, cartas, conferencias, todas ellas henchidas de doctrina segura y luminosa, expuestas en tono cordial y materna, fueron trasvasando el alma de sus hijas la opulenta vida interior que de su espíritu gigantesco redundaba.

Al mismo tiempo fundaba las Oblatas de San José como auxiliares de las misioneras y se carteaba con incontables Prelados misioneros para aceptar y establecer fundaciones en los puntos más lejanos, inasequibles, solitarios y abandonados de la geografía colombiana y de los países circunvecinos.

Al morir la Madre Laura su Congregación tenía 467 religiosas, 93 novicias, 71 casas en Colombia, 17 en El Ecuador, dos en Venezuela, y todo ello logrado en treinta dos (32) años de batallar continuo.

XXXI

EL REPOSO EN DIOS

Por motivos y conveniencias fácilmente visibles Medellín era la ciudad más indicada para la residencia de la Madre Laura y de la Casa General de las Misioneras.

En esos días, el criterio de los preladados en Medellín en lo tocante a la admisión de comunidades religiosas era restrictivo.

A la Fundadora, en atención a sus enfermedades, se le permitía pasar temporadas en la ciudad.

Para su comunidad no había entrada...

Desde 1927 la cría residía en Santa Fe de Antioquia por amable concesión de Monseñor Toro, pero el clima y varias incomodidades no favorecían la salud de las jóvenes misioneras y su formación espiritual.

Todos aconsejaban el traslado a Medellín que en la curia arzobispal era negado.

Un día se enteró del Problema doña Eugenia Ángel de Vélez, señora dotada de un gran sentido eclesial y de haberes abundantes que ella gastaba en causas muy elevadas: el culto al Santísimo, la ayuda a las misiones, el sostenimiento del Seminario...

Y sucedió que en el aeropuerto de Medellín, a la hora que Monseñor Tiberio Salazar y Herrera se aprestaba para peregrinar a Tierra Santa, doña Eugenia habló de ese asunto con el Prelado y al notarlo renuente, le dijo:

- Hay cosas que usted no comprende, Señor Arzobispo.

- ¿Cómo es posible que la antioqueña más ilustre que existe hoy no pueda radicarse con sus hijas en la capital de su Departamento?

Monseñor palideció y dijo:

- Pueden venir a trabajar en algún suburbio necesitado, por ejemplo por los lados del Cerro Nutibara.

La Madre se vino desde Santa Fe de Antioquia a establecerse en Medellín, no sin el grave disgusto de Monseñor Toro que adoraba su ciudad natal y episcopal y consideraba como un decoro el tener ahí a la celebrada congregación antioqueña que en tal diócesis había nacido...

A la Madre Laura le surgían los contratiempos por lado y lado. Pero ella seguía tenaz en los intentos que favorecían la marcha de la comunidad.

Se empezó en julio de 1939 instalando una misión en el barrio Nutibara: ambulancia urbana domiciliaria para moralizar costumbres y visitar enfermos.

En febrero de 1940 las Hermanas se encargaron de la Granja de Jesús Obrero, fundada por la Acción Católica de Medellín en el pintoresco lugar de Guadarrama por iniciativa del P. Eugenio Arias Álzate, sucedido por el celoso P. Juan Botero Restrepo.

La Madre, por su parte, vivía en la casa de El Cuchillón. Hasta que dio con el paraje de Belencito.

Recordaba que ella siendo niña de ocho años, había visitado en las afueras de Medellín un lugar llamado Belencito que tenía una antigua capilla dedicada a Nuestra Señora de Belén y que al entrar en ella había experimentado una sensación rara que nunca supo explicar...

Al recibir la noticia de su admisión en la ciudad pensó pudiera ser el sitio adecuado para su Convento y Casa Madre. Pero, ¿en dónde quedaba?

Buscando, buscando, se dio con él, se adquirió favorablemente y se construyó un amplio y modesto caserón a donde el 14 de julio de 1940 se

trasladó el Santísimo en procesión que puso de relieve la fe y la devoción de la cristiana ciudad.

Allí quedó establecida Betania, nombre que la fundadora le apropió al noviciado, por estar Jesús entre Marta, representada por las Hermanas profesoras, dedicadas al apostolado, y María, por las novicias puestas en continua oración.

En Medellín, la vida de la Madre Laura estuvo repartida entre la oración y el trabajo. No podía salir a visitar las casas debido a la terrible parálisis que le quitó el movimiento de los pies. Pero era de verla sentada en su silla de ruedas, entregada al estudio y la difícil tarea de llegar a todas sus hijas por medio de sus escritos, todos ellos llenos de unción y de altas y sólidas enseñanzas. Sentada en su silla recorría de cuando en cuando los humildes claustros del convento, para cerciorarse de la buena marcha de la Comunidad, o se hacía llevar a la Capilla para asistir con singular fervor y recogimiento a las funciones.

Diez años antes de su muerte, le llegó la noticia de que el Presidente de Colombia don Eduardo Santos le concedía la Cruz de Boyacá, al tiempo que le decía: Pocas veces ha sido esta condecoración tan lucida como en su persona...”.

Conservo –le decía la Madre en su respuesta- el rubor de mi época de mi juventud. Por esto precisamente me ha ruborizado la distinción de V.E. me hace en nombre de la República.

Mis hijas en la labor misionera y patriótica, son las que han conquistado ese lauro; me complazco en reconocerlo”.

Aludiendo al sencillo agasajo en ese día en que el Gobernador de Antioquia fue hasta su retiro a colocarle la Cruz de Boyacá, la Madre decía en

su lenguaje raizal: Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a mantenernos cucarachas aunque de tiempo en tiempo tengamos que beber copitas de champaña.

Su última enfermedad fue larga y penosa. Los médicos diagnosticaron que se trataba de “linfatitis”, y agurados todos los recursos de la medicina, se declararon impotentes ante el mal. “Sólo un milagro –afirmaron- podrá salvarla”. El milagro se pidió con insistencia y fervor a la Virgen de Fátima que, traída desde España, estaba peregrinando por la ciudad de Medellín, despertando oleadas de fervor.

La Madre Laura logró saciar su devoción, teniendo en su misma celda durante dos días la prodigiosa imagen. La Santísima Virgen la confortó pero no le concedió la salud.

La terrible enfermedad siguió su curso mortal reduciendo a la Madre a un estado de inmolación y de víctima. Años antes ella había escrito: “Para que mi rendimiento sea tal que no quede nada de mi que no sea para su honor y gloria, quiero que mi muerte, es decir, la separación de mi alma y de mi cuerpo, sea un homenaje de adoración ante su soberanía.

¡Oh, que honor puede ser comparable el honor de adorarte y engrandecerte con la destrucción del propio ser por miserable que él sea! Es mi intención, Dios mío, cuando de cualquier manera se me anuncie que el término de mi permanencia sobre la tierra se avecina, entregarme al sacrificio como el cordero sacrificado sobre el altar se deja consumir por el fuego a fin de que el humo suba en suave olor de adoración ante tu soberanía. Y así como el cordero que e consume en holocausto no se queja ni protesta quiero, en cuanto me sea posible, dejarme consumir por las últimas agonías en un silencio de adoración que te glorifique a Ti”.

Alguna vez –recuerda la Madre margarita Ochoa- al visitarla en su celda de enferma la encontré sola.

- Pero ¿cómo Madre, la han dejado sola?

- No, hija, no estoy sola. Estoy con mis tres. Se refería a la Santísima Trinidad, de quien era muy devota.

Distinguidos sacerdotes de la Arquidiócesis de Medellín y Excmo. Señor Arzobispo Monseñor DR. Don Joaquín García Benítez, visitaban frecuentemente y con sentimientos de profundo dolor, el lecho de agonía, en que la vida de esta mujer admirable se iba extinguiendo.

“Durante su última enfermedad, - así declaró Monseñor Builes en el proceso diocesano- la sierva de Dios me hizo llamar por medio del Padre Montoya- para que fuese a visitarla y con la intención de pedirme perdón por lo que de su parte había sucedido conmigo. Yo rehusé por razones de prudencia, porque temía que mi visita no le fuese útil y más bien perjudicial en tales momentos”.

Alguna vez, cuando ellos se carteaban para el asunto del proyectado Seminario de Misiones, el Obispo le había dicho: Madre Laura, no se muera sin mi permiso.

Al acompañarla en su larga agonía, algunas hermanas recordaron esa frase y acudieron a Monseñor que estaba en la clínica del Rosario aquejado por una grave gripa:

- Monseñor, la Madre Laura le manda pedir permiso para morir. Y que le dé su bendición.

El prelado trazó la señal de la cruz y dijo sencillamente: díganle que se muera tranquila.

A poco murió.

Recibió repetida veces y con singular fervor el Santo Viático, y con toda lucidez la Santa Unción.

Su agonía fue larga, penosísima y no exenta de asaltos diabólicos. En vida había asegurado hablando a una Hermana novicia: “No crea hija, que mi muerte va a ser tan facilita: mi muerte va a ser horrible, con muchos sufrimientos; el demonio emprenderá terrible lucha; nunca en la vida será como en mi muerte...”.

Tras largo y penosísimo padecer, murió para la tierra y nació para el cielo a las siete de la noche el día 21 de octubre de 1949. Había vivido setenta y cinco años, cuatro meses y veintiún días.

Su muerte causó conmoción en Colombia entera. Prensa y radio compitieron en pregonar la grandeza de la vida que acababa de extinguirse.

De las selvas más remotas llegaron a Medellín las cartas de los indios empapadas en lágrimas. Prelados, sacerdotes y comunidades religiosas coincidieron en glorificar a la Madre Laura como dechado de almas apostólicas. El docto eudista Enrique Rochereaux escribía en El Tiempo, de Bogotá: “Pocos sospechan, quizá, que con la muerte de la Madre Laura se da vuelta a una de las páginas más extraordinarias de la historia patria...”.

Colombia supo lo que en ese día perdía en la tierra y ganaba ante Dios. Por eso, desde el palacio de los presidentes glorificó a la Madre Laura Montoya en bellísimo decreto por el íntegro caballero de Cristo, don Mariano Ospina Pérez: “El gobierno de Colombia honra la memoria de la R.M. Laura de Santa

Catalina, y propone sus méritos de ilustre fundadora, virtuosísima religiosa y desvelada educadora al ejemplo y admiración de todos los colombianos y principalmente de quienes se consagran a la educación de las gentes humildes de la Patria...”.

XXXII

HACIA LOS ALTARES

Ya en su misma vida y entre muchos que la trataban o conocían de cerca, la Madre Laura tenía fama de santa. Al morir fueron muchos los que en la misma prensa hablaron de su virtudes heroicas, de sus inmensos servicios a la Iglesia y de una posible y deseable candidatura a la gloria de los altares.

En 1954, la madre Socorro, sucesora de la Madre Laura en el gobierno del Instituto, empezó a preocuparse de que se investigara, se estudiara y se escribiera la vida de la Fundadora.

Desde julio de 1957 se comenzó tal investigación, en el Archivo General de la Congregación, conservada entonces en la Casa Madre de Belencito. Seis meses empleó el primer biógrafo en revisar papeles y documentos. Era patente que había una base documental copiosa, sólida, convincente para iniciar un proceso con garantías de resultado favorable.

De ese Archivo salía esplendorosamente una figura de santidad apostólica, única en no pocos aspectos. Una figura con un gran mensaje nuevo y eterno.

SE podía, se debía pensar en un proceso de beatificación. En Roma el cardenal Larrona, conoedor y estimador de la Madre Laura quien catalogaba entre las egregias místicas de la Iglesia, otorgaba muy gustoso las licencias convenientes.

Veamos ahora el itinerario del proceso:

1963, junio 24: Medellín. Se realiza la apertura del proceso informativo sobre los escritos y fama de santidad de la Madre Laura; en ese mismo día el Señor Arzobispo decreta sea llamada "Sierva de Dios".

1964, mayo 14: Medellín. Clausura del proceso informativo. Los documentos fueron enviados a Roma, a la Sagrada Congregación para las causas de los santos.

1976, enero 20: Roma. El Congreso de Cardenales da el voto favorable para la introducción de la causa de beatificación de la Sierva de Dios.

1976, abril 5: S.S. Pablo VI autoriza la introducción a la causa de beatificación.

1976, abril 25: S.S. Pablo VI firma la aprobación del decreto NON CULTU que atestigua no haberse dado culto público a la Sierva de Dios, sino únicamente privado.

1976, agosto 13 Medellín. Apertura del proceso apostólico sobre la heroicidad de las virtudes de la insigne Fundadora.

1977, diciembre 19 Medellín. Clausura del proceso apostólico. La documentación se entrega Mons. Tulio Botero Salazar, Arzobispo de Medellín, quien asigna a la madre Teresa de Jesús Martínez, Superiora General, para entregarla a la Sagrada Congregación para las causas de los santos.

1985, noviembre Se nombra e instala en la Curia Arzobispal de Medellín un tribunal eclesiástico presidido por el Excmo. Sr. Roberto López obispo auxiliar para el estudio de un milagro atribuido a la Madre Laura. Se concluye en 3 de diciembre y las catas de tal proceso son enviadas a Roma.

1986, enero Informaciones recibidas de Roma aseguran que la causa adelanta favorablemente

La prensa colombiana anticipa noticias sobre la beatificación de la Madre con motivo de la anunciada visita de Juan Pablo II a Colombia.

Pidamos a Dios que así sea. De esta manera Dios será glorificado en esta admirable misionera y Colombia tendrá su primera santa.